

# CULTURA

REVISTA DEL MINISTERIO DE CULTURA

MINISTRO  
DOCTOR MAURICIO GUZMAN

SUB-SECRETARIO  
BR. JORGE LARDE Y LARIN

DIRECTOR DE LA REVISTA  
RICARDO MARTELL CAMINOS

Nº 18

ENERO - JUNIO  
3ª Avenida Norte Nº 534  
SAN SALVADOR, C. A.

1960



Impreso en los Talleres del  
DEPARTAMENTO EDITORIAL DEL MINISTERIO DE CULTURA  
San Salvador, El Salvador, C. A.



# INDICE

	<b>PAGINA</b>
Exigüidad de la Novela Salvadoreña .....	7
Hugo Lindo.	
La Literatura en la Enseñanza Filosófica .....	20
Federico Cárdenas Ruano.	
La Obra de Gavidia .....	24
Luis Gallegos Valdés.	
Panorama de la Literatura Hondureña .....	28
Eliseo Pérez Cadalso.	
La Prensa Actual en Guatemala .....	36
Alfonso Ma. Landarech, S. J.	
Dios en Blancura, por Angel Martínez .....	46
Ernesto Cardenal.	
Entre Sol y Sombra, cuatro cuentos de Rafael Alfaro .....	51
Notas Sobre las Causas que más Influyeron en las Derrotas de los Ejércitos Indígenas Durante las Guerras de la Conquista .....	59
Carlos Samayoa Chinchilla.	

El Concepto de Ser en Suárez factor Determinante de la Filosofía Moderna ...	70
Mario Romero.	
Eratóstenes y las Medidas de la Tierra .....	77
Max Ricardo Cuenca.	
Era del Libro Salvadoreño y el Departamento Editorial .....	81
José Rubén Saavedra.	
Bibliografía .....	94

## Colaboran en este Número

**HUGO LINDO.**—Poeta, cuentista y novelista salvadoreño. Nació en La Unión, puerto oriental de la República, el 13 de octubre de 1917. Doctor en Jurisprudencia y Ciencias Sociales. Diplomático de Carrera. Académico de número de la Acad. Salvadoreña de la Lengua, y correspondiente de la Chilena. Obras publicadas: Poesía: “Poema Eucarístico y Otros” (San Salvador, 1943); “Libro de Horas” (Premio 15 de Septiembre en el Primer Certamen Nacional Permanente de Ciencias, Letras y Bellas Artes, de Guatemala), (1ª Edic., Guatemala, 1947; 2ª Edición, Universidad de El Salvador, 1953); “Trece Instantes” (Edición Cuadernos Julio Herrera y Reissig, Montevideo, 1959); “Sinfonía del Límite”, (Dirección General de Bellas Artes, San Salvador, 1953. Narración: “Guaro y Champaña” —cuentos— (1ª Edic. San Salvador, 1947); (2ª Edición, Depto. Editorial del Ministerio de Cultura, San Salvador, 1955); “Antología del Cuento Moderno Centroamericano” (2 Ts.); (Editorial Universitaria, San Salvador, 1949/50); “El Anzuelo de Dios” —novela— (Edit. Zig-Zag, Stgo. Chile, 1956); “Aquí se cuentan cuentos” —relatos— (Edit. Continente, Bogotá, 1959) y “Justicia, señor Gobernador!...” —novela— (Departamento Edit. del Ministerio de Cultura, San Salvador, 1960). Obras jurídicas: “El divorcio en El Salvador” (Tesis doctoral, medalla de oro) Edit. Universitaria, San Salvador. 1ª Edic., 1948; 2ª Edic., 1959), y “Movimiento Unionista Centroamericano” —conferencia— (Edit. Universidad de Chile, Stgo., 1958). Actualmente reside en la ciudad de Santa Tecla, El Salvador.

**FEDERICO CARDENAS RUANO.**—Profesor especializado en las asignaturas correspondientes al Castellano. Ha desempeñado diferentes cargos en la enseñanza y ha escrito desde hace tiempo, en la prensa y revistas nacionales, ensayos sobre la literatura y ciencias de la educación. Profesor Titular de la Facultad de Humanidades

de nuestra Universidad Nacional. Obras publicadas: "Fábula, Apólogo, Parábola", "Concepto y diferencia". Actualmente está efectuando la refundición de una de sus novelas, para una edición revisada, ya que también ha espigado en este género.

**LUIS GALLEGOS VALDES.**—Crítico y narrador salvadoreño. Obras publicadas: "Tiro al Blanco" (Estudios críticos de Literatura, Dirección Gral. de Bellas Artes, San Salvador, 1952), "Panorama de la Literatura Salvadoreña" (Nova Lisboa, 1956), "Plaza Mayor" (Evocaciones, separata de la revista Cultura, Dirección Gral. de Bellas Artes, 1960). Catedrático de Literatura Francesa en la Facultad de Humanidades y de Literatura Salvadoreña en la Escuela Normal Superior. Ha dictado numerosas conferencias dentro y fuera del país.

**ALFONSO MARIA LANDARECH, S. J.**—El padre Alfonso María Landarech, S. J., nació el 2 de agosto de 1906 en la ciudad de Sangüesa, provincia de Navarra, España. Doctor en Filosofía. Ha sido Catedrático de la Facultad de Humanidades de El Salvador, habiendo desempeñado las cátedras de Redacción castellana en la Escuela de Periodismo y de Gramática Superior en dicha Facultad. Fundador y Primer Director de la Revista ECA (Estudios Centroamericanos) que se publica en San Salvador y es actualmente redactor de ella. Ha publicado los siguientes libros: "Estudios Literarios" (Capítulos de Literatura Centroamericana. Ministerio de Cultura, Departamento Editorial, San Salvador, 1959), "Literatura Universal y Etimología" (Editorial ECIR, Valencia, España, 1958, dos ediciones), "Literatura Española e Iberoamericana" (Editorial ECIR, Valencia, España, 1958, dos ediciones), "Redacción Periodística. Teoría y Práctica" (Universidad de El Salvador. Editorial ECIR, Valencia, España, 1958) "Introducción al Estudio de la Naturaleza" (Imprenta Funes, San Salvador, 1954).

**RAFAEL ALFARO.**—Poeta y escritor español. Sacerdote salesiano. Estudió en Córdoba, Sevilla y Granada. Actualmente reside en el "Instituto Internacional *Don Rúa*" de San Salvador, donde es profesor de Literatura.

# Exigüidad de la Novela Salvadoreña

Por HUGO LINDO

## *Explicación*

El propósito de estas líneas es modesto. He querido recoger aquí, con miras a un desarrollo posterior, un conjunto de anotaciones y cavilaciones sobre la novela en El Salvador, sus dificultades, sus logros, sus perspectivas.

Con todas las obras de arte —y la novela lo es, o, al menos, procura serlo— ocurre que la especulación estética y técnica termina por imponerse a la consideración de los autores. El artista está seguro de que no va a encontrar en la filosofía una explicación plena y satisfactoria ni de sus procesos de creación, ni de ese sutil “élan” o espíritu que diferencia una obra buena de otra regular y de otra mala. Ninguna técnica, ninguna afirmación, basta para resolver la cantidad de problemas que va invirtiendo en la mera, en la simple presencia de las artes. No obstante, decía, la especulación se impone, siquiera por el conjunto de atisbos y aun de explicaciones fragmentarias que



HUGO LINDO

pueda ofrecer —como guía— al interesado en el arte mismo.

El hombre de letras en particular, pues a él circunscribo estas anotaciones, se pregunta con frecuencia no cómo ha de ejercerse el sagrado ministerio que le ha sido confiado, sino cómo ha trabajado él mismo, qué pretende, hacia dónde va, cuáles son sus posibilidades y sus medios. No procura siempre, salvo que se sitúe más bien en el plano de la indagación filosófica, verdades generales, aplicables en todo lugar y en toda época, sino sus propias y restringidas verdades personales, las que dicen relación consigo mismo. Y todo esto, en busca de una orientación, de una posición cada vez más consciente y clara de su actividad superior.

Así se nos da en literatura un doble plano de experiencia. La que yo llamaría experiencia vital, es decir, la vivida por uno mismo, y la cultural, la recibida merced al testimonio de los otros, y, de modo especial, de quienes han realizado un periplo semejante al que nuestro temperamento nos impone y nuestra cultura nos hace viable.

Esto explica lo suficiente el por qué este servidor, que ya ha “cometido” un par de novelas, a veces, en vez de dedicarse a preparar una tercera, tome unas hojas de papel y empiece a trazar esquemas, interrogaciones, problemas de la creación novelística (valga el término). Sólo se trata de esto: el hombre quiere aclarar sus caminos, desbrozarlos, tornarlos, hasta donde se pueda, inteligibles. Aun a sabiendas de que no dará plenamente con el “quid”.

### *El tema limitado*

A pesar de lo dicho, el presente no es un trabajo de auto-crítica.

Más que analizar mi propia creación en el plano de la novela, me interesa, por ahora, enfocar la realidad de mi patria chica en el indicado territorio.

Me invitan a ello algunos factores. Y, sobre todos, el de la oportunidad.

La tal oportunidad estriba en el hecho

de que, hasta el momento, son muy pocas las novelas salvadoreñas editadas y conocidas. Si contáramos, como otros países (México, Chile, Argentina) con un acervo cuantioso de obras de esta índole, el trabajo se tornaría, si no imposible, ingente. Habría de realizarse en equipo. Sería, a lo mejor, tarea de un seminario de Universidad, para que cada lector inteligente e informado estudiase a un autor o a un reducido conjunto de autores, bajo la supervigilancia de un maestro o de un Director, que diese unidad al trabajo de conjunto.

Por eso mismo nos parece oportuno el tema. Hoy lo podemos atacar. No presenta muy graves dificultades.

### *Escasez de la novela salvadoreña*

Y si esta escasez de la novela salvadoreña es uno de los principales móviles que me han incitado a realizar estos apuntes, creo del caso indagar, hasta donde me resulta posible, sus causas. Porque, siguiendo a Leibniz, creemos que nada existe sin suficiente razón.

Aseveremos, primero, que como el cuento, y aun más tardíamente, la novela en El Salvador, es cosa de este siglo. Durante el siglo XIX no faltó algún propósito; pero nada cuajado, nada sólido y concreto tenemos que ofrecer al lector nacional ni al extranjero, sino hasta en la presente centuria.

¿Causas? . . . Sin duda numerosas. Procuéremos hacer una clasificación que, aunque incompleta, nos permita adentrarnos en el asunto. Sin perjuicio de que algunas de las líneas aquí trazadas han de entrecruzarse, presentemos, por mera comodidad expositiva, esta enumeración: causas sociales, mesológicas, históricas, psicológicas, culturales y económicas.

Queda advertida y señalada la imperfección de los términos. La crítica posterior podrá depurarlos. Son sólo el andamiaje de una construcción inicial, pues a nadie escapa que lo histórico y lo económico, *verbi gratia*, pertenecen al orden de lo social.



Y la verdad es que, frente a este entrecruzamiento de líneas, no encuentro fácil la decisión de un punto de partida. Como alguno hay que tomar, me aventuro asumiendo, un poco al desgaire, el orden arbitrario con que hice la enunciación un poco atrás.

### *Causas sociales*

En algún ensayo he insistido en que el escritor escribe para que lo lean, es decir, para comunicarse. Si no hay lectores, los libros carecen de razón de ser.

Quizás, me digo, la pequeñez de nuestro territorio y la superpoblación que nos agobia, hacen que todos nos conozcamos personalmente. Nos conocemos, como se dice, "desde que somos naranjos". Nos cuesta creer en que el vecino, cuyas debilidades, cuyos vicios, cuyas costumbres, son tan semejantes a nuestras costumbres, vicios y debilidades, pueda ofrecernos una obra literaria que, al menos, nos resulte un tanto amena e instructiva. El exceso de familiaridad o de aproximación nos induce a prejuicio, y, como adelante se verá, procuramos con más ahínco enterarnos de lo que se produce en Europa, en los Estados Unidos y hasta en remotas regiones del Asia o del África, y nos desentendemos de los esfuerzos de nuestro vecino inmediato. No tenemos confianza en él. De modo que nuestro vecino, que acaso sea el poseedor de un talento auténtico y de una cultura bien orientada, pierde pronto, si alguna vez la siente, la tentación de escribir obras que, de antemano, sabe están condenadas a la quietud de las estanterías en unas cuatro bibliotecas públicas y en unas veinticinco privadas.

A esto agréguese la carencia de crítica. Hablo de la crítica seria, informada, que de buena fe procura penetrar en las intenciones recónditas del autor, interpretarlas, divulgarlas y orientarlas. Sabido es que elogiamos con entusiasmo la obra del amigo, y vituperamos el trabajo de quien no es santo de nuestra devoción. Y todo esto, de la manera más

superficial que esté a nuestro alcance, reparando más, por ejemplo, en los pequeños defectillos de sintaxis y hasta de copia que pueda haber en una obra, que en su contenido filosófico o cualquier otro elemento de fondo.

Y aun hay más: esta crítica superficial, desorganizada, personalista, se da también con mucha reserva. Lo más frecuente es que una obra de salvadoreño, logre en el extranjero comentarios a favor y en contra, mientras nosotros mismos nos empeñamos en ignorar su existencia, sea por incuria, sea por cualquiera otra razón no más valedera que la anterior.

Los principales diarios de San Salvador mantienen planas literarias dominicales, en las cuales sólo de vez en cuando las firmas salvadoreñas, se refieren a obras de salvadoreños. Las noticias bibliográficas son escasas, y los juicios se emiten a toda prisa. Imagino que factores económicos, impiden a las empresas remunerar bien a un crítico, a un solo crítico por cada diario, que emitiera sus pareceres después de maduro examen. Si alguien me dice que ese crítico no existe aún en El Salvador, yo quizás esté de acuerdo con él. Pero creo que no ha de salir de la nada. Y son las empresas que realizan esta clase de actividades literarias (diarios y revistas) quienes pueden dar la oportunidad de que tales críticos vayan formándose. Actualmente, hay una mina de dónde sacarlos: la Facultad de Filosofía y Letras de nuestra Universidad, tiene elementos humanos suficientemente informados acerca de la historia de la literatura, de las diversas escuelas literarias, de las tendencias actuales, etc., etc.

Es fácil advertir que las observaciones anteriores no tienen por qué circunscribirse a la creación de novela, únicamente, pues la misma falta de estímulos nacionales tienen que enfrentar el poema, el ensayo y hasta la literatura científica. Pero es obvio que la novela implica una cantidad de trabajo y una serie de problemas de imaginación, de compaginación, de esfuerzo, que el autor no se siente inclinado a enfrentar si de antemano

sabe que ni los lectores en general, ni los críticos en particular, van a tomar en cuenta su obra.

Ahora bien: la importancia de la novela es enorme. No se trata, en los tiempos actuales, de un mero entretenimiento para ociosos. En la novela se recogen, quiérase que no, las modalidades e inquietudes de una sociedad, de una época. Es un documento vivo y vital. Es como si la historia, prescindiendo de su cúmulo de datos y de su apego a lo realmente sucedido, se echara a caminar por las rutas del arte. En la novela están el vestuario y el lenguaje, la preocupación psicológica, la enfermedad, todo el inmenso cruce de fuerzas que hacen de una sociedad, en un momento dado, lo que es y no otra cosa. Aun la novela menos documental, es un documento.

Y si estamos de acuerdo en lo anterior, y en muchas otras cosas que podrían afirmarse sobre la novela, sería oportuno que recapacitásemos sobre lo anotado, y procurásemos poner remedio a ese estado de cosas, a fin de que haya en El Salvador un aliciente para que el novelista surja, a la par del crítico, y recoja nuestra realidad actual, artísticamente, como un legado para la historia de mañana.

No creo, ni con mucho, haber agotado aquí las que en propiedad pueden llamarse causas sociales de la escasez de nuestra novela. Mas ocurre que muchas de estas causas entrarán con mayor propiedad, en las restantes denominaciones.

### *Causas mesológicas*

Me refiero al medio estrictamente geográfico y climático, pues el medio cultural tendrá párrafos específicos.

Nuestra tierra es hermosa. Sus estribaciones, sus ríos, todo invita más a una vida de acción externa, que a una vida de escritorio. Y aun cuando el novelista es un hombre que ha de vivir en extensión y profundidad, casi por igual en el macrocosmos que dijeran los griegos, que en el mundo interior, también es cierto que la novela implica muchas horas de

escritorio, de lámpara, de anotación y corrección y encierro. En tanto nos está llamando, con voz imperativa, un esplendoroso verde de montañas o un transparente azul de lagunas.

Esta misma hermosura del paisaje; la ternura de los pequeños conglomerados humanos, o del camino, o de la pila de agua; el bello y rosado jarrón del maquilshuat, todo lo que es nuestra naturaleza, invita, cuando no a la vida activa que viene de señalarse, a cierto tipo de contemplación lírica, intimista, que es más el ambiente de la creación poética, que no el de la narrativa. De ahí que nuestro cuento y nuestra novela se resientan, con demasiada frecuencia, de una superabundancia de elementos líricos, en cuya mañana metafórica (y yo también estoy ahora expresándome en términos metafóricos) se ahoga o se estrangula el movimiento del relato.

Luego, no está demás pensar en lo que significa el clima. Rara vez las grandes realizaciones culturales se dieron bajo el agobio del calor. Y esto sólo cuando el hombre, superando por un poderoso acto de voluntad la natural tendencia a la siesta y a la economía de energías, se dio valientemente y sin desmayos a las tareas de la cultura.

Frente a estas condiciones, no tenemos otra arma que la de la voluntad. Pero hay que insistir en que esa voluntad merece, necesita y urge de estímulos. No se puede ser indiferente frente a ella.

### *Causas históricas*

Si enfocamos nuestro doble origen étnico, advertimos que el indio no fue novelista. No conoció la novela. Sí el cuento. La alegoría filosófica o religiosa. El canto lírico, tierno, dolido. Pero no la novela. Tampoco fue novelista el español que llegó a nuestras tierras. Cuando, además de hombre de acción, lo era de pluma, o resultaba teólogo, o moralista, o cronista. Cierta es que la crónica se aproxima mucho a la novela. Pertenece al mismo género narrativo. Pero la crónica expresa

movimientos preexistentes; la novela crea sus propias situaciones. El cronista tiene que aferrarse al ambiente y a los acontecimientos del mundo, en forma objetiva. El novelista no sólo puede, sino que debe modificar los hechos reales en la medida en que así lo demande la realidad interna de su obra.

No procedemos, pues, de ninguna vertiente entre cuyas expresiones artísticas o literarias se encontrase la novela, porque ninguno de los españoles que arribó a nuestro suelo se llamaba don Miguel de Cervantes. Venimos, como se ha dicho, de poetas lírico-religiosos, de teólogos y de cronistas.

Pero hay que señalar todavía otras cosas al respecto. En América, en general, las manifestaciones de la cultura literaria se nos ofrecen totalmente al reverso de como se dan en Europa. Los pueblos europeos hicieron, lograron su propio desarrollo, yendo de lo épico a lo lírico; partieron del hecho (descripción, narración) para internarse poco a poco en el mundo interior y lírico. Los Cantares de Gesta, el Mío Cid, son testimonio irrefragable de ese desarrollo, afirmado, por lo demás, por todas las autoridades críticas peninsulares. Don Marcelino Menéndez y Pelayo lo expresa con mucha claridad y precisión. En América, por lo contrario, el fenómeno lírico se dio antes que el narrativo, excepción hecha de las crónicas de los conquistadores.

Así que nosotros estamos apenas empezando a caminar por rutas de novela y de cuento.

Item más: si nuestra independencia política de España se produce a los comienzos del siglo XIX, no ocurre lo mismo con la cultural. La cultura en América es, durante la conquista y la Colonia, patrimonio de unos pocos. Y se adquiere en universidades y seminarios dirigidos por sacerdotes peninsulares. Nuestros hombres de letras de aquella época (de modo especial ocurre esto en El Salvador) no se inquietan mucho ni por el paisaje que los rodea, ni por el hombre que los acompaña. Escriben como españoles destre-

rrados. Y muchas veces sobre paisajes y gentes que sólo conocen de segunda mano, por testimonio ajeno.

Durante mucho tiempo nuestra literatura en general, fue tributaria de la extranjera. López Velarde, Núñez de Arce, Campoamor, dieron, en fondo y forma, direcciones de extremado romanticismo a la poesía. Por lo que hace al relato, éste no se perfilaba sino con líneas muy vacilantes. O era el cuadro de costumbres, concebido y tratado a la española, en el cual intervenían unos pocos elementos y palabras del ambiente, casi siempre entre comillas o en letra cursiva, como para señalar que el autor no los incluía por ignorancia, sino a sabiendas de su nula casticidad, o era el cuentecillo oriental, extraído de las motivaciones cosmopolitas del modernismo. Quien, para el caso, hojee las páginas de "La Quincena" y de otras publicaciones de la época, se encontrará a cada instante con que autores salvadoreños, que jamás estuvieron en el Medio Oriente, escriben con frecuencia cuentecillos con un príncipe, algunas huries, un nargüil sacado de las obras de Pierre Loti, etc., etc.

Esto último no dejó huella alguna. Fue tan pasajero como intrascendente. El cuadro de costumbres, en cambio, sí resultó fértil para la formación de una conciencia literaria más adherida a los valores vitales del medio. Fértil, pero no suficiente. Por cuanto el cuadro de costumbres tiene algo de crónica, algo de historia, algo de análisis sociológico, algo de sátira moral; pero no es cuento ni novela. Y además, como ya se ha indicado, adolecía, en lo medular, de una mundividencia extranjerizante.

¿Por qué vías vino en manifestarse la fertilidad de ese género, que hoy ya casi nadie lee con el placer con que lo leían nuestros padres?... Mal que bien, ya el cuadro de costumbres incidía sobre las realidades nacionales. De ahí a una penetración de las mismas, a una más honda comprensión del hombre y del ambiente, no era mucho lo que había que andar. Faltaba, sí, quién lo anduviera con

ojo abierto y pie seguro. Ese fue don Arturo Ambrogi.

En un ensayo anterior y ya un poco viejo, afirmé una vez que Ambrogi, a despecho de lo que consideraba por entonces nuestra crítica, era “el padre del relato salvadoreño” no por haber sido, propiamente hablando, un cuentista o un narrador, sino por haber puesto de relieve aquellos ingredientes de la nacionalidad, tanto externos como internos, sin cuyo conocimiento el verdadero relato nuestro no hubiera podido surgir jamás. Luego vino a mi conocimiento el hecho de que Ambrogi había soñado siempre con escribir una novela, y se había esforzado en tal dirección, sin mayor éxito. Porque, salvo tal cual de sus trabajos, su literatura tenía más de descriptivo que de narrativo. Razones temperamentales y de época (los gustos estéticos son extraordinariamente mutables) lo hacían más apto para la visión anatómica que para la fisiológica. Pero era indispensable —y él lo hizo a maravilla— señalar y describir la morfología de nuestra sociedad, de nuestras gentes, de nuestras modalidades expresivas, antes de que otros hombres de letras vinieran a utilizar esas conquistas y a ponerlas, diríamos, en funcionamiento, en actuación vital.

No es éste el sitio (por lo demás, ya lo he hecho en otra parte), para hablar con amplitud de la madurez del cuento en El Salvador. Para mí, el tema quedó expresado de acuerdo con la fórmula hegeliana al indicar como tesis (presencia del medio), al cuadro de costumbres; como antítesis (conciencia del medio), a don Arturo Ambrogi, y como síntesis, (vivencia del medio), a Salarrué.

Si el cuento presenta sobre la novela una cantidad de problemas y dificultades, ésta presenta sobre el relato breve también otra cantidad de problemas y dificultades. Lo natural es que en un ambiente que no ha cultivado la narración de características nacionales, surja primero el cuento, y se desarrolle la novela con posterioridad. Aun diría que, siendo el cuento una cosa muy diferente

de la novela, a pesar de las notas comunes, resulta como una indispensable escuela previa para el novelista.

Vistas así las cosas, no resulta exagerado indicar que si nuestra independencia política se produce en 1821, la cultural y literaria no se inician sino hasta muy a finales del siglo XIX, o, mejor, a los comienzos del actual. Y esta brevedad histórica de la narrativa, más breve cuando se aplica a la novela, viene a constituir una de las causas más notorias de su exigüidad en la Patria.

Mas no concluyen aquí las que podemos llamar causas históricas. Si la falta de tradición tiene grandísima importancia, alguna, aunque menor, presentan otros factores de este mismo tema.

Con frecuencia la novela requiere informaciones de tipo histórico. Aun prescindiendo de la llamada, con propiedad, novela histórica, el requerimiento se vuelve indispensable en muchos casos. Generalmente, una obra de esta índole se desarrolla dentro de un medio físico, que es la geografía, y un medio temporal, que es la historia.

La riqueza humana de nuestros varones de ayer —los próceres de la independencia, los artistas, los santos y los criminales, la “mengalita” ya desaparecida, el patrón de la finca, el Indio Aquino— todavía no ha sido profundizada por nosotros, los hombres de letras. Han sido los especialistas quienes han trazado esas imágenes, recurriendo más a lo anecdótico y a lo notarial, que a lo íntimo y desgarrador. Sabemos, así, que Fulano nació en tal parte y fue bautizado en la Iglesia cual, por el Reverendo Mengano; que perteneció a una familia “notable por sus virtudes”, etc., etc. Muchas de estas figuras están trazadas a punta de adjetivos calificativos. Y de los más baratos. *Noble* familia, estudiante *ejemplar*; sus acciones fueron *heroicas* y *denodadas*; padeció *amargas* derrotas y tuvo *gloriosos* triunfos, al frente de sus *aguerridos* soldados. Esto se aprende en el colegio, y luego se olvida. Se olvida, porque es indispensable olvidarlo. Y si bien recapacitamos, adver-



timos que en gran parte la sequedad de nuestra pedagogía histórica, nos ha alejado mucho, si no a todos, a casi todos, de la vinculación sustancial con nuestros procesos y nuestros hombres de ayer. No los conocemos. Porque saber detalles como ésos, no es saber, en verdad, quiénes fueron, ni por qué hicieron lo que hicieron...

En esto, los cultivadores de la historia han de ser nuestros guías y colaboradores. Es lo deseable.

Luego, es conveniente pensar en las dificultades de información minuciosa, que tiene el novelista cuando quiere saber, por ejemplo, cómo funcionó a fines del siglo pasado, una institución determinada. Si lo quiere saber en detalle (y la novela, con harta frecuencia, se vale de pequeños detalles para situar un hecho no acaecido) tiene que consumir largas horas en bibliotecas y en archivos, tomando, a mano, algunos pocos apuntes. Tengo para mí que en los actuales tiempos, eso ya no debería ser necesario: pues que tanto archivos como bibliotecas, podrían suministrarlos facilidades de copia en "microfilm", de todos aquellos documentos que nos interesen para fijar las características de una época o de un instante histórico. El interesado pagaría el material fotográfico y una modesta cuota por el servicio, y podría llevarse a su casa, para minucioso análisis y para meditación, todo aquello que le pareciera conveniente para sus fines inmediatos.

En síntesis, diría que nosotros necesitamos una más asequible organización de los elementos históricos que van a vincular nuestra obra de relatistas a las realidades nacionales, y un acceso mayor a las fuentes. Quien haya enfrentado el problema de la documentación con fines literarios, sabrá que no hay exageración en lo dicho.

### *Causas psicológicas*

Ya indicamos cómo, herederos del indio y del español, no recibimos nosotros en nuestra conformación étnica, inclina-

ción al género narrativo, como no fuese el puramente documental de la crónica.

Mal podría tachárenos de falta de imaginación. El salvadoreño la tiene, y rica, ya para los trajines de la vida pragmática, ya para la creación lírica, pues ha de insistirse en que el orden lírico sí tenemos ya una tradición más consolidada. Y el ambiente mismo nos inclina a ella.

Pero hay algo más, que sin duda tenemos que relacionarlo con los factores económicos, y volverlo a tratar en ese aparte cuando lleguemos a él; yo lo expresaría diciendo que nos falta disciplina. Hemos de crearla.

La superabundancia lírica de El Salvador (alguien dijo que éramos millón y medio de poetas), se explica un tanto por la línea de la menor resistencia, porque, dicha sea toda la verdad, no todo aquel que entre nosotros ha escrito versos, lo ha hecho siguiendo un imperativo de la vocación. Un poema puede obedecer a un raptó emotivo o de inspiración, o como quiera llamarse. Puede obedecer también a cierta facilidad verbal, o a cierto dominio de la técnica. Un soneto puede concebirse y realizarse en breves minutos. Y queda hecho. A veces, con extraordinaria calidad y perfección. Pero una novela no puede trabajarse así. Demanda un esfuerzo sostenido, permanente. Hay que escribir día a día. Volver sobre páginas anteriores, rehacerlas, podarlas. Estar atento para evitar incongruencias, fácilmente presentables en una obra de 200 páginas o más... En suma, la novela exige mayor disciplina consciente, mayor esfuerzo material, mayor consagración. Y no todos estamos en capacidad de entregarnos así a la tarea de escribir. Masferrer nos señaló una vez como el pueblo del "ojalá" y de la improvisación, y aunque sus palabras de entonces, con el avance social, técnico, económico del país, han perdido buena cuota de su vigencia, todavía es cierto que nuestro pragmatismo nos inclina a ser hedonistas, y que en todo buscamos los mayores frutos con los menores trabajos.

El argumento anterior, parece encon-

trar un desmentido en la relativa producción de ensayos, y algunos de gran calidad, aparecidos en nuestro ambiente durante los últimos años. Obras hay que implican una larga y devota paciencia. Que delatan una disciplinadísima investigación científica o cavilación filosófica... Pero advirtamos que entre el ensayo y la novela hay diferencias fundamentales, y que la propia disciplina, tan indispensable en el uno como en la otra, cobra modalidades diferentes. El ensayista cuenta, de antemano, con un hilo de Adriada, que le facilitará el seguir su trabajo de manera metódica y diligente. Hay un esquema lógico y técnico, que en la novela puede existir o no existir, según las preferencias temperamentales del autor, pero que, aun existiendo, tiene características propias. Si la lógica es de la esencia o de la naturaleza del ensayo, en la novela tiene un valor menos absoluto. Y con frecuencia ocurre que los personajes de una obra, cuyos caracteres y costumbres han ido depurándose y fijándose al través de su propia actuación, obligan al novelista a la modificación de sus esquemas previos, que apenas quedan con el valor de un andamiaje tan modificable como transitorio.

Quien formula un ensayo, o prepara su tesis doctoral, o pretende probar un postulado científico o filosófico, puede encontrar, en multitud de libros, en los seminarios de las universidades, métodos de investigación, normas para organizar sus "ficheros", reglas de correcta y ordenada exposición, que otorgarán a su obra claridad y firmeza. El novelista no tiene dónde encontrar una técnica. Los textos de literatura dan reglas para la organización de un discurso, para la factura de un endecasílabo, para la redacción de una gacetilla periodística. Pero no dicen nada—porque nada pueden decir—sobre la concepción, el engranaje y la realización de una novela. Hay en esto tantas técnicas como autores. O, mejor, tantas técnicas como novelas.

Yo conozco algunos textos sobre el tema, y he de citarlos por si su mención

resulta de utilidad a alguien. Mas debo declarar que mi experiencia personal de su lectura, ha resultado negativa. Pues los autores no están de acuerdo entre sí en puntos fundamentales. Y uno mismo, al leerlos, discrepa de todos ellos. Como lógicamente ha de suceder, con una materia de tal amplitud; en la novela cabe desde lo más trivial hasta lo más profundo; desde lo más localista, hasta lo más universal; desde lo más abstracto hasta lo más concreto; desde lo más organizado hasta lo más vago... ¡Y cada uno se queda con su verdad!

He aquí, pues, esa breve guía de lecturas, que si a alguien orientan (y así sea) a mí sólo me sirvieron para desorientarme:

E. M. Forster. *Aspects of the novel*, 2a. Edic. "Edward Arnold & Co., London, 1928;

Januario Espinosa, *Cómo se hace una novela*. Edit. Nascimento, Santiago, Chile, 1941;

Raimundo Kupareo, O. P., *Estética de la novela*. Edic. mimeográfica de la Universidad Católica de Chile, 1955;

H. Ochoa Mena, *Cómo se escribe una novela*. Edit. Orbe, Santiago de Chile, 1958.

Mariano Baquero Goyanes, *Problemas de la novela contemporánea*, Edit. Ateneo, Colecc. "O crece o muere", Madrid, 1956.

Agrétese aquí una cantidad estimable de ensayos, cortos y largos, debidos a la maestra pluma de Ortega y Gasset.

Resumo indicando que, si nuestra disciplina para la creación literaria, vacila y desmaya ante la exigencia de la novela, el problema es en ésta más duro y difícil que en el ensayo; no hay coordenadas, no hay estructuras de auxilio que resulten aquí tan eficaces y seguras.

Agreguemos otra causa psicológica. Esta no se halla en el autor, sino en el lector. No es privativa del salvadoreño: he podido comprobarla en otros países de Latinoamérica, y hasta la he oído expresar sin reticencias, por gentes de cuya cultura no se puede, lícitamente, dudar. Y

es la siguiente: como lectores que hemos sido por cuatro siglos, de obras provenientes de otros países, nos hemos habituado a complementar con nuestra imaginación, lugares y personajes que nos son desconocidos. Un tugurio de Moscú, descrito por Dostoiewsky, un personaje campesino de los países nórdicos, presentado por Panait Istrati, un paisaje de Castilla dibujado por Azorín, todo eso, digo, nos place porque ante nuestra imaginación está incompleto, y nos da el dulce trabajo subconsciente de completarlo, un poco a nuestra imagen y semejanza. Pero una esquina del barrio de San Jacinto de San Salvador, por la cual hemos pasado, día a día, durante muchos años de nuestra vida, o una vendedora de pupusas y chicharrones y yuca, de Mejicanos, a cuya rústica mesa nos hemos sentado cien veces, están ya hechos, tan hechos, que “no le hallamos gracia” a su presencia literaria. Un mucho de prejuicio. Como si sólo fuera novelable lo exótico, y sólo tuviera sustancia humana lo que no tenemos al alcance de la mano... Y la verdad es otra, bien distinta. Cuando, el 10 de diciembre de 1952, Francois Mauriac recibía en Estocolmo el Premio Nóbel, el Secretario Perpetuo de la Academia Sueca la expresó con una hermosa metáfora: “A todo el que desea profundizar en las cosas, lo primero que le hace falta es un terreno donde hundir su azada”. Y Mauriac dijo lo mismo en otros términos: “La humanidad entera está en el labrador de nuestro terruño, y todos los paisajes del mundo, en el horizonte familiar a nuestros ojos infantiles. El don del novelista consiste precisamente en saber hacer evidente la universalidad del estrecho mundo en que hemos nacido, en que hemos aprendido a amar y a sufrir”.

No se vea en lo anterior una invitación al regionalismo. Para mí el regionalismo, sobre todo el de países pequeños, resulta limitador. Se trata de ir a la universalidad por la vivencia. Y de quitar de los lectores ese prejuicio que los invita a considerar como poco digno de la literatura, precisamente lo único digno de ella:

la vida, que en cada hombre se da conforme a su doble tipo de experiencia: la cotidiana y la cultural.

### *Causas culturales*

No quiero estampar aquí el alto índice de nuestro analfabetismo, porque es un dolor que me puedo evitar. Baste decir que es muy elevado, a pesar de los esfuerzos hechos por el Estado y los particulares. Esfuerzo que, a la verdad, ha logrado bajar el vergonzoso guarismo.

Mas si el escritor escribe para comunicarse, es obvio que el analfabetismo limita su función, y, con ella, su entusiasmo.

Grave cosa sería ya el que no nos leyeran los iletrados. Lo peor es que tampoco los letrados lo hacen. Nuestra modalidad de vida, más dada al negocio, a la profesión, al oficio, que al cultivo de las artes, induce a la mayoría de nuestras clases cultas, a leer casi exclusivamente aquello que puede redundar en un inmediato beneficio o en el acrecentamiento de su formación profesional. Y es doloroso decirlo, pero con frecuencia hemos tratado a doctores en Medicina, en Derecho, en Ingeniería, etc., que tienen un alto nivel de formación especializada en sus materias, pero uno lamentable en materias de cultura general. En casa de más de uno, hemos visto colgados cuadros de calendario de botica. Otros, han manifestado una ignorancia en temas básicos de la historia del arte. Los de más allá, se han aburrido escuchando una sonata de Beethoven. El hábito de una lectura no pragmática, se ha extendido un tanto en los últimos años, gracias, en gran parte, a la obra del Departamento Editorial de nuestro Ministerio de Cultura. Pero aún hay que ampliarlo, y mucho. Quede lo anterior dicho así, al paso...

Si ya descontados el iletrado, y el que sabe leer, pero no lee novelas, ni cuentos, ni poemas, el escritor salvadoreño se halla con muy pocos lectores, advertimos que su drama no está íntegramente presentado. Pues ocurre también que de los pocos que sí cultivan la lectura estética

o recreativa, muchos son los que se niegan a leer lo nacional, por ese prejuicio que se ha señalado una o dos páginas atrás, de que lo nuestro no es materia literaria.

En resumen, si queremos un mejor desarrollo de la cultura nacional, de la literaria y de la novelística, ése es asunto en el cual los escritores no podemos hacerlo todo. Ni el Estado. La ciudadanía íntegra tiene que ver en él y con él. Incluso llego a creer que se ha sido cruelmente exigente con nuestros hombres de letras, al pedirles una calidad que no estamos dispuestos nunca a reconocer. Aunque muchísimas veces la han tenido. Yo declaro que en mis andanzas diplomáticas por la América del Sur, mil veces he presentado con orgullo a literatos nuestros, y ellos han encontrado un eco generoso, cordial, entusiasta, que con mucho pesar puede afirmarse no hallaron en la Patria. Si el lector ve en esto algo de amargura, no lo tome a amargura personal. Es una queja en nombre de todos los que conocen el problema.

Todas nuestras fuerzas culturales deberían converger hacia un mayor estímulo del hábito de la lectura. La alfabetización de las masas resulta indispensable e importantísima. Nadie se atrevería a negar la validez de los empeños desarrollados en tal dirección. Pero, ¿qué hacemos con el hombre ya alfabetizado totalmente, o a medias? ¿Qué le ofrecemos para su desenvolvimiento espiritual, intelectual?... Llegará a sus manos el diario. Tal cual folletín. Algún novelucho de tres al cuarto. Y su proceso de culturización se habrá quedado a menos de la mitad del camino. Se le habrá dado un instrumento, mas no la oportunidad de utilizarlo. Grave error sería el considerar el alfabeto como un fin en sí mismo: es sólo el medio de acceso hacia fuentes de conocimiento y de emoción superiores.

Los colegios, los organismos radiofónicos, las empresas de televisión, deberían cooperar con el Estado, de manera terca y constante, en invitar a las gentes a la lectura. No basta el saber leer: es in-

dispensable el tener la costumbre de leer, el gusto por la lectura. Gusto que no se da espontáneamente: como en todas las esferas de la vida cultural, és algo que demanda tiempo y trabajo: hay que impulsarlo, hay que acicatearlo.

### *Factores económicos*

Al conocidísimo retruécano de “no se lee porque no se escribe, o no se escribe porque no se lee” tendríamos nosotros, para hablar de la escasez de nuestra producción bibliográfica en general y novelística en particular, que agregar un tercer factor. El de las ediciones. Porque un país sin editoriales, suele tener pocos escritores y no muchos lectores. Entre nosotros es éste, ahora, un problema parcialmente resuelto. Pero resulta indispensable hacer referencias a los antecedentes editoriales del país, a la realidad actual y a las posibilidades futuras. Lo haremos adelante.

El Salvador es el país latinoamericano de más densa población, y uno de los que tienen más alto índice demográfico. La pequeñez territorial, y la fertilidad no tan grande como el optimismo patriótico nos hace a veces creer, han determinado, lógicamente, que la lucha por la vida sea, dentro de nuestras fronteras, especialmente aguda. Aquello que San Pablo dijera como una admonición a los haraganes, “el que no trabaja, que no coma”, se cumple en la patria de una manera irrefragable. Nos queda así poco tiempo para el ensueño, para la lectura desinteresada, para la música, para la religiosidad de la vida íntima. El demasiado quehacer, esteriliza nuestras fuerzas, y a veces nos vemos abocados al mero problema de la supervivencia. Se nos ha llamado “la Fenicia de Centroamérica”, y el término no resulta, bien visto, tan peyorativo como a primera vista parece. *Primum vivere, deinde philosophare*.

Si después de los afanes del día, de la cruel lucha por el pan, nos quedan unos minutos disponibles, el cuerpo y el alma nos solicitan más el esparcimiento livia-



no, la copita de wiskey, la música melódica, fácil de oír y sin problemas; nos solicita más todo eso, digo, que un texto de filosofía o que una novela de honda especulación sociológica. A nadie se oculta que, en un momento dado, es más higiénica, aun desde el punto de vista espiritual, una partida de carambolas, que una conferencia metafísica.

Dicho esto, para hacer alguna justicia al lector poco asiduo —tengo el remordimiento de no haberlo tratado muy cortésmente en párrafos anteriores— cabe extenderlo al escritor.

El escritor también está cansado.

Si es médico, viene de atender por la mañana un servicio en el hospital. Ha dado consultas toda la tarde. Ha realizado visitas a numerosos pacientes. Se ha informado, en las últimas revistas del ramo, acerca de algunas nuevas drogas, sus aplicaciones terapéuticas, su posología... Si es abogado y notario, hubo de lidiar con unos testigos falsos, atender a más de un cliente no siempre muy considerado... Así que nuestro escritor escribe a ratos perdidos, y bajo el signo de la fatiga. Lejos estamos —no sé si para bien o para mal, y más creo lo segundo— del escritor profesional, del hombre que, como Graham Greene, como Aldous Huxley, dedica su tiempo a vivir en función literaria y a escribir en función vital. La carencia del tiempo y el cansancio afectan al escritor no únicamente en cuanto dice relación con el verbo escribir, sino también en lo que atañe al verbo leer, pues el escritor es, o debe ser, además, un buen lector. Y buen lector no es quien se limita —así sea por la fuerza de las circunstancias— a un orden de lecturas de inmediata utilización pragmática.

Mas prosigamos, que apenas hemos enunciado un par de aspectos de esta problemática.

Este escritor, asendereado de dificultades profesionales y económicas, podrá, a ratos perdidos, como se ha dicho, escribir un poema, un cuento, hasta un ensayo. Sobre todo, si el ensayo dice relación con sus actividades cotidianas. Pero

le será harto difícil escribir una novela. Porque la novela implica tiempo, frescura imaginativa, disciplina, información variada, fermento interior. Una serie de factores muy numerosos, casi imposibles de conjugar entre la clínica, el bufete, la cátedra y las necesidades familiares...

De ahí que tengamos que reconocer el gran esfuerzo realizado por los pocos, en verdad poquísimos, escritores, que han enriquecido nuestras letras con alguna novela, cualquiera sea el juicio que sobre ella nos hayamos formado. Han realizado una tarea que en nuestro medio resulta sobrehumana, promiscuando el ejercicio de su profesión, con el de la narrativa. Y a sabiendas de que los lectores son pocos. Demasiado pocos. Y críticos no hay. Y de que quienes, mal que bien, ejercen de vez en cuando la función crítica, suelen ser bastante indiferentes con lo nacional...

El exiguo hábito de lectura que ya hemos tratado, implica, en este orden económico, otro grave problema: el libro, cuya sola edición cuesta dinero (y no hablemos de lo que podrían, económicamente, significar los esfuerzos de su creación), no se vende. Funciona aquí en forma dramática un aspecto negativo de la ley de la oferta y la demanda: si no hay demanda, ¿para qué producir?... Y a nadie escapa el hecho de que esto desanima al escritor. No perdamos de vista que el novelista es un escritor que para entregar una obra de 200 ó 300 páginas, ha tenido que trabajar por lo menos un año en crearla y dos o tres en pulirla, ajustarla, reducirla y dejarla lista para su edición.

Durante muchos años en El Salvador no hubo editoriales. No las hay todavía de tipo mercantil. La que tenemos —¡y excelente!— es de tipo estadual. Era indispensable, y por eso surgió la idea y se llevó a la práctica. La sola fundación de la entidad ha dado un fuerte impulso a la creación literaria, y de modo particular a la novelística porque, aun cuando el autor no espere ganancias económicas con la edición de su libro, tiene,

el menos, la perspectiva de verlo editado y circulando, sin perder un centavo de su propio peculio, como antes, invariablemente, lo perdía. Cuando el Dr. José Leiva escribió su novela *El indio Juan*, que muy pocos salvadoreños conocen, hizo, de su bolsillo, una edición mínima, de sólo cien ejemplares, *para regalar a sus amigos*. Hombre perspicaz, no se le escapaba la inutilidad de entregar su trabajo a los libreros, a las polillas y a un público inexistente de lectores...

La afición a leer, escasa en sí, tórnase más escasa —ya se ha dicho— cuando se trata de autores nacionales. Cierta es que las ediciones que antes se hacían, sobre ser de muy pocos ejemplares, resultaban mal hechas. Eran los tipógrafos, más habituados a preparar la hoja suelta, el aviso comercial, el folletito político, etc., quienes daban forma a los libros, sin la necesaria técnica ni el depurado gusto que hacen que un libro, visto en el escaparate de una librería, suscite nuestro interés. Ya este aspecto se halla superado, al menos por el Departamento Editorial del Ministerio de Cultura, pues quizá no pueda decirse lo mismo de la Editorial Universitaria ni de las pocas ediciones que aun hacen los particulares, por su cuenta. Pero es indiscutible que la presentación de las obras, tiene importancia en su difusión. Dicho sea de paso, los libros presentados por nuestro Departamento reciben elogios de gentes conocedoras del oficio, donde quiera que se presentan. Es cosa que me consta.

La escasez de mercado significa aumento de costos, de manera que se cierra un círculo vicioso, y así ocurre que el libro que a muy pocos tienta, resulta en plaza mucho más caro que el editado en el extranjero y precedido de propagandas, timbales, triunfos o nombradías.

A los problemas de producción hay que agregar los de distribución, a mi parecer todavía más graves.

El libro regalado, no suele atraer al lector. Es como un ladrón que intenta meterse con escalamiento a los recintos de nuestro interés. Se recibe, se envía una

tarjetita de agradecimiento, y se deja dormir en las estanterías. Cuando compramos un libro, lo hacemos porque ya tenemos interés en él. El sacrificio, pequeño o grande, que nos significa el desembolso, debe ser compensado por los frutos de la lectura, y nosotros tratamos de no desperdiciarlo. Sobre esto quizá escriba largamente después, ya que considero necesario buscar, para nuestro Departamento Editorial, un régimen más flexible de distribución pagada, mercantil, que el que ahora permiten nuestras leyes al respecto. No sólo para que el Fisco se resarza, siquiera en parte, de los costos, sino para que también se cumpla con la norma psicológica recién expresada, tal como dicta la experiencia que debe hacerse.

En los convenios internacionales, ha de procurarse la reducción de tarifas postales, de trabas aduaneras, etc., para el libro. No desconozco que algo de eso se ha hecho; pero la verdad es que no funciona bien. Sé, por ejemplo, que los autores tenemos un descuento en los portes de correo cuando enviamos nuestras obras; pero los diversos países parecen no haberse interesado mucho por instruir en esta materia a los empleados secundarios de las oficinas de correo, quienes desconocen totalmente —y aun se niegan a aplicar— las tarifas preferenciales que algunos convenios otorgan a los autores de libros. Cuanto a las trabas aduaneras, en una época de tan intensas y contradictorias corrientes políticas, parecen haberse acentuado. Cierta es que ya no son muchos los autores que no busquen en sus trabajos ejercer una influencia de orden político en los lectores. El problema existe. A nosotros nos basta, por ahora, con señalarlo, pues han de ser las reuniones de entendidos las que procuren alguna solución adecuada.

Cuando el autor, haciendo un esfuerzo personal, a veces heroico, decide imprimir la obra por su cuenta, se halla con el insalvable valladar de la distribución. Ahí tiene mil ejemplares, hacinados en su cuarto de escritorio. Le han costado ca-

ros. Tiene que obsequiar cincuenta a los presuntos críticos, en la esperanza de que los presuntos críticos se ocupen de su labor. Sale defraudado. Otros cincuenta son para la familia y los amigos, que se resentirían si el autor no los tomase en cuenta, magüer que ellos mismos no se hallen dispuestos a leer el libro... Quedan novecientos. Doscientos, a lo sumo, serán puestos en librería. Quedarán en consignación. El librero llevará de un 40 a un 60% del precio de venta... Si es honrado, dará cuenta de lo vendido, a los seis, a los doce meses. Si no lo es —y por desgracia el caso en América se ha dado muy frecuentemente— se quedará con todo, como si los libros le hubiesen sido obsequiados. En algunos casos esto se da no por mala fe, sino por desidia: el autor no tiene tiempo de ir a pedir cuentas, y el librero ni se acuerda de la obra, que ahí está durmiendo, entre muchas otras más, mientras se hace propaganda a los libros venidos del extranjero. Los setecientos ejemplares restantes, son para las cucarachas y polillas.

Nuestro Departamento Editorial, así como la Editorial Universitaria, deberían, a mi ver, estudiar conjuntamente las fór-

mulas de distribución más viables que permitan a nuestros libros, por lo menos, ampliar su radio de acción a toda la América Central, no como regalo o como mera difusión, sino como artículo que cuesta dinero, y que debe cuando menos recuperar sus costos. A mercado más amplio, corresponderá mayor difusión de los valores del espíritu, y menor costo por unidad.

Analizadas quedan las causas de la exigüidad de la novela salvadoreña, que más fácilmente me han venido al magín. No serán, probablemente, las únicas, y no faltará quién, conocedor de estos asuntos, encuentre algunas otras.

Cierto es que muchas de estas causas pueden aplicarse en general a todo tipo de producción literaria. Pero insisto en que la novela, como género que es de creación artística, con sus requerimientos de disciplina, de tiempo, de imaginación, etc., demanda más esfuerzos que muchos otros géneros. Y que esos esfuerzos no están compensados por la acogida del medio, no obstante que éste, en los últimos tiempos, se ha abierto un poco más.

Bogotá, julio de 1960.

# La Literatura en la Enseñanza Filosófica

Por FEDERICO CARDENAS RUANO

Para enseñar mediante la literatura, creemos no deben abandonarse los métodos didácticos por completo, aunque quien escriba no sea docente. El sistema de conferencias, digamos, es tan conocido para el literato como para el pedagogo y no hay motivo para dejar de emplearlo en un artículo o ensayo que tenga como objetivo la divulgación filosófica o científica. Tal nos parece el deber de quien se afana en participar a las gentes el goce de las excelencias educativas que proporciona el conocimiento de la Historia, “maestra de la vida”.

Si nuestro propósito es exponer, demos por caso, los antecedentes, motivos y reacciones que empujaron hacia el pensamiento y la concepción del escepticismo (*skeptesthai*) en Grecia, se hace necesario para obtener provecho disponer una arquitectura *adecuada* como dirían los estoicos, clasificándola conforme a la Teoría del Conocimiento, en escepticismo antiguo (radical), escepticismo medio o académico y escepticismo posterior. En realidad quien fundó la escuela del escepticismo absoluto fue Pirro, como dice Diógenes Laercio, o Pirrón de Elis (no de Elea) que nada tiene que ver la Península del Peloponeso con la Magna Grecia en el Sur de Italia. Pirrón sostuvo con entero convencimiento que no puede llegarse a un contacto del sujeto y el objeto, pues a la conciencia cognoscente no le es posible captar su objeto; esto es, el ser. Para él, pues, no había conocimiento. Y así de dos juicios contradictorios, el uno es tan verdadero como el otro. Esto niega, según la epistemología, nuestro principio de contradicción, fundamento lógico de la verdad filosófica. De tal modo era esto, que

como para Pirrón no había juicio ni conocimiento verdadero, recomienda la *epoché* o abstención de todo juicio. En verdad, el escepticismo radical concebido por Pirrón, entraña un supuesto contradictorio ya que resultando un nihilismo práctico, no es posible juzgar ni encontrar la verdad de *nada*. Los pirrónicos podrían haber anunciado la conclusión de su escuela con el siguiente juicio, según Hessen: “El conocimiento es imposible” como dudoso, y agregar: “No hay conocimiento y también esto es dudoso”. Empero con ello expresarían una convicción, un conocimiento, enredándose en una contradicción. Y así en todas sus lucubraciones; para evitar lo cual, aconsejaban la abstención del juicio.

La primera posición del conocimiento tanto histórica como filosófica, fue el *dogmatismo* porque el hombre aún no intuía ningún problema en el acto de conocer, virtualmente omitía el sujeto y sólo tomaba en cuenta al objeto, creyendo captarlo simplemente en su corporeidad con los sentidos; mas el conocimiento como bien sabemos, es una relación del sujeto y el objeto. Puede notarse esta posición ingenua del dogmatismo en todos los naturalistas jonios que comenzaron sus especulaciones filosóficas con Tales de Mileto, en los eleatas y en los pitagóricos de la Magna Grecia y aun en Heráclito de Efeso con su *panta rei*: “Todo se mueve, todo deviene”. “No te puedes bañar en la misma agua de un mismo río”. Pero siempre a una tesis de cualquier naturaleza sigue una antítesis más profunda para obtener una síntesis, como diría Hegel. Y justamente el antípoda del dogmatismo es el escepticismo engendrado por aquél. La primera actitud del hombre, pues, en la teoría del conocimiento, fue el dogmatismo ingenuo al creer que las cosas son tal como se nos aparecen; después vino la duda, y, con ella, el escepticismo antiguo, que tuvo su afloración filosófica con el *homo ménsura* de los sofistas, en forma subjetiva: “El hombre es la medida de todas las cosas”, repetía Protágoras el abderita. Y desde entonces comenzaron todos los filósofos a expresar sus dudas más o menos profundas, pues el escepticismo puede ser total o parcial y se produce en muchas modalidades de la filosofía, de la ciencia y de la cultura.

Asimismo desde la Academia Antigua fundada por Platón, a medida que transcurrió el tiempo fue decayendo la actividad científica establecida por su fundador y aflojándose el verdadero criterio filosófico hasta convertirse en una simple creencia tradicional. Fue entonces que en la Academia nombrada Media representada por Arcesilao de Pitane, Eólida (315-241 a. C.), y Carneades de Cirene (214-129 a. C.), se produjo una intensa reacción. No con el fin de alborotar, de contravenir o de exaltar los ánimos, sino en el afán cientista de buscar el fundamento y la comprobación lógica de todos los enunciados. El carácter, así, de esta escuela no es ya dogmático sino crítico y escéptico, y, como dice Hirschberger: “Se quiere asegurar la verdad lanzando la sonda de la crítica hasta allí donde antes quizá precipitadamente se había anclado dejándola insegura”. Es así como Arcesilao discute el dogmatismo de la *fantasía cataléptica* de la Estoa haciendo ver que ninguno de los puntales lógicos que sostenían esta *criteriología* tenía la consistencia que se les había concedido para evidenciar



la verdad, siendo también inseguro el método empleado por los estoicos para encontrar el conocimiento. Y fue entonces también que habiendo impugnado Carneades la llamada *evidencia* de los mismos estoicos y epicúreos, que en esto estaban acordes aunque se combatían severamente en otros predios, desbarató el método con que dichos habían comprobado la existencia de Dios y su justicia. No con el fin ciertamente de destruir la creencia, sino para cimentarla mejor. Carneades hizo sucumbir también en análisis riguroso, muchas conclusiones éticas adoptadas por ambas escuelas (Estoas y Epicúrea). Tan enérgica fue la actitud crítica y comprobativa de este escolarca de la Academia Media, que mereció ser nombrado para representar a Grecia en la embajada de filósofos que fue a Roma el año 155 a. C. Y allí ocurrió que un día comprobó la existencia de la justicia e hizo su apología y otro día lógicamente la destruyó con igual consenso y admiración de su auditorio, aunque probándole que la justicia no existe, y concluyendo: “La conquista es una injusticia. Si los romanos quieren ser justos deben abandonar sus conquistas y recluirse en sus antiguas cabañas”. Esto le pareció ya demasiado al probo Catón, quien esgrimió nuevamente su *Céterum censeo*, con el cual exigía que los filósofos se marcharan cuanto antes: “Philosophos quam celerrime esse expellendos”, agregando, “que cuando las convicciones en que se funda un Estado se afirman, la existencia de la cosa pública peligra con las teorías que se enredan con tanta doctrina e intelectualismo”.

Como hemos visto, este escepticismo medio o académico no es radical: duda, y necesita cada vez crítica comprobativa. Asegura que nunca podemos decir que este o aquel juicio es verdadero, pero puede ser probable. Este escepticismo, pues, académico, se distingue del pirrónico o antiguo, en que se puede llegar a una opinión probable.

Como representantes del escepticismo posterior, los historiadores de la filosofía citan a Enesidemo de Cnosos, Creta (siglo I a. C.), y a Sexto, el empírico, de Tarso, en Sicilia (siglo II de n. era). De ellos se dice simplemente que reaccionaron con el escepticismo radical pirrónico aunque el metodismo de Enesidemo en los *tropos* parecía querer desembocar, según Ferrarter Mora, en la doctrina del *devenir* del filósofo de Samos (Heráclito), lo que no fue así, pues termina proclamando la impasibilidad como única y verdadera actitud del sabio.

Sexto Empírico es ante todo un escéptico naturalista que como médico y físico antepone el valor de la experiencia para conocer, a las teorías y métodos de los estoicos y epicúreos. Criticaba asimismo a los dogmáticos en sus métodos tan diferentes y hasta contradictorios para encontrar la verdad, exponiendo asimismo las diferencias que existen entre la realidad y la manera de juzgarla. Decíamos anteriormente que el filósofo de Cnosos metodizó su escepticismo radical, en los *tropos*: son estos 10 enunciados de carácter sintético con los cuales él, Enesidemo, cree rebatir por completo el valor de la verdad. Copiaremos algu-

nos de los más significativos: “1) de las diferentes especies existentes entre los seres animados; 2) de las diferentes clases de hombres; 3) de los diferentes estados según los tiempos; 5) de las diferentes posiciones que pueden adoptarse frente al objeto; 9) de las costumbres, usos y creencias del sujeto”, etc. Se ve con claridad en todo lo apuntado, que mientras los dogmáticos hacen caso omiso del sujeto, los escépticos casi no toman en cuenta al objeto. Y de pronto viene la interrogación: ¿Es que estos buenos filósofos no han tenido que formular juicios para componer tan metódica doctrina escéptica?

Desde luego no repudiamos el escepticismo en sus diferentes manifestaciones sino única y especialmente el radical, tanto por la imposibilidad de su existencia, cuanto porque se opone al conocimiento de la verdad considerada como un valor de la existencia humana: realidad de la ciencia, de la civilización y del arte.

El escepticismo parcial ha continuado manifestándose a través de las edades y constituye diversos tipos según el conocimiento o la manera de conocer a la cual se aplica. Puede referirse a los valores y ser ético como en Montaigne, religioso como en Unamuno y estético como en Hegel, a quien todo le parecía bello. Es también metafísico como en Augusto Comte y metódico o dialéctico, como en Descartes. Y en la filosofía fundamental o teoría del conocimiento tiene varios matices y está clasificado en subjetivismo, relativismo y pragmatismo, habiendo filósofos como el poderoso Kant, que han encontrado, con el criticismo, la síntesis de los dos contrarios: dogmatismo y escepticismo. El criticismo es el término medio —como explica Gessen— entre la temeridad dogmática y la desesperación escéptica.

Se refiere esto último, desde luego, al escepticismo lógico o absoluto. Esta posición pirrónica antigua según los pensadores como Hoffmann, obra como un sentido práctico de la duda acerca de la ética para preservar a la persona de las solicitudes teóricas del mundo exterior, conservándole así la completa *imperturbabilidad* de su yo. O como piensa Hirscherberger, sirvió para cohonestar la inquietud moral del hombre helenístico, que después de los rudos golpes de la política, sueña el idilio de la *ataraxia* y busca en la salvación de la filosofía lo que no puede venirle ya de la política misma.

# LA OBRA DE GAVIDIA

Por LUIS GALLEGOS VALDES

## SU PERSONA



GAVIDIA

Buscamos en nuestra memoria la imagen del maestro Gavidia todavía fuerte, andando por las calles del San Salvador de hace treinta años, con su mechón de ala de cuervo caída sobre la noble frente y una sonrisa de bondad para todos. Lo recordamos vestido de claro, con un libro bajo el brazo y de sombrero negro de ala plana un poco echado hacia atrás. Caminaba erguido, con cierta rapidez y no recuerdo haberle visto nunca con bastón. Daba idea de ser hombre robusto y sano, y siendo de estatura mediana, su porte era distinguido, no obstante vestir con descuidada sencillez.

Tal el Gavidia de la sesentena. Ibamos nosotros al colegio y le veíamos por el centro de la ciudad. Sentíamos



simpatía por aquel señor un poco raro y ausente, de rostro afable y bigotes caídos un poco malos.

Estamos ahora en su casa, conversando con él una mañana o una tarde. En su gabinete de trabajo tiene lugar la entrevista; allí donde acostumbra recibir casi siempre a sus amigos y al visitante ilustre que, de paso por San Salvador, por quien primero pregunta es por Gavidia, manifestando su deseo de verle. Es el Gavidia de la ancianidad. Habla lentamente y nos muestra un gran álbum de recortes. Allí está su proyecto de un palacio de las Bellas Artes, donde los artistas y los poetas se entreguen a su alto menester: soñar con sus creaciones, rodeados de estatuas, jardines y teniendo a la mano el Museo, enriquecido por millares de volúmenes y una valiosa pinacoteca. Y es que Gavidia, al hablar con entusiasmo de su proyecto, se sentía trasladado a la Grecia de Pericles, bajo los Propíleos, frente al Acrópolis de Atenas, cuyos trabajos de reconstrucción dirige Fidias. Artista se llama en Atenas al que trabaja sobre materias duras, en contraposición a los fectores, que trabajan con materiales blandos. Fidias es un artista, un gran artista, que está ahora empeñado en esculpir las tres grandes estatuas de Atenas. Se sueña también Gavidia en el teatro de Licurgo, presenciando una tragedia de Sófocles, el hombre de la vida armoniosa, admirado y querido por su pueblo; general, sacerdote, político, y en cuyas tragedias el pueblo de Atenas vio a los hombres como debían ser.

Ese proyecto, de un Museo donde estén representadas todas las artes, sintetiza en nuestra opinión lo mejor del espíritu humanista de Gavidia, espíritu que dio a su vida la sencillez de costumbres de un sabio antiguo, a quien el amor cristiano ha vuelto aún más bondadoso.

## SENTIDO DE SU OBRA

Gavidia rehusa desde muy joven ser un secundón del romanticismo. Por eso estudia con fervor los clásicos griegos y latinos. No quiere esto decir que Gavidia desconociera el alcance de dicho movimiento; pero el abuso de la libertad romántica hecho en nuestros países le pareció un error que, con el tiempo, se pagaría caro. Aquí los poetas y literatos perdieron el sentido de la disciplina y de la medida; dejaron de estudiar y se entregaron a un fácil sentimentalismo, exaltando a la inspiración, a cuyo culto se dedicaron exclusivamente. Ello vino a coincidir en parte con la corriente positivista, entendida al exagerado modo latinoamericano, que relegó como inútiles los estudios humanísticos. La frivolidad y la ignorancia hicieron que el latín fuese suprimido de la enseñanza. Se inaugura entonces entre nosotros el triunfo de la facilidad en las letras, la era de la improvisación. Pueblos jóvenes los nuestros, eso les redujo el dominio de la cultura; nuestra visión del mundo se estrechó, aun cuando algunos positivistas se creyesen los heraldos de la nueva época. Con tanta embriaguez romántica

y positivista se perdió el buen sentido. Si los talentos no se malograron del todo, fue gracias a la presencia de un Padre Juan Bertis entre nosotros, quien llevó a su cátedra de literatura en la Universidad el gusto por Cicerón; fue gracias también a Gavidia, dispuesto a aprender latín y griego para poder leer y explicar a Horacio, Virgilio, a Homero.

Pero no fue sólo el conocimiento de los antiguos el que atrajo a Gavidia. Sus lecturas de los clásicos castellanos, franceses e italianos son frecuentes. Quizá Gavidia es de los pocos centroamericanos que siguió con interés el movimiento de los felibres, Mistral y Roumanel principalmente. Admiró ese loable intento de revivir las glorias de la Provenza en los cantos de sus poetas y en sus Cortes de Amor; pero más que todo en la obra de sus poetas modernos, esa *Mireille* que posee la misma encantadora sencillez del *Germán y Dorotea*. El teatro español de los siglos de oro le atrae poderosamente; de ahí su culto a Lope de Vega. Pero también el teatro francés le encanta, y, según él mismo lo confiesa, la manera de decir los versos en francés, por los actores de lengua francesa, le confirmó en su idea de que esa flexibilidad prosódica se debía al sistema de escandir los versos, basado en el libre juego de la cesura. He aquí el hallazgo que Gavidia, casi un adolescente, comunicó, generoso, a su amigo Rubén Darío, allá por el año de 1883. Es seguro también que fue junto a Gavidia donde el poeta de Nicaragua se sintió interesado en el hexámetro, tan poco usado en castellano. En fin, es probable que en sus conversaciones el ideal de la civilización griega, del prodigio griego, comenzara desde ese entonces a encender sus espíritus en un ideal idéntico de belleza y de gusto. Ser artista fue para ellos sinónimo de trabajo arduo, de penetración en los secretos de un oficio; vencimiento de dificultades, no entretenimiento de diletantes.

Para nosotros, el sentido de la obra de don Francisco, lo explica su humanismo, adquirido en la lección de los griegos y de los latinos, a cuyo estudio se entregó sin otro maestro que él mismo, ayudándose con todos los medios al alcance del autodidacto, como lo fueron casi todos los hispanoamericanos de su generación. Pero ¿bastará en definitiva a explicarla el amor y conocimiento de Homero? No olvidemos que Gavidia fue lector de Goethe y que la obra de éste como poeta es romántica. Gavidia tiene del clásico y del romántico; pero no del romántico de su tiempo, verboso y superficial, sino del verdadero romántico al exclamar: "El verso es el molde del lenguaje. La civilización no tiene métodos adecuados de expresión. Inventémoslos". Lo es también al proclamar la necesidad de un teatro americano en lenguaje accesible al pueblo y con temas tomados a nuestra historia. Pero no solamente lo proclama, sino que también da el ejemplo al escribir sus dramas y sus narraciones. Es un apreciador de la cultura maya. Su sentido de lo universal tiene fuerte raíz indígena. Bastaba contemplar su físico para confirmarlo sin necesidad de acudir a sus libros. Es más: amó a su tierra, a la que hubiese deseado ver convertida en una nación culta y ennoblecer a su pueblo por medio del amor al arte en todas sus manifes-

taciones, sin caer en el chauvinismo de otros, porque Gavidia fue un centroamericano ejemplar, como lo atestigua su vibrante y majestuosa “Oda a Centro América”, en la que condena a las tiranías y manifiesta su fe en la democracia. Su poesía en *Los Aeronautas* es elaborada y en ella aplica rigurosamente el hexámetro a nuestro idioma. En cambio, en *Versos* (1884) y en *El libro de los azahares* aparece el lírico que dice sus sentimientos con sencillez becqueriana. *Sooter o Tierra de Preseas* (1949) parece ser el libro, para Gavidia, más importante de su producción. Sooter es el héroe que se opone a la tiranía y que lleva al triunfo a su pueblo. Sooter significa “Salvador”. Es un largo poema épico dividido en diez cuadros, de métrica variada. El poeta va desarrollando los rollos que cuentan la historia de su protagonista, que es un héroe de la libertad. Para nosotros Gavidia es primero que todo un poeta, dotado de una gran curiosidad intelectual poco frecuente en nuestro medio. Esa sencillez diferencia a Gavidia de los modernistas, artificiosos a veces en demasía por el abuso de ciertos vocablos y motivos. Gavidia es sencillo también en su vida, sin hacer alarde de su personalidad literaria como lo hicieron otros modernistas. Para nosotros es un precursor del modernismo, como ha sabido demostrarlo Cristóbal Humberto Ibarra, nuestro joven crítico, en un estudio sobre el poeta salvadoreño.

# Panorama de la Literatura Hondureña

Por ELISEO PEREZ CADALSO

Los afanes literarios no aparecen en Honduras sino hasta después de 1821, año de la Emancipación de Centroamérica. Las esporádicas realizaciones logradas durante el período colonial, no ameritan la mención en una remembranza a ojo de pájaro como la que nos ocupa. Aun el mismo José Cecilio del Valle, jurisconsulto, economista, pedagogo, periodista, naturalista y escritor en muchos órdenes del conocimiento, produjo lo mejor de su obra imperecedera después de consumada la Independencia, sin duda por el clima de libertad, propicio a todas las excursiones del pensamiento.

Pero a partir del primer cuarto del pasado siglo, la inquietud por las Ciencias, las Artes y las Letras se fue inculcando en la mente y en el corazón de nuestro pueblo, y sus hombres más capaces llegaron a producir numerosas obras, muchas de las cuales han resistido el embate de la crítica a través de las generaciones. En efecto, entre 1925 y 1950, los temas de apasionante actualidad fueron la política, la economía, la historia y el arte especialmente, siendo el periodismo la actividad por excelencia y el vehículo de expresión obligado de todas las corrientes intelectuales. Así tenemos oficiando en los altares del pensamiento escrito a don Dionisio, don Próspero y don Justo de Herrera; al General Francisco Morazán, quien, siendo Presidente Federal, hizo venir la primera imprenta a tierras centroamericanas; al doctor Juan Lindo; al General Francisco Ferrera; al doctor Felipe Jauregui; a don Joaquín Rivera; al Presbítero José Trinidad Reyes, a Máximo Soto, Yanuario Girón y Pedro Bustillo, fundadores de

la Academia Literaria de Tegucigalpa, institución precursora de la Universidad Central; a don León Alvarado, a don Francisco Cruz y otros ilustres ciudadanos.

Ya en la segunda mitad del siglo XIX, se dilata el horizonte, la sensibilidad ensancha sus dominios y toma nuevas formas, pues además de la política, la economía, la historia y el arte, surgen afanes de investigación en otras esferas como las Ciencias Naturales, el Derecho, la Crítica, la Educación y se impone como una religiosa preocupación el cultivo de la Poesía —romántica al principio por la influencia de Lord Byron, de Espronceda, de Goethe, de Schiller, de Zorrilla y Núñez de Arce y modernista después merced a la influencia que ejerciera aquel equipo insigne integrado por González Prada, Silva, del Casal, Herrera y Reissig, Gutiérrez Nájera, Machado Jiménez, equipo que tenía por Capitán a Rubén Darío, numen de la raza y portavoz del genio castellano.

Entre los valores más sobresalientes de aquella época podemos citar como jurisconsultos, a Adolfo Zúniga y Jerónimo Zelaya, ambos periodistas de renombre, amigos del gran Martí, Céleo Arias, Angel Ugarte, Carlos Alberto Uclés, Crescencio Gómez, Marco Aurelio Soto, Rafael Alvarado Manzano, Mariano Vásquez, Policarpo Bonilla, Presentación Quezada, Pedro J. Bustillo y Francisco Cáliz h.; como poetas a Carlos F. Gutiérrez, Manuel Molina Vijil, Guadalupe Gallardo, Julio César Fortín, Lucila Estrada de Pérez, Josefa Carrasco, Valentín Durón, José Antonio Domínguez, Juan Ramón Molina, Juan Ramón Valladares, Froylán Turcios, Jerónimo J. Reina y Luis Andrés Zúniga; como historiadores, al Padre Antonio R. Vallejo, Ramón Rosa, Rómulo E. Durón, Esteban Guardiola, Félix Salgado y Eduardo Martínez López; y como periodistas y prosadores a José María Cacho, José María Agurcia, Alejandro Miranda, Carlos Madrid, José Esteban Lazo, Antonio Midence, Liberato Moncada, José María Gutiérrez, José de la Cruz Díaz Guerrero, Francisco Argueta Vargas, José Antonio López Gutiérrez, Celso Reyes, Alvaro Contreras, Miguel Angel Navarro, Enrique Constantino Fiallos, Trinidad Ferrari, José Santos del Valle, Gonzalo Guardiola, Miguel Angel Fortín, Jesús Torres Colindres, Félix A. Tejeda, Miguel Rico Guardiola, Adán Cuevas, Francisco Cáceres, Doroteo Fonseca, Carlos Cáceres Bustillo, Juan María Cuéllar, Ramón Reyes, Miguel Reyes y otros.

El medio siglo que acabamos de mencionar, cubre un registro de exponentes luminosos, algunos de los cuales, por su condición de precursores y por la dimensión de su trayectoria siguen de pie todavía, sin que nadie les supere. En efecto, historiadores como el Padre Vallejo y Rómulo E. Durón; biógrafos como Ramón Rosa; juristas como Céleo Arias y Policarpo Bonilla; periodistas y oradores como Alvaro Contreras y poetas como José Antonio Domínguez y Juan Ramón Molina, siguen perteneciendo a las clases de varones que merecieron elogios a Carlyle, porque son ellas las encinas y los robles en el vasto bosque humano, sirviendo de faros orientadores a las generaciones que les han sobrevenido.

Al filo del novecientos aparece la generación centenarista. Para este tiempo la producción se ha enriquecido con nuevas manifestaciones; por ejemplo, ya reclaman un sitio en los anales bibliográficos algunas modalidades como la



fábula, la novela, el cuento y el teatro. Es el modernismo en plena madurez. Algunos de los autores mencionados, están en el mediodía de su poder intelectual e irradian derroteros para los bisoños servidores de la cultura. Entra en acción también la literatura pedagógica, ofreciendo un poderoso estado mayor de abanderados de la educación inspirados y dirigidos por maestros cubanos y guatemaltecos, figurando entre los primeros don Tomás Estrada Palma, quien desempeñó la Dirección del Instituto Nacional y casó con doña Genoveva de Guardiola, para retornar más tarde a Cuba y convertirse en su primer Presidente; don Francisco de Paula Flores, quien abriera verdaderos surcos de amor en el alma de los olanchanos; Manuel Fleury, que llegó a ocupar la Subsecretaría de Educación; don José Gabriel Cadalso, Director de la Biblioteca Nacional; el poeta J. J. Palma y otros. Y entre los segundos, al inolvidable don Pedro Nufio, a don Rodrigo Castañeda, a don Lisandro Sagastume, don Nicolás Urquieta y don Manuel Saravia. Bajo la égida de tan preclaros mentores, se fueron cultivando los talentos nacionales, y así dicen presente en la arena de la enseñanza, ciudadanos como Luis Landa, Pedro P. Amaya, Carlos Lagos y Manuel F. Barahona, quienes después de graduarse como profesores de Estado en Chile, regresan a la Patria para ofrendarle lo mejor de sus experiencias, inaugurando una auténtica revolución, a la cual cooperaron tres maestros chilenos de gratísimo recuerdo: Manuel Soto Vivanco, María Orfilia Lagunas Vargas y Luis G. Oyarzún. De esos crisoles magníficos surgen valores de recia talla como Ramón Montoya, Miguel Morazán, Visitación Padilla, José V. Vásquez, Luis Amílcar Raudales, Agustín Alonzo, María Luisa Herradora, Francisco Martínez Landero, Victoria Zúniga L., Martín Alvarado, Ibrahím Gamero Idiáquez, Cecilio Colindres Zepeda, José María González Rosa, Jesús Uclés, Federico González, Salomón Paredes G., Vicente Gámez Nolasco, Carlos Aguilar Pinel, Bernardo Galindo y Galindo, Jesús Medina Nolasco, Augusto Urbina, Abraham Mejía Z., Leopoldo Aguilar O., Fernando Figueroa, Rafael Coello Ramos (musicólogo), Mariano P. Guevara, Abel Fonseca Flores, Eufemiano Claros V., Rafael Valle, Toribio Bustillo (musicólogo), Angel G. Hernández, Saúl Zelaya Jiménez, Vicente Cáceres, Gustavo Cadalso F., Cleofas C. Caballero, Rubén Antúnez, Raúl Zaldívar, María Elisa de Inestroza, Carmen Castro Blanco, Eliseo Carranza A., Sixto Martínez y otros muchos que han prestado valiosísimos aportes a la literatura pedagógica.

Esta vigorosa plataforma fue el sustentáculo de las nuevas promociones docentes, en las cuales se destacan: Rafael Bardales Bueso, Octasiano Valerio, Alfredo R. Lobo Cáliz, Alejandro Alfaro Arriaga, Dionisio Cárdenas Solórzano, Luis B. Gómez, Angel G. Amador, Fausto Lara C., Miguel Izaguirre A., J. Adán Suazo, Adalid Ortega, Rafael A. Castillo L., León Urtecho H., Mario Soto Ramírez, Francisco Sánchez Reyes (El Indio), Abelardo R. Fortín, Lydia Williams de Arias, C. Santiago Pérez, Luis A. Castellanos, Francisco Murillo Soto, Anita Gómez Romero, Rubén Alvarado Peña, Longino Becerra, Armando Ramos y tantos más que por lo breve de esta mención sentimos no registrar.

Ejercen el alto ministerio de la poesía, en este período, los mismos poetas

de fin de siglo, que a la sazón se encuentran en plena madurez, y que tienen como seguidores a Jorge F. Zepeda, Augusto C. Coello, Ramón Ortega, Adán Coello, Manuel Zúñiga Idiáquez, a varios exponentes jóvenes como Francisco P. Figueroa, Adán Canales, Angela Ochoa Velásquez, Céleo Dávila, Rubén Bermúdez, Nicasio Gallardo, Rafael Heliodoro Valle, Juan Ramón Rivera C., Alfonso Guillén Zelaya. De entre ellos sobresalen: Francisco P. Figueroa, autor del famoso poema "La Marimba", Augusto C. Coello, padre del Himno Nacional y cuya obra de juriconsulto y periodista es también de gran altura; Ramón Ortega y Adán Coello, númenes tronchados en plena juventud, y Alfonso Guillén Zelaya, el poeta más trascendental que han producido las campiñas hondureñas. A estos sucedieron brillantes adalides de nuevas corrientes poéticas, como Guillermo Bustillo Reina, Martín Paz, Joaquín Soto, Carlos Izaguirre, Manuel Escoto, Alejandro Cabrera Reyes, Santiago Castro, Ramón Padilla Coello, Clementina Suárez, Medardo Mejía, Victoria Bertrand, Marco A. Ponce, José R. Castro y Alejandro Valladares. No puede afirmarse de ellos que tuvieran conciencia de generación o de grupo. Por el contrario, su producción es personalísima, pero de gran vigor. Se destacan: Guillermo Bustillo Reina, poeta galante en la primera edad, con marcado acento social en su poesía posterior; Joaquín Soto, Martín Paz, Carlos Izaguirre, Clementina Suárez y Marco A. Ponce, como precursores de nuevas formas y tendencias; y Medardo Mejía, Victoria Bertrand, José R. Castro y Alejandro Valladares, por haber desplazado sus grandes posibilidades creadoras al campo del periodismo.

Empinándose sobre los linderos al año 36, entran con su bullicio de muchachos valerosos y confiados, los componentes de ese equipo intelectual que llegó a consolidar un común denominador de acción y pensamiento ante las cosas de la vida. Representaban la línea isoterma de la emoción creadora, que a través del continente se manifestaba en ciertos movimientos reivindicatorios, como el Grupo Viernes en Venezuela, el Grupo de Piedra y Cielo en Colombia, varias agremiaciones sudamericanas continuadoras del Run-runismo chileno y muchas asociaciones bajo la férula mental de Bernárdez y Jorge Luis Borges, con sus concomitantes en Cuba y México. Era ésta un propósito integral, polifurcado por la poesía, el periodismo, la pintura, la música y la crítica.

Entre los poetas de entonces ocupan sitio digno de recuerdo: Céleo Murillo Soto, Luis Martínez Figueroa, Hostilio Lobo, Jacobo Cárcamo, Guillermina Cerrato Flores, Claudio Barrera, Alejandro Alfaro Arriaga, Manuel Luna Mejía, Carlos Manuel Arita, Daniel Laínez, Santos Juárez Fiallos, Constantino Suasnávar, Héctor Alfonso Pineda López, Jesús Cornelio Rojas, Héctor Milla Duarte y otros. Casi todos, amén de sus labores específicas han ejercido otras distintas, algunos la docencia, otros el derecho, los restantes el periodismo.

A estos sigue la promoción del 44 que permanece en vigor, contando con Virgilio Zelaya Rubí, Raúl Gilberto Tróchez, Renán Pérez Ramírez, Hernán Alcerro Castro, Eliseo Pérez Cadalso, Miguel R. Ortega, Jorge Federico Travieso,

Francisco Sánchez (Marco Tulio Miró), Jaime Fontana, Santiago Flores Ochoa y Raúl Salgado Rubí.

Y en la generación del 50 podemos incluir a varios representativos de fuerte inspiración, cuya obra va buscando día a día calor y viento de madurez: Justiniano Vásquez, Felipe Elvir Rojas, Oscar Acosta, Mirta Rinza, Filadelfo Suazo, Adolfo Alemán, Eva Thais, Rafael Arita Chinchilla, Hubodoro Arriaga, Pompeyo del Valle, David Moya Posas, Angela Valle, Vicente Machado Valle h., Litza Quintana, Román Sevilla, Adylia Cardona, Elizabeth Berger, Elia Zelaya Espinal, Héctor Bermúdez Milla y otros. Involucrados en la misma generación centenaristas hallamos historiadores como Félix Salgado, Salvador Turcios Ramírez (Justo Pérez), Pedro Rivas, Manuel G. Zúniga, Ulises Meza Cálix, Angel Zuñiga Huete, cuya obra han continuado con admirable brío: Rafael Heliodoro Valle, Miguel Angel Ramos, Gustavo A. Cañañeda, Ernesto Alvarado García, María Trinidad del Cid, Víctor Cáceres Lara, Conrado Bonilla, Armando Cerrato Valenzuela, Juan B. Valladares R., Carlos A. Vallecillo, José Reina Valenzuela y Guillermo Mayes.

El Teatro comienza a causar preocupación en algunas mentes criollas, y así tenemos entrando con pie derecho en el escenario al gran Luis Andrés Zúniga, quien a su vez es precursor de la Fábula como misión literaria. Coetáneamente con Luis Andrés y siendo acólitos del mismo, aparecen J. M. Tobías Rosa y Alonso A. Brito; el primero con su serie de Dramas intitolados "Teatro Hondureño", y el segundo con "La Tristeza de las Cumbres", "Un Caballero de Industria" y otros. En la actualidad ha realizado magníficas producciones el Profesor Víctor F. Ardón, contando entre ellos dramas, entremeses y comedias en número considerable, y la Profesora Marisabel Guillén de Rodríguez, quien acaba de publicar un interesante tomo bajo el nombre de "Fantasías Infantiles".

A partir del 900 la actividad jurídica dilató sus mirajes, pues al derecho civil y penal sobrevinieron otras disciplinas afines, aumentando el número de profesionales y estimulando el espíritu de investigación. Se revelan entonces como valores de auténtico quilataje: José María Sandoval, Mariano Vásquez, Silverio Láinez, Alberto Membreño, Salvador Corleto, Antonio Bermúdez, Alfredo Trejo Castillo, Marcos López Ponce, Salvador Zelaya, Julián R. Cáceres, Fausto Dávila, Rafael Medina Raudales, Tomás González Cárcamo, Gonzalo S. Sequeiros, Tomás Alonzo B., y Juan Ramón Girón Escobar, cuya trayectoria han proseguido otros servidores de la ciencia jurídica como Ramón E. Cruz, Arturo Humberto Montes, Esteban Mendoza, Roberto Ramírez, Rubén Alvarez, Humberto López Villamil, Francisco Zacapa, Gustavo Acosta Mejía, Jorge Fidel Durón, René Sagastume, Héctor Chavarría, Miguel Antonio Alvarado, Jorge Jiménez Solís, Darío Montes, Salomón Jiménez Castro, José Máximo Gálvez, Alejandro Rivera Hernández, Augusto Rodríguez Ulloa, Joaquín Palma Oyuela, Marco Antonio Batres, Guillermo López Rodezno, Francisco T. Valladares R., Jesús Zacapa, José Pineda Gómez, Coronado Rivera Trejo, Modesto Rodas Alvarado, Pedro Pineda Madrid, Francisco Milla Bermúdez, Rogelio Martínez Augustinus, Andrés Alvarado Puer-



to, Arturo H. Medrano, Francisco Cáceres Bendaña, Octavio Cáceres Lara y otros que, con mayor o menor intensidad han contribuido al robustecimiento de la literatura nacional.

Los novelistas, los cuentistas y los autores de relatos diversos, no adquieren dimensión y personalidad sino hasta principios de este siglo. No podemos desconocer, por supuesto, algunos esfuerzos hechos en tal sentido durante el último cuarto del pasado siglo. Por ejemplo, Carlos F. Gutiérrez escribió una novela pequeña, intitulada: "Angelina" y Marco Aurelio Soto, Ramón Rosa, Rómulo E. Durón y Carlos Alberto Uclés dejaron páginas hermosas, dignas de cualquier antología. Al primero de los nombrados debemos aquel relato de "Cabañitas"; al segundo: "Mi Maestra Escolástica", al tercero: "La Campana de la Catedral", y al último: "La Noche Buena". Pero eran producciones aisladas, hechas como un sport ocioso para cubrir las horas del descanso, pues el tiempo lo ocuparon en otros menesteres literarios que ellos juzgaron de mayor importancia: Soto y Uclés, se inclinaron más al Derecho y la Política; y Rosa y Durón, a la Historia, al Periodismo e incluso a la poesía.

Los verdaderos cruzados del cuento, la novela y el relato comienzan con Froylán Turcios, Lucila Gamero de Medina, Vicente Mejía Colindres y Jeremías Cisneros. Y sus huellas han sido continuadas dignamente por compatriotas como: Paca Navas de Miralda, Argentina Díaz Lozano, Carlos Izaguirre, Arturo Mejía Nieto, Arturo Martínez Galindo, Emilio Murillo, Marcos Carías Reyes, Alejandro Castro, Víctor Cáceres Lara, Manuel Torres Ramos, Arturo Oquelí, Marco Antonio Rosa, Francisco Cruz Cáceres, Ramón Amaya Amador, Paz Hernández, Pompilio Ortega, José Zerón h., Domingo Bustamante Rosales (El Duende Azul), Francisco Díaz Salorio, Coronado Rivera, Mercedes Laínez de Blanco, Fausta Ferrera, Roberto Zepeda Turcios, Samuel Díaz Zelaya, Carolina del Valle, Fernando P. Cevallos, Antonio Laínez Zúniga, Alvaro J. Cerrato, Salomón M. Sanabria, Rosalío Adán Iraheta, Arturo Varela, Cándida Rosa Rivera, Rubén Angel Rosa y otros.

Cuento, novela y relato son categorías correlativas. He ahí por qué es frecuente que un cuentista escriba novelas, relatos y viceversa. Es por tanto inseparable el registro de sus cultivadores cuando se trata de una relación sucinta y epidérmica. Sin embargo, podemos afirmar que en este aspecto de la literatura nacional no le vamos en zaga a ningún país de la América Latina, puesto que muchos de nuestros novelistas han sido laureados en certámenes internacionales.

El periodismo ha sido actividad favorita de los hondureños, particularmente cuando ha estado al servicio de la política. Como consecuencia de esa dilatada ejecutoria colectiva se han erigido verdaderas personalidades dentro de ese campo. Entre los que recordamos a partir del presente siglo, citaremos a Paulino Valladares, Julián López Pineda, Manuel M. Calderón (Editor), Adán Canales, Presentación Centeno, Angel R. Fortín, Celso Reyes, Juan María Cuéllar, Rafael Heliodoro Valle, Salatiel Rosales, Porfirio Hernández, Félix Canales Salazar,

**Vidal F. Mejía, Joaquín Bonilla, Antonio Ochoa Alcántara, Matías Oviedo, José R. Castro, Augusto C. Coello, Alberto Zúniga, Ramón Lobo Herrera, Manuel Ramírez, José Jorge Callejas, Alejandro Castro P., Vicente Alemán P., Amílcar Cruz Garín, Federico Peck Fernández, Alejandro Castro hijo, Florentino del Cid, Medardo Mejía, Jorge Fidel Durón, Alejandro Navas Gardela, Luis Alemán, Mario Vásquez (Carlos Zúniga Figueroa), Florentino Alvarez Canales, Fernando Zepeda Durón, Enrique Gómez, Lucas Paredes, Carlos Will Vega, Oscar A. Flores, Olimpia Varela y Varela, Angel Moya Posas, Virgilio Zelaya Rubí, Juan E. Milla, Enrique Rivera C., Alejandro Valladares, Miguel A. Valeriano, Francisco Alemán, José María Valladares, Heriberto Castillo, Francisco López Padilla, Francisco Varela M., Abraham Bueso, Adolfo Miralda, Edmundo Lozano, Abel García Cáliz, Timoteo Miralda, Inés Navarro, Joaquín Mendoza Banegas, Vicente Machado Valle, Mélida Fiallos, Armando Zelaya, Rafael, Ricardo y Ramón Alduvín, Federico C. Canales, Ismael Rendón, Antonio Castillo Vega, Ricardo Madrid, Enrique Ortez Pinel, Cristina Rubio, Nora Landa Blanco, Rodolfo Brevé Martínez, Serapio Hernández, Ezequiel Escoto, Gustavo Acosta Mejía, Dionisio Narváez, Jesús E. Alvarado Lozano, José Pineda Gómez, Graciela Bográn, Cirilo Montes Zúniga, Matías Funes, Gabriel Pavón, Rafael Jerez Alvarado, Rogelio Triminio, Salvador Turcios h., José Francisco Martínez, Rosalío C. Iraheta, Francisco Lagos h., Juan Ramón Ardón, Hermes Bertrand Anduray, Francisco Hernández Urbina, Crescencio Gómez Alegría, Antonia Suazo Bulnes, Rodolfo Rosales Abella, Basilio Gómez, María Luisa de Bertrand Anduray, Hernán Castro Coello, Epaminondas Rosales, Romualdo Elpidio Mejía, Juan Ramón Agüero, Antonio Peraza, Lisandro Gálvez, José Augusto Padilla Vega, Federico Leiva, Rodolfo Alirio Hernández, Ramón Villeda Morales, José María Ramírez Díaz, Irma Leticia Silva, Jorge A. Coello, María Carlota Falck, Fernando Ferrari, Juan Angel Núñez Aguilar, Antonio Nicolý, Rubén S. Ramírez, Enrique F. Pérez, Angela G. Guillén, Alba Alonzo de Quezada, Tula Bográn de Gells, Manuel Bonilla R., Victoria B. de Castellón, Octavio Cáceres Lara, Humberto, Enrique y Salvador Villela Vidal, Luis Alfredo Alonso, Bayardo Aguiluz Leiva, Pedro Escoto López, Ramón Rosa Galeano, Mario Bardales Meza, Francisco J. Blanco, Antonio Vidal M., Luis Alonso Rendón, Manuel Sevilla, Ernesto Argueta, Coronado García, Froylán Castellanos M., Carlos A. Perdomo, Gualberto Cantarero P., Manuel de J. Pineda, Héctor Aplícano M., Amada E. López, Manuel Funes, Rogelio Leiva S., Gustavo R. Pinel, Arturo Sagastume, Amado R. Pinel, Leandro B. Ochoa, Gilberto Chávez, Raúl Arturo Pagoaga, Oscar Orlando Bonilla, Emma Moya Posas, Miguel Angel Osorio, Tito Calderón, Ranulfo Rosales Urbina, Moisés López Maldonado, Guillermo Leiva Bueso, Manuel Nover, Carlos M. Ramírez, Pablo Serra Morazán, Fernando G. Carías, Raúl Agüero Vega, Gustavo Argueta, Pío y Luis Suárez Romero, Ramón Santamaría, Jacobo Cáceres, M. Amílcar Girón, Fernando Pineda Ugarte, Martín Baide Galindo y otros.**

Finalmente, vale la pena hacer un recorrido por los dominios de la literatura

económica recién exaltada a primer plano con ocasión del establecimiento de los Bancos del Estado. Antes de 1950, año fausto para la economía hondureña, los estudiosos de esa importante disciplina eran bien pocos, contándose entre ellos al Ingeniero Rafael Díaz Chávez, ex-Ministro de Hacienda, a don Felipe Reyes, que fue por varios años Diputado al Congreso Nacional; al Dr. Ramón Alcerro Castro, abogado de sólida cultura; a don Luis Suazo graduado en universidades europeas; al Prof. Daniel Hernández, admirable por su formación autodidacta, al P. M. Donato Díaz Medina, a don Julio Lozano (padre e hijo), al P. M. Armando Flores Fiallos, al Ingeniero Manuel A. Zelaya, ex-Ministro de Hacienda y los ingenieros Bueso (Salomón, Manuel y Abraham) al Dr. Ramón E. Cruz, al Dr. Julián López Pineda, al P. M. Enrique Rivera G. y otros.

Actualmente, los trabajos de esa índole cubren un vasto territorio especulativo, y están en poder de nuevos hombres, versados y entusiastas. Mencionemos: Roberto Arellano Bonilla, Antonio Collart Valle, Tomás Cáliz Moncada, Gabriel A. Mejía, René Cruz, Carlos H. Matute, Rubén Mondragón, Gabriel A. Mejía, Ramiro Cabañas Pineda, Marina Osorio de Napki, Jorge Osorio Pavón, Francisco Safón Tría, Edmond Bográn, Jorge Bueso Arias, Salvador López Vásquez, Lempira Bonilla, Valentín Mejía, María Isabel Martell, Eduardo Mendieta y otros.

El período actual es el más agitado en la vida de las letras hondureñas. Si bien ya muchas obras han adquirido dimensión internacional, hay fundadas esperanzas de que Honduras llegue dentro de poco tiempo a ocupar un puesto de primer orden en la literatura del Hemisferio Occidental.

# La Prensa Actual en Guatemala

## (Estudio histórico crítico)

Por ALFONSO M<sup>a</sup> LANDARECH, S. J.

### *Diario de Centro América*

El abuelo octogenario de la prensa istmeña nació en Guatemala el 2 de agosto de 1880. El *Diario de Centro América* es la primera manifestación del diarismo local que ha sabido permanecer hasta el presente, a través de mil adversidades.

Guatemala vivía una época llena de inquietudes, pero llena de bríos y de creadores impulsos. Se respiraba en el ambiente un ritmo creador en lo político, en lo educativo, en lo jurídico y en lo social. Los más nobles ideales humanos se imponían al momento, porque el ideal unionista —la reestructuración de la Patria grande— adquiría contornos de anhelo nacional.

Bajo ese signo nace *Diario de Centro América*, que encarna las exigencias de ese tiempo. En sus páginas se dieron cita los mejores periodistas, los más connotados escritores y poetas del Istmo Centroamericano.

Su fundador fue un hombre de visión:

Marcos J. Kelly, secundado por escritores de la talla de José Milla y Vidaurre.

El prospecto bien nutrido, aunque algo mutilado, en folio mayor, nos indica los propósitos de sus fundadores<sup>1</sup>:

“He aquí las nuevas condiciones del país, condiciones que reclaman como una necesidad imperiosa que se establezca en la más importante ciudad de Centro América un periódico libre y sin compromisos, modelado, tanto en su fondo como en su forma, sobre la prensa ilustrada del extranjero.

El nuevo periódico procurará no confinarse dentro de los estrechos límites en que, de grado o por fuerza, se ha encerrado hasta aquí la mayoría de la prensa centroamericana.

Entra en el programa del nuevo periódico recoger con esmero noticias de cuanto acontece de interés para el público en todos los departamentos y en las princi-

<sup>1</sup> *Diario de Centro América*. Hemeroteca de la Biblioteca Nacional, 3-1. *Periódico Mercantil, Agrícola, Literario, Científico y Noticioso*. Marcos Kelly, Jefe y Redactor Responsable. 2 de agosto, 1880, a 4 de abril. 1891.

pales ciudades de los demás estados de Centro América, que serán transmitidos diariamente por sus corresponsales, por el telégrafo, cuando pudiera haber demora por el correo ordinario. Se publicarán a menudo cuadros de costumbres, crónicas de sociedad, artículos sobre modas, cortas piezas de poesía, etc., procurándose siempre que sean trabajos de plumas acreditadas”.

El número correspondiente al 15 de agosto del año de su fundación dice así: “Con esta denominación que precede ha comenzado a publicarse en esta capital un periódico cuyo primer número lleva la fecha del 2 del mes en curso. No pocos dudaban de que en Guatemala se sostuviese una publicación diaria, temiendo que no pudiera vivir con crédito, no por falta de escritores, sino por falta de asuntos bastantes para alimentarla con interés para el público en general. El señor Kelly, fundador y director del Diario de Centro América, ha venido a demostrar que no tenían razón los que así pensaban, y que en Guatemala hay sobrados elementos para dar vida a un periódico como el de que hablamos”.

Los escritores que más brillo han dado a este diario desde su fundación, son, además de José Milla, Francisco Castañeda, de Zacatecoluca; Vicente Acosta, de Apopa, también salvadoreño; Francisco Lainfiesta, nacido en Salamá, Baja Verapaz; Alberto Beteta, que estuvo al frente del diario en tiempos del general José María Reina; el escritor Manuel Dardón h. Puede decirse sin temor a equivocarse que en las postrimerías del siglo, Dardón con Agustín Mencos fueron los escritores más ingeniosos de tradiciones guatemaltecas.

• Otro escritor, de nacionalidad hondureña, que tuvo a su cargo dos veces la dirección de este diario, fue el polemista, y también parlamentario en el Congreso de su patria, Dr. Miguel Angel Navarro.

Los últimos directores del *Diario de Centro América* han sido el periodista y poeta Carlos Gándara Durán y los conocidos periodistas José A. Miranda y el

combativo escritor Manuel María Avila Ayala, el poeta León de Gandarias y Gustavo Martínez Nolasco.

El actual director es D. Arturo Valdés Oliva, periodista e historiador, conocido por sus obras: *El Hombre* (Barrios), *Caminos y luchas por la independencia* y *Los pasos por la independencia y después de la proclamación*.

Entre los escritores que se han destacado en él, podríamos enumerar a: D. Víctor Miguel Díaz, autor de *Historia del Periodismo en Guatemala*; José Rodríguez Cerna, que contribuyó al prestigio de este diario con su lujosa prosa, Federico Hernández de León, Federico Proaño, Rubén Darío, Enrique Gómez Carrillo y otros más.

Este diario ha dado siempre preferencia a la información centroamericana y al ideal unionista.

En la actualidad es un periódico oficialista, que tiene poca circulación y bastante información extranjera.

### *La Hora*

La historia de *La Hora* está vinculada invariablemente a su director y a las vicisitudes de la política que le ha tocado vivir.

Su director actual es el Lic. Clemente Marroquín Rojas, que fue también su fundador y ha sido hasta “la hora” el alma del periódico, expresión de libertad sin límites o de la rebeldía. Su editorial es algo esencial. Sin él el periódico no tiene sentido.

Quando cumplía sus 15 primaveras, el ágil periodista Rigoberto Bran Azmitia publicaba en sus páginas una breve historia de este periódico que es modelo en este género de trabajos<sup>1</sup>.

A la caída del Lic. Manuel Estrada Cabrera, quien gobernó Guatemala durante 22 años, surgió el gobierno conservador de Carlos Herrera. En esa época de libertad, el gobierno permitió que un grupo de estudiantes combatiera por la prensa

<sup>1</sup> *La Hora*. La Hora proyectada al pueblo, por Rigoberto Bran Azmitia, 2 de noviembre de 1959.



algunos desaciertos gubernamentales. Así nació *La Hora*, en el mes de julio de 1920, teniendo como directores a los bachilleres Clemente Marroquín Rojas y Virgilio Zapata Mendía. Muy pronto se quedaba solo al frente del periódico el actual director que mantuvo siempre viva la llama de la oposición. Yo creo que el carácter de Clemente Marroquín Rojas lleva en su sangre algo de espíritu de contradicción. Eso ha mostrado en todas sus actuaciones a través de su vida periodística.

A los dos años y medio, al negarse los impresores a sacárselo, comenzó a editarlo en los departamentos y así salió un breve espacio de tiempo en las ciudades de Chiquimula y Antigua Guatemala. Esta situación difícil hizo que *La Hora* muriese de inanición.

### Segunda Época

En el año de 1926 se convocó a elecciones presidenciales. Surgieron como candidatos los generales Jorge Ubico y Lázaro Chacón. Marroquín Rojas intuyó la dictadura que se avecinaba por las anteriores actuaciones de Ubico como Gobernador, y sacó a la palestra *La Hora*.

Por entonces el diario contaba con tres secciones principales muy leídas: 1ª Editoriales de Clemente Marroquín Rojas; 2ª Una sección en broma "Quiebra-cajete", de José Luis Valcárcel; y 3ª Comprimidos, de José Palmieri Calderón.

La historia de *La Hora* en esta segunda época fue recogida, después, en un libro titulado *Ecce Homo*. Ubico fue derrotado.

Una vez en la presidencia el general Chacón, y viendo que *La Hora* mantenía su rebeldía —nuevamente su espíritu de contradicción— pidió a Marroquín que lo clausurara, y su director se tuvo que dedicar a su profesión y después partió al extranjero.

### Tercera Época

En el 1931 triunfó Ubico como candidato único absoluto, apoyado por el Partido Liberal. Marroquín Rojas, que había

malogrado el triunfo de Ubico en 1926, se vio obligado a emigrar. Hizo periodismo en El Salvador, Honduras y Costa Rica. De ahí tuvo que dirigirse a Méjico. Desde allí se decidió a sacar *La Hora* en su tercera época. Para ello contó principalmente con sus antiguos amigos exilados Francisco Sartí y Virgilio Zapata. Y *La Hora* comenzó a salir, aunque en formato menor.

Así, desde 1940 *La Hora* se editaba en Méjico.

En 1944, el día 30 de julio, después de una revolución cívica, Ubico caía del poder y Marroquín Rojas volvía a su patria. Al subir Ponce, lo desterró nuevamente a Méjico, donde siguió su oposición al Gobierno desde Chiapas, cerca de la frontera con Guatemala, hasta la caída de Ponce.

### Cuarta Época

El hombre rebelde e inconforme con todos los gobiernos, y casi con todas las cosas, regresaba al país y el 2 de noviembre de 1944 salía el primer número de *La Hora* en su cuarta época<sup>1</sup>.

Subió Arévalo. *La Hora*, según la temática de su director, siguió combatiendo al régimen.

El Gobierno del Dr. Arévalo se significó por la suspensión de las garantías constitucionales y su tinte comunista. Más de 15 veces en 6 años de su gobierno los periódicos fueron sometidos a la censura.

En febrero de 1948, Marroquín Rojas pidió que el ejército recuperara Belice. Arévalo interpretó mal este gesto o vio algún peligro en ello y ordenó el cierre de *La Hora*. La policía cercó el edificio, fue confiscada la edición y se emitió el decreto 15. Este decreto pasó al Congreso, pero varios diputados levantaron su voz, condenaron la medida del Ejecutivo y el decreto no pasó. Arévalo respetó la decisión del Congreso. Al día siguiente salía de nuevo *La Hora*.

<sup>1</sup> *La Hora*, 1944. Hemeroteca de la Biblioteca Nacional de Guatemala, 32-1.

Podría decirse, como lo ha dicho ya un periodista guatemalteco, Rigoberto Bran Azmitia, redactor desde su fundación, que *La Hora* es Marroquín Rojas y a la inversa Marroquín Rojas es *La Hora*.

Por lo demás técnicamente es una cosa corriente, sin que contenga méritos especiales dentro del género periodístico. Su director y propietario, con pluma ágil y fecunda, de chispa y gracia indiscutibles, y con estilo suelto y atrevido —a veces hasta desvergonzado— entretiene a sus lectores de todos colores y condiciones, porque conoce y ha sabido explotar la psicología del pueblo, del que no es excepción Guatemala, que se divierte con el chismorreo, los bulos y con alusiones a hechos de natural reserva e intimidad.

No se muestra el periodista sereno y equilibrado que trata de orientar a sus lectores, función primordial del editoralista, sino frecuentemente, el contradictor, el opositor en todos y cada uno de los campos: en el político, ante todo, y, también, en el religioso.

Su actitud con la Iglesia Católica, quizá por ese espíritu de contradicción que notábamos al principio, es sumamente paradójica. Tan pronto la defiende valientemente en algunos de sus aspectos, como impugna sus dogmas, sus enseñanzas, sus personas, desencadenando a veces campañas antirreligiosas y anticatólicas. No deja de extrañar que se haya referido a problemas de la Iglesia con expresiones y detalles que no están muy a tono con la despreocupación que manifiesta tener en esas materias, lo que no puede menos de revelar una inspiración extraña a sus sentimientos y palabras y que viene a desvirtuar en gran parte el espíritu de independencia periodística de que alardea en sus escritos.

El Director de *La Hora* sigue siendo en Guatemala el campeón de un laicismo trasnochado y fuera de hora, abandonado ya hasta por los mismos países, como Francia, que le dieron el ser, y sostiene una fobia contra las beneméritas órdenes y congregaciones religiosas que han mantenido y siguen manteniendo una labor

fructífera cada vez más creciente en los aspectos de que más necesitada está Guatemala, a saber: en el religioso, educacional y, sobre todo, social.

### *El Imparcial*

El *Imparcial* nacía la tarde del 16 de junio de 1922. Era el resultado de las conversaciones tenidas por sus fundadores en el Hotel Iberia, único en la capital, según reza el anuncio del primer número en primera plana de *El Imparcial*<sup>1</sup>. Allí se fueron reuniendo D. Alejandro Córdova, que había de ser su director hasta su muerte trágica, los jóvenes entusiastas César Brañas (Alfonso Alfaro) y Carlos Gándara Durán (Razamukin), Antonio Gándara Durán, encargado de la Administración y algunos otros reporteros.

Rafael Muñoz y Salvador Valdés aportaron la primera imprenta. El recién nacido contaba sólo con cuatro páginas, a seis columnas cada una.

Las secciones principales se reducían a un Glosario, a cargo de Alfonso Alfaro y otra titulada *Alrededor del momento*, de Razamukin.

La sección informativa se abría con la sensacional noticia de los 300 cadáveres que se habían encontrado entre las víctimas de la inundación de San Salvador.

El nuevo diario quería ser combativo, pero nacía bajo el signo de la restricción de garantías y tenía que plegarse a las condiciones del momento histórico. Después de repetidas deliberaciones con el Gobierno para ver de estirar lo más posible la libertad condicionada de expresión, decidió salir a la palestra con los siguientes propósitos, consignados claramente en el Proemio de labores:

“Para el gremio de periodistas soplan vientos huracanados del lado del Gobierno, y en los últimos días todo se ha vuelto confusión y pesadumbre. Sobre la mitad de los diarios cayó un entredicho radical

<sup>1</sup> Nos ha facilitado esta breve reseña el libro de León Aguilera Treinta años de *El Imparcial*, impreso en Unión Tipográfica Castañeda, Avila y Cia., 1952, Pág. 3 y siguientes.

en forma de decreto y se ha temido el amordazamiento definitivo de la prensa.

Nuestras conferencias han sido, por cierto bien explícitas; y, después de estirarlas en todo lo que dan de sí, hemos formulado las decisiones que nos inclinaron a fundar *El Imparcial*, como un periódico de independencia neta.

El Gobierno pide, y si es posible exige, que la prensa mantenga su lenguaje dentro de los límites que su misión cultural demanda; quiere que se reconozca a los empleados y funcionarios públicos el derecho de defensa que hasta ahora ha sido patrimonio exclusivo de los particulares; quiere que cuando se ventilen altos intereses públicos, se conceda facultad de ilustrar sus proyectos, tendencias y finalidades mediante conferencias con el personal directivo o redactor de los periódicos, para que los comentarios y las críticas se levanten sobre bases firmes: y, por último, desea, terminantemente, que se destierre del periodismo toda campaña que fomente odios e intranquilidades entre los distintos componentes de la familia guatemalteca. Respetando estos lineamientos, acepta la oposición y la censura en todo cuanto comprenda su administración, su política y su personal.

Hemos nosotros meditado con toda serenidad sobre dichos lineamientos y, aunque se nos moteje de cándidos, o de torpes, todavía dentro de ese círculo, consideramos factible y eficaz la acción de la prensa independiente, en provecho y defensa de los intereses y las libertades del pueblo.

Mientras tanto nosotros, al analizar el conflicto de la prensa, hemos considerado por lo que a nosotros mismos respecta, que es más gallardo luchar en un campo acotado, que cederlo al avance del Poder, sin más satisfacción que la de alzar las manos en la sombra". . .<sup>1</sup>

Para Razamukín *El Imparcial* se iniciaba contra calumnias y sospechas, pues nadie podía presumir entonces que un periódico surgiese por puro profesio-

nalismo y amor a la libertad de noticia y comentario. Para Alfonso Alfaro, era emprender el viaje, hermosamente.

En la tercera página de este emotivo primer número aparece ya la información internacional por cablegrama, y se da importancia prominente a la vida social en la cuarta y última de sus páginas.

Al entrar *El Imparcial* en escena, estaba aún fresco el recuerdo del derrocamiento de la dictadura de Estrada Cabrera, del movimiento unionista, del régimen de Carlos Herrera, del golpe de estado del General José María Orellana. Mandaba el Partido Liberal Federalista.

El forjador de *El Imparcial* era D. Alejandro Córdova, que traía las brisas del periodismo moderno, venía fogueado ya como escritor del *Diario de Centro América* y de *El Cuarto Poder*, del que había sido fundador, juntamente con Federico Hernández de León y Alejandro Arenales.

En los primeros números *El Imparcial* libró batallas por la dignificación de la prensa, por la importancia de la noticia y del comentario, por la libertad de expresión, por los problemas nacionales, por desterrar del periodismo los odios y los rencores.

A mediados de julio del año de su fundación, se ve remozado con los impulsos que de Méjico traía el poeta y escritor Ricardo Arenales, personaje que cambia de seudónimos como de países, hasta encontrar el de su agrado de Porfirio Barba Jacob, que lo había de hacer célebre. Pronto se hizo cargo de la Jefatura de la Redacción, imprimiendo al periódico un sello de novedad en el formato, en la arquitectura de la noticia, en los titulares llamativos, en el interés dado a las secciones de cables, comentarios, reportajes e informaciones en general.

El periódico continúa superándose. Entran en la Redacción los brillantes escritores Carlos Wyld Ospina, Rafael Arévalo Martínez, Flavio Guillén, José Rodríguez Cerna, Max Dorsal, David Vela, que lo dirige en la actualidad.

*El Imparcial* ha pasado por muchas vi-

<sup>1</sup> *El Imparcial*, t.1.n.1. Notas editoriales, Proemio de labores, p.2. Hemeroteca de la Biblioteca Nacional 6-1.



cisitudes. El 25 de mayo del 1926 era suspendido por el Presidente Orellana, pero el 26 de septiembre, exactamente a los cuatro meses y un día de haber sido ordenada la suspensión, moría el Presidente de un ataque de angina de pecho.

El 14 de febrero asumía la Presidencia el General Ubico. La prensa semioficialista de Orellana y de Chacón iba siendo suprimida. *El Tiempo*, sucesor de *El Mundo*, hubo de entregar la imprenta al órgano ubiquista *El Día*. Este dejó de existir para convertirse en *El Liberal Progresista*, imprimiéndose en los mismos talleres de *El Mundo* y *El Tiempo*. *El Diario de Guatemala* fue embargado y el *Diario de Centro América* fue obligado a ser poco menos que el órgano oficial. *El Guatemalteco* era su aliado. Entonces es cuando surge el movimiento cívico llamado de los 311. Se suspenden las garantías, entre ellas la de libertad de prensa, y Córdova ordenó que hasta que se levantasen no circulara el periódico. Siguió la huelga general y el 1o. de julio renunciaba Ubico. El triunvirato en que depositó el poder restableció las garantías.

En la madrugada del 1o. de octubre, Alejandro Córdova, su director, caía asesinado a la puerta de su casa por esbirros del poncismo, cuando bajaba de su automóvil. David Vela se ve obligado a exilarse en Méjico y César Brañas se hace cargo de la dirección.

La revolución de la juventud militar, estudiantil y obrera triunfa el 20 de octubre de 1944 y Ponce capitula ante la fuerza revolucionaria, entregando el poder a una Junta, compuesta del mayor Francisco Arana, Jorge Toriello y capitán Jacobo Arbenz.

### *Segunda Epoca*

Desde el 18 de diciembre de ese mismo año, David Vela vuelve a asumir la dirección de *El Imparcial*. Arévalo sube a la Presidencia. En esta segunda etapa de su vida *El Imparcial* se convierte en un gran periódico. Se instala un nuevo equipo de prensa rotativa, se estrena el

sistema de tirar el periódico por la combinación de estereotipia y tubular, con toda la maquinaria indispensable de matrices en cartón, fundidora eléctrica de metal, modernos linotipos y todos los adelantos de la técnica actual.

El 16 de junio de 1947 celebraba sus Bodas de Plata, hubo felicitaciones de los grandes rotativos del mundo, recepciones y festejos y se daba a la publicidad un número extraordinario en el que colaboraron las plumas más prestigiosas.

En la actualidad, son redactores destacados, además de su dinámico director, David Vela, César Brañas, a cuyo cargo está la página editorial, desde donde vela por los fueros de la gramática y del bien decir, el poeta Francisco Méndez, Carlos Samayoa Aguilar, Pedro Pérez Valenzuela, León Aguilar y algunos otros nombres que se nos escapan.

Ha recibido en la persona de su director, David Vela, el premio Moors Cabot, el máximo galardón a que puede aspirar un periódico en nuestros días, como un reconocimiento a sus méritos y a sus luchas en el campo del periodismo independiente.

### *Prensa Libre*

*Prensa Libre* es el diario de más circulación en Guatemala, como reza su epígrafe y como puede comprobarse por los datos que aduciremos en seguida.

Nació en 20 de agosto de 1951. Para su fundación se formó una sociedad que continúa hasta el presente integrada por 6 miembros. La idea de sus fundadores era un diario que trabajara en equipo, con la suficiente independencia en los diversos departamentos. Así que quedó constituida la empresa en la siguiente forma:

D. Pedro Julio García en la Dirección, cargo que ha conservado hasta el presente; D. Salvador Girón Collier en la Gerencia; Mario Sandoval Figueroa, como Jefe de Redacción; Alvaro Contreras Vélez, columnista; Isidoro Zarco, también columnista; Alfonso Rodríguez, propieta-

rio de la primera imprenta. A éstos hay que añadir a Carlos García Manzo, como Administrador.

El lema de *Prensa Libre* es: Por un periodismo independiente, honrado y digno.

Los ideales de sus fundadores están claros en el marginal a modo de presentación:

“La necesidad de expresar nuestro pensamiento sin cortapisas ni influencias de ninguna clase ha dado vida al periódico *Prensa Libre*, que hoy se presenta al público lector de Guatemala con el firme propósito de cumplir una función eficaz en el periodismo independiente y honesto del país.

Estamos ciertos de que será así, en primer término porque *Prensa Libre* viene a restablecer el equilibrio entre la prensa independiente y la prensa gubernista, y luego porque podemos decir nuestras ideas y desenvolver nuestro criterio al margen de cualquier presión de carácter oficial o de política sectaria.

En este sentido es como debe entenderse el carácter independiente que proclamamos y que sostendremos a toda costa, equidistantes del gobierno y de los partidos políticos, y convencidos de que esa es la única manera de responder a la confianza del público y de servir los intereses del país por encima de componendas o de conveniencias de grupo.

Al llamarnos independientes, estamos diciendo que no tenemos compromisos con persona o sector determinado, sea en lo político, sea en lo social o en lo económico<sup>1</sup>”.

Sus comienzos fueron humildes en la imprenta Iberia, propiedad de uno de sus socios. Muy pronto la Sociedad formada le compró maquinaria, pero ésta no podía responder a la incesante demanda del público.

Entonces se adquirió de la Empresa Dutriz Hermanos de La Prensa Gráfica de El Salvador una Duplex. Antes de dos años ésta era también insuficiente para

cubrir su creciente tirada. Al fin se pudo comprar una rotativa Hoe del periódico *La Nación*, de Costa Rica, que solucionaba el problema en velocidad y capacidad; y el 15 de septiembre de 1956 salía al público con una tirada de 15,000 ejemplares. El ascenso desde entonces ha sido continuo y en la actualidad saca un promedio de 32,000 ejemplares por día.

Al principio empezó a salir por la tarde y antes de 8 meses se convertía en matutino.

Como decíamos antes, es el diario de mayor circulación en la capital y en provincias. Aparte de Guatemala, en un solo año, de 1959 a 60, la circulación, en las 58 poblaciones de la República donde tiene gerencia, ascendía a 1.724.955 ejemplares.

Es quizá el periódico que más información nacional trae y como nota curiosa se observa en los que lo llevan un empeño especial de meterlo no sólo en el pueblo, sino en el propio indio.

Quizá a ese afán de alcanzar lectores se deba esa especie de sensacionalismo en la noticia y sobre todo en los titulares. Esto puede dar cierto aspecto de mercantilismo al periódico, como también el aceptar con demasiada frecuencia campos pagados, que dejan ciertamente dinero, pero que pueden dar también la impresión de menos solvencia moral e independencia periodística.

En él se observan algunas plumas que se mantienen en un nivel de equilibrio, mientras algunos cronistas y sus reportajes reflejan en sus informaciones marcada tendencia hacia la izquierda.

## *Impacto*

*Impacto* ha pasado por tres épocas. Fue fundado por Clemente Marroquín Rojas, el 13 de agosto de 1951.

Se presentó con un formato pequeño y en el primer artículo “Por qué nos tornamos chiquitos” lo explica así: “Un pequeño diario que sea el amigo sincero del pueblo; el amigo que no adule por miedo o por interés a los poderosos que preten-

<sup>1</sup> *Prensa Libre*, Año 1, n. 1, Hemeroteca de la B. N. 24-11.

den adueñarse de todo: de la voluntad, del pensamiento, de la fuerza física del hombre, de todo lo que constituye una unidad humana”.

Cree su director que es más difícil destruir una obra pequeña, y que si una poderosa institución destruye el periódico, no ha arruinado a centenares de personas. Además, los otros diarios aturullan con tanta información.

Por eso, añade, en este nuestro nuevo periódico nosotros les daremos a los lectores una opinión editorial, tres, cuatro o cinco noticias nacionales de importancia, y varias informaciones escuetas y veraces del mundo externo, para que el lector, en una sola sobremesa se entere de lo que hay de mayor importancia en el país”.

El 1º de octubre, Clemente Marroquín Rojas ponía su pequeña empresa periodística en manos de Antonio du Teil, que la tomaba a su cargo, después de haber dirigido durante casi 10 años el semanario *Acción Social Cristiana*, con el fin muy particular de seguir desde este diario difundiendo el pensamiento de la Iglesia.

Como tercera época pudiéramos señalar la actual que desde el primero de mayo de 1959 es dirigido por Oscar Marroquín, hijo del fundador.

### Flash

Este es otro de los pequeños diarios que el 23 de diciembre acaba de cumplir dos años (fundado el 23 de dic. de 1958).

En la actualidad es su director Leopoldo Castillo Sáenz; y Gerente, Carlos García Urrea. Su lema es: verdad, ética, honorabilidad.

La intención de sus fundadores parece que fue mantener a toda la opinión pública informada, sin influencias oficiales ni oposicionismos sistemáticos, conservándose completamente independiente así mismo de todo partidismo.

Es el órgano de la EPSA, Editorial Periodística, S. A.

*El Espectador* es otro de los diarios ac-

tuales que nació el 7 de septiembre y que dirige D. Baltasar Morales.

\* \* \*

Pasando ahora a enjuiciar con toda la libertad que nos da nuestro propósito, podríamos resumir en pocas palabras el fondo de doctrina e ideología que anima a toda esta prensa.

Haciendo una excepción de *El Imparcial*, que se mantiene relativamente imparcial ante la mayoría de hechos y criterios, dando sobre ellos la impresión de seriedad y de serenidad profesional, los demás se puede muy bien decir que se dejan llevar en demasía del sensacionalismo y a veces del amarillismo, al destacar y llamar la atención sobre crímenes o escándalos para así conseguir mayor número de compradores.

Por lo que respecta a orientar la opinión, pretenderán hacerlo cuando más algunos escritores bien intencionados, que los hay en todas esas redacciones.

Pero, es triste decirlo, no es eso lo que aparece a una persona desinteresada e imparcial, sino un manifiesto esfuerzo sistemático y gritado por sus voceadores de llamar la atención con lo que sea o como sea.

La tan cacareada libertad de prensa creemos que aquí se halla un tanto adulterada, al darse iguales derechos a lo bueno y moral como a lo malo e inmoral.

Técnicamente es superior a todos ellos *El Imparcial*, por su presentación, por su información y por las colaboraciones nacionales y extranjeras de acreditadas plumas. La página editorial refleja en general buen criterio y bien decir. Se puede afirmar de su encargado lo de la Academia: que fija, limpia y da esplendor.

Cuenta frecuentemente también con informaciones y colaboraciones nacionales e internacionales católicas de verdadero prestigio. Pudiera deberse esto a la presencia de algunos elementos de la misma redacción, que saben apreciar esos artículos e informaciones, pero hay que atribuirlo también al interés cada vez mayor del público por estos temas.

Y hablando en general de la prensa de este país, hemos podido notar que junto a informaciones favorables a la verdad y a la realidad católica del pueblo, se ofrecen con relativa facilidad, y diríamos con el mismo derecho de publicidad, ataques virulentos, no del periódico como tal, pero sí de algunos de sus escritores habituales y redactores. No pasan muchas semanas sin que aparezca alguno de esos artículos, escritos por los de casa o por los de fuera, en que no se ataque a las cosas más sagradas o a la Iglesia o a sus actuaciones.

Seríamos injustos si no dijéramos una palabra de los dos semanarios católicos actuales *Ya* y *Acción Social Cristiana*.

### *Ya*

El semanario *Ya*, que desde su nacimiento dirige la Srta. Elly Rodríguez en estrecha colaboración con D. José Calderón Salazar, fue fundado el 5 de abril de 1959, en forma de una empresa comercial, con la plausible idea de fomentar los ideales nacionales y católicos, con el fin de propagar el programa social de la Iglesia manifestado en las Encíclicas de los Papas y con un anticomunismo doctrinario y constructivo.

Un semanario católico, que comenzó con tan bellos augurios, con muestras de verdadero empuje, bajo un signo patriótico de elevación, y con un cristianismo sano y bien orientado, y que, además, parecía tener el noble propósito de recoger o mantener en alto el legado espiritual de Castillo Armas, ha ido derivando por diversos caminos que desvirtúan un tanto los nobles ideales y realizaciones iniciales de una pléyade de colaboradores con que contó en sus principios, y que, de haber seguido en su redacción, hubiera contado Guatemala con un órgano de prensa católico, bien escrito, variado en sus comentarios, ágil en sus temas y en la forma de enfocarlos; en una palabra, con un modelo en su género. Pero se observa a través de su corta vida, que poco a poco ha ido torciendo el rumbo hacia derroteros menos constructivos, de crítica siste-

mática negativa, con alusiones y actitudes destempladas contra algunas instituciones o personas de diferentes rangos y categorías eclesiásticas, hasta oponerse a proyectos de gran gloria de Dios y de la sociedad, que nos inclinan a pensar hayan podido ser la causa de la deserción de la mayoría de sus ilustres colaboradores, de la consiguiente baja de valor e interés periodístico y hasta de la misma reducción de sus páginas.

### *Acción Social Cristiana*

Fue fundado por Antonio du Teil y Juan Rosales Flores.

Nació con el año 1945, como órgano de un secretariado de cuestiones sociales y de propaganda de la doctrina social cristiana.

Ante la revolución que se cernía entonces, saltó también a la arena juntamente con otros periódicos, para defender los intereses católicos y exponer la doctrina social de la Iglesia.

Durante 8 ó 10 años batalló en la forma más decidida, mereciendo muy bien de la causa católica, con editoriales y artículos de positivo valor, presentando y defendiendo la posición de la Iglesia en los problemas de actualidad, tanto del país, como fuera de él, arrojando a veces por su posición clara y definida los peligros consiguientes por parte de los gobiernos comunistoides de Guatemala. Por eso tuvo verdadera aceptación en la ciudadanía, que supo apreciar el valor y la decisión de este semanario.

Después, ha ido perdiendo actualidad y decayendo en colaboradores. No deja de ser esto lamentable, sobre todo cuando se piensa que ha estado en manos de destacados elementos de la Democracia Cristiana de Guatemala, que hubieran podido aprovechar esta oportunidad de ocupar destacada posición en la política del país para propagar por este medio la doctrina social de la Iglesia y haber constituido así un órgano de difusión del cristianismo, aprovechando los años propicios para la siembra de ideas tan importantes y necesarias a un pueblo que tiene a honra de-

cirse católico, y al que hay que ir formando la conciencia en tantos problemas vitales para el país y para la misma religión que profesa.

Quizá lo mismo se pudiera decir del semanario *Ya*, que en su corta vida pudiera haber aprovechado mejor la ocasión para hacer una labor fecunda y fundamental para Guatemala. De sobra nos hacemos cargo de las dificultades inherentes a esta clase de trabajo; pero no podemos menos de señalarlo, ya que es, sin duda, una de las grandes deficiencias de nuestros pueblos.

Esta falla hay que atribuirla también, más que a los mismos responsables inmediatos de esta clase de publicaciones, a la misma ciudadanía católica y a algunas

personas pudientes en particular, que se han preocupado poco de contribuir a la sólida financiación de las actividades católicas, con la ineficacia y aun desprestigio que de ello haya podido seguirse a la misma Iglesia.

Resumiendo, diríamos que Guatemala cuenta con un periódico de altura como *El Imparcial*, con unos cuantos diarios informativos y comerciales que se venden con avidez, pero que no debían olvidar que hay también otras funciones en el periodismo, además de la de informar, como son la de orientar e interpretar serenamente los hechos, y sobre todo, la de formar e instruir a sus lectores o simpatizantes.



# Dios en Blancura, por Angel Martínez

Por ERNESTO CARDENAL

Este pequeño libro del Padre Angel Martínez, que consta de 14 sonetos (como un soneto de sonetos) precedidos de una introducción, es al mismo tiempo un gran libro. Es un gran libro de poesía mística.

Creo que puede decirse que no hemos tenido en castellano verdadera poesía mística desde San Juan de la Cruz: esto es, que sea verdadera poesía y verdaderamente mística. Porque no se es verdadero poeta místico si, además de verdadero poeta, no se es también verdaderamente místico. O sea, si antes el poeta no ha muerto en Cristo y se ha transformado en Cristo. La poesía de estos sonetos de DIOS EN BLANCURA es verdaderamente mística porque es de un verdadero poeta y es fruto de una auténtica experiencia religiosa: la experiencia de toda una vida religiosa. Es posible que para muchos pase desapercibida por mucho tiempo esta poesía (o sólo a medias sea percibida) porque no verán en ella más que la pura poesía; y estos sonetos no serán para ellos más que unos “perfectos” sonetos. Y lo son. Pero son también algo más que perfectos sonetos: son elevada mística (y profunda teología) expresada en forma de sonetos. Y no se entenderán perfectamente, o no se entenderán del todo, si no se entiende —más allá de la mera metáfora— la difícil experiencia mística que ellos expresan.

La introducción que los precede es tan importante como los mismos sonetos. No solamente hace comprender mejor lo que está dicho en los sonetos, sino que también nos ilumina la poesía anterior de Angel Martínez y nos hace

ver cómo este breve libro es una culminación de toda ella, y un vértice de convergencia y una síntesis de lo mejor de ella. (La introducción está escrita en prosa y verso, pero en ella se pasa con toda naturalidad de la prosa al verso, porque la prosa es poética —poesía teológica y mística— y el verso libre está “tan bien escrito como la prosa”, como quiere Ezra Pound: tiene naturalidad de prosa).

En toda su poesía anterior Angel Martínez había insistido mucho en el nombre. El “Angel” (su nombre) es uno de los temas recurrentes en su poesía. Aquí en esta introducción ahonda más en el misterio del nombre: Hemos sido creados por la Palabra de Dios, y llamados por Su Palabra (el Verbo) a participar de Dios mediante nuestra identificación con esa misma Palabra suya que es Cristo, el Verbo de Dios. Y por medio de la palabra humana, también el hombre (el poeta) incorpora a su ser todo el universo, y cuando el hombre asciende a Dios, asciende también con él, mediante la creación poética, la creación entera. Dice en uno de los pasajes en verso:

*Me llamó con mi nombre y ya era el Suyo.  
El universo estaba en mí subiendo a un Nombre.  
¡Me llamó con su Nombre y ya era el mío!*

La vocación del poeta y la vocación religiosa y sacerdotal de este modo se identifican en él, y ya no existe conflicto entre estas dos vocaciones (si es que alguna vez lo hubo en él, como lo hubo en el otro gran poeta jesuita Gerard Manley Hopkins). Porque así como su sacerdocio es una participación del sacerdocio de Cristo, también su poesía es una participación de la Palabra. Su sacerdocio es poético: al consagrar, su palabra crea aquello mismo que nombra; al decir: *Este es mi cuerpo*, el pan se convierte en el cuerpo de Cristo, que en ese momento es *su* cuerpo. Y su poesía es sacerdotal: al nombrar los seres, por la virtud del lenguaje poético, los hace suyos, los incorpora a su vida, y los eleva a Dios con la elevación de su propio cuerpo transformado en el cuerpo de Cristo. Todo lo que ha sido vida en él, aun el pecado, es elevado a Dios y transformado en luz. Dice en prosa:

“Todo lo que hice, bueno y malo —*etiam peccata*, diría San Agustín—, con tal de que todo fuera esencial, está traspasado en este último fuego tras el que voy...”

Se trata como dice él, de una “semántica divina”. Los nombres —la poesía— significan una transformación de las cosas en nosotros, y una elevación de ellas en nosotros. La transfiguración del lenguaje que hace el artista es una transfiguración de las cosas, y pertenece al mismo proceso de transfiguración

del hombre en Dios. La poesía se cumplirá pues plenamente hasta que el hombre se incorpore a la Palabra divina: “Cuando el ver sea ya ser y el ser amar”.

Encuentro que hay mucha relación entre la poesía de Angel Martínez y el pensamiento de otro jesuita como él, Teilhard de Chardin. Teilhard, paleontólogo, nos ha hecho ver por la ciencia que todo el cosmos es una irreversible ascensión hacia Dios, a través del universal proceso de evolución que opera en todos los seres. Angel Martínez, poeta, canta la ascensión de todas las cosas hacia la Palabra (el Verbo, por quien “todas las cosas fueron hechas”) en un universo en el cual Dios, como dice él, “todo lo hizo cantado”.

Pero no existe ascensión sin desprendimiento, y para resucitar hay que morir primero (“Si el grano de trigo no muere...” O como diría Chardin: no hay evolución sin dolor. Para ascender a Dios hay que desprenderse de las cosas. Para poseer el Todo hay que desposeerlo todo. Las cosas son buenas en sí, pero poseídas individualmente hieren, porque entonces violamos lo que ellas son en sí, y pueden ser poseídas únicamente en Dios, mediante el desposeimiento total de todas las cosas. Así lo dice el poeta en el soneto “Por el Ansia”, precedido de un epígrafe de San Ignacio: “...a El en todas amando y a todas en El...”:

*Suspiré por Ti solo en tantas cosas  
Que arrancaban por ellas mi suspiro,  
Que, ya en Ti todo, en cada una miro  
Sólo un dolor que me las hace hermosas.*

*Todas duras en mí y en sí piadosas  
Son en Ti lo que son y a lo que aspiro:  
Sueño de esta razón con que deliro  
Y al fin verdad en ansias mentirosas.*

“Verdad en ansias mentirosas”. Porque las cosas son verdad y mentira a la vez. Son y no son. Son un reflejo de Dios y por eso nos fascinan tanto. Vemos a Dios en ellas. Pero también no son Dios. Y por eso encontramos una íntima decepción en todas ellas. En todas encontramos también la ausencia de Dios:

*en todas te estoy viendo  
Y a ninguna te encuentro parecido.*

Las criaturas no satisfacen al alma, pero enamoran más al alma. Son mensajeras del amado, como dice San Juan de la Cruz, “que no saben decirme lo que quiero”. O como dice Angel en otro soneto:

*voces constantes*  
*del ser más ser que en su no ser presencia.*

Este ser más ser (el Ser sin verbo ser) en el que están comprendidos todos los otros seres, pero ante el cual todos los otros seres son también como un no ser, es el tema de un magistral soneto, a mi juicio el más perfecto y el más elevado y tal vez el más difícil de todo el libro. A mi juicio es también una de las más elevadas cimas de la poesía teológica y mística de la lengua española. No puedo dejar de reproducirlo aquí todo entero:

S E R :

*Al Ser sin verbo ser*

*Me abraza con su ser y es mi ser suyo  
Más íntimo que el ser con que soy mío;  
Me mira con su luz y es mi luz río  
Con que en aguas del ser al amor huyo.*

*Todo en mí es este ser que en vano excluyo  
De mí, cuando de todo ser vacío,  
En todo, mi no-ser al ser confío  
Que es plenitud de ser en el ser Tuyo.*

*Más que estar él en mí, soy yo a él ceñido  
Y es él, ceñido a mi razón de todo  
En quien lo llena hasta agotar su esencia*

*De ser que es sólo ser sin fin ni modo...  
Que es ser total en El que siempre ha sido  
Dentro del ser, sobre mi ser, Presencia.*

Es posible, como dije al principio, que muchos crean que éstos son únicamente sonetos perfectos, y nada más que eso: pura perfección formal y meras metáforas. Pero esta clase de perfección formal es aquí completamente accidental, y creo que esta poesía fue escrita en sonetos únicamente por accidente. No entenderá esta poesía quien solamente la entienda literariamente, esto es, como *metáfora*. Porque si bien es cierto que es poesía, y por lo tanto es metáfora, también es cierto que es una expresión de la poesía de Dios, de su Palabra, que en El es realidad. Como el poeta lo dice:

*Nada saben de Ti los que al mirarte  
Te oyen decir sin voz lo que yo he escrito  
Vestido para todos, si, desnudo*

*Para Ti y para mí como al soñarte  
Te veo, ellos no ven que este Infinito  
En Ti es verdad si en mí ser sueño pudo.*

Poesía que es más para meditar que para ser leída. Y más que para recitarse, para rezarse.

Monasterio de Santa María de la Resurrección,  
Cuernavaca, Mor., (México).



# ENTRE SOL Y SOMBRA,

## cuatro cuentos de Rafael Alfaro

- 1.—*Las golondrinas*
- 2.—*Canción de cuna*
- 3.—*El Campanillo*
- 4.—*Al margen de la luz*

### LAS GOLONDRINAS

“Volverán las oscuras golondrinas”

(G. A. BÉCQUER)

La escuela de mi pueblo es fácil recordarla: Una habitación rectangular con tres balcones a cada lado y una puerta de entrada.

Hoy hace veinte años que ingresé, si no por primera vez, sí por cuarta o quinta. Enfrente vi un enorme pizarrón con algunas cuentas sin resolver, unos mapas, el crucifijo... y la cátedra del maestro!... y el maestro. El maestro en la cátedra era terrible.

Aquel día estaba preocupado. A veces jugaba con el flequillo enredado de su cabello, y a veces se estrujaba el magín como si pretendiera ordeñar sus pensamientos. El maestro escribía.

Los alumnos lo mirábamos y, aunque pasmosamente callados, nos reíamos furtivamente de... él.

Su mirada feroz, y un palmetazo so-

bre la mesa hacía que el silencio fuera perforado por la misma palabra lenta y aguda:

—¡Silencio!

Dejábamos de sonreír. Las golondrinas casi rozaban con sus alas los cristales de la escuela.

Entonces ya sabía leer y me puse a deletrear la famosa rima de Bécquer “volverán las oscuras golondrinas”.

Sin comprender gran cosa su significado, recuerdo que la repetía una y otra vez, parándome, a ratos, para mirar las golondrinas del grabado. Luego alzaba los ojos cuando las auténticas golondrinas rondaban tras los cristales —¿nos tendrían envidia?

Así logré aprenderme de memoria la famosa rima...

• • •

Por un balcón abierto habían entrado a la escuela dos golondrinas. ¡Pobrecillas! El maestro dejó de estrujarse el magín y se dirigió a Angel que había logrado cogerlas. Como un triunfo levantó los dos pájaros que parecían dos negros lazos vivos contrastando con el oro de su cabeza.

Mi emoción creció al tomar en mis manos una golondrina. Las golondrinas eran para mí aves sagradas porque habían quitado las espinas de la corona del Señor, según había oído de no sé quién.

La solución la dio el maestro.

—Estos pájaros hay que soltarlos —los niños hubieran querido ser pájaros—. Pero Angel indicó el modo:

—A ésta le ponemos un lazo blanco con mi nombre, y a ésta le ponemos otro azul con el tuyo.

Ignoro qué sentirían las golondrinas al oír nuestros nombres. Yo sólo advertí en ellas un jubiloso batir de alas.

Los niños se apelotonaron en el balcón. El maestro, en pie, no podía disimular una sonrisa que comenzó a leerse en sus labios.

La mañana primaveral ardía de luz en la plaza. La escuela era un mar de gritos amontonados... De pronto dos saetas veloces abrieron su vuelo hacia la libertad... Dos estelas negras se perdían en el azul del cielo, y de nuestros ojos...

¿Por qué no serían reales las alas de

nuestra ilusión para seguir las en su vuelo?

• • •

El maestro quedó ensimismado mirando a lo alto. Ya no necesitaba estrujar su magín para seguir escribiendo. Se acordó de que él había sido niño amigo de las golondrinas y de los pájaros y de que había dado libertad a más de una avecilla amarrada con un lazo en el que se leía su nombre...

El maestro mandó al recreo a todos los niños. El, de nuevo en su cátedra, se puso a escribir a velocidad "sputnikesca" la misma historia que acabo de pergeñar...

• • •

Dentro de veinte años a lo mejor otro niño de hoy podría escribir esta misma historia u otra parecida como acabo de hacer ahora, y encontrar a aquel niño que se perdió hace veinte años, y hasta soñar en aquellas golondrinas que

*"Otra vez con el ala a tus cristales  
jugando llamarán..."*

Aunque la realidad cruda enfríe luego nuestro ensueño, como el del poeta, y nos obligue a decir con él que

*"Aquellas que aprendieron nuestros nombres,  
...ésas... ¡No volverán!"*

## CANCION DE CUNA

*¡Tinieblas, más tinieblas!  
Sólo claro el afán.  
No hay más luz que la luz  
que se quiere, el final.*

(PEDRO SALINAS)

Los oblicuos flecos de la lluvia cerraron la tarde. La noche llegó antes de tiempo; entró en el campo, en la ciudad, en las casas.

La lluvia seguía su monólogo incansable e inagotable. Llevaba mucho

tiempo sin llover y ahora tenía que romper su silencio y charlar sola, sin tregua. La noche no tenía derecho a hablar...

Desde la ventana encendida la madre veía llover. La lluvia curiosa quiso en-

trar en la habitación. No le fue permitido porque la madre cerró las hojas de la ventana. Al poco rato los cristales sudaban.

Pero alguien había entrado en el cuarto.

El ojo de la bombilla observaba todas las cosas. La cama doblaba la nieve de sus sábanas; una nieve caliente, casi encendida.

En la cama una niña doraba la almohada con el oro desordenado de sus cabellos. Sus ojos se encendieron como dos luces intensísimas, brillaban.

—Quiero ver la lluvia, madre.

—Hija, duerme.

La fiebre encendía el rostro de la niña. La habitación escuchaba el susurro del agua tras los cristales.

—La lluvia me llama, madre.

—Hija, duerme.

La niña no dormía. Sobre sus ojos otra lluvia de azogue excitaba sus nervios. Sin embargo yacía sobre la almohada, inmóvil.

El termómetro había marcado 41 grados. La cómoda lucía un baile de figuras geométricas: danzaban desordenadamente los tubos y frascos de las medicinas que había dejado el médico. Tímidamente, algunas se encerraban en sus cajas de cartón, avergonzadas de su incapacidad...

Días antes la temperatura había subido y bajado como un surtidor de fuego, estirándose y encogiéndose en su cárcel de cristal. Ahora la fiebre era tozuda; enarbolaba su línea de mercurio como un triunfo ardiente.

En casa se habían pronunciado unos nombres feos:

—Tifus.

—Paludismo.

—Sarampión.

—Viruela...

Nadie sabía. La niña seguía dorando la almohada, la lluvia charlando desafortunadamente, los cristales sudando...

—Hija, duerme.

Los nervios de la madre se habían desatado: se asomaba a la ventana, se

sentaba en la cama y paseaba por el cuarto. El reloj despertador latía con su corazón de metal.

—El tiempo pasa. Son las ocho —pensó la madre.

—Hija, duerme.

No hay nada más angustioso que un deseo imposible. La niña encendía sus ojos abiertos, y el tiempo se iluminaba eternizando sus números sucesivamente: 9, 10, 11, 12...

La madre no sentía ya el tiempo. ¿Era la eternidad? ¿No es lo mismo que sean las diez o las doce? El tiempo ¿no es siempre igual?

Fuera, la lluvia había interrumpido su charla. El silencio había desatado su boca: se oía, lo llenaba todo...

La ciudad dormía serenamente. Hasta la luna y las estrellas habían apagado su risa. Las luces encendidas de la calle exhalaban un vaho misterioso. La madre lo veía todo desde la ventana encendida.

—Hija, duerme. Los hombres, los niños y las cosas... todo duerme serenamente. Hasta a la lluvia se le ha dormido la voz... Hija, duerme.

La niña miraba sin ver, con unos ojos casi automáticos, magnetizados por no sé qué personaje que hubiera entrado en la habitación.

La madre recordaba una canción de cuna; ahora no podía cantarla.

Ahora sólo podía decir su estribillo: "Hija, duerme". La poesía y la música estaban más lejos que el sueño, pero las recordaba en su corazón:

*"Pimpollo de canela, lirio en capullo,  
duérmete, vida mía, mientras te arrullo.  
Duérmete que del alma mi canto brota,  
y un deliquio de amores es cada nota."*

Su memoria seguía cantando contra corriente:

*"Oh niña, en cuyos ojos el sol fulgura  
certarlos es cercarme de noche oscura.  
Pero cierra, bien mío, tus ojos bellos,  
aunque tu madre muera sin verse en ellos"...*

La armonía del silencio, al acompañar a esta memoria, producía un efecto mágico.

—Hija, duerme.

La madre volvió a saborear el recuerdo de la última letrilla que repitió alto y despacio:

*“Oh niña, en cuyos ojos el sol fulgura  
cerrarlos es cercarme de noche oscura.  
Pero cierra, bien mío, tus ojos bellos,  
aunque tu madre muera sin verse en ellos”...*

La niña obedeció a la memoria de la madre. La niña no giró más sus ojos. El reloj pareció haberse callado. Era la una.

La lluvia comenzó a charlar otra vez; su voz crecía y sus manos golpeaban insistentemente los cristales.

La niña se había dormido. Su cara se vistió de cera y sus ojos de vidrio. ¿Quién había entrado a buscarla?

—Hija, despierta.

La niña no despertó más.

## EL CAMPANILLO

El campanillo  
tocó dulcemente,  
en su estribillo  
dijo alegremente  
todo su sencillez  
cantar elocuente:  
El sol su brillo  
clavaba al Poniente.

(ANGELUS)

El comentario rodó como un aro por todas las casas del pueblo:

—¿No han oído el campanillo de la ermita?

—Esta tarde tocó muy triste.

—El maestro dijo que sus campanadas eran lágrimas del crepúsculo...

—Hoy tenemos unos maestros muy poetas...

Era verdad. El campanillo siempre había sonado alegre como quebrando el cristal de la tarde con el martillo de su voz... Su bullicioso tintineo saltarín siempre había pretendido jugar con la algarabía de los vencejos y gorriones de la torre y con la zarabanda de los chiquitines que jugaban al pie de la iglesia.

Pero hoy se quebró la plata de su voz, que cayó en el seno del crepúsculo como la de un niño enfermo y enclenque.

—¿Por qué había llorado el campanillo?

A Angel, el monaguillo curioso y juguetón, hermano de cuanto supiera a bullicio y algazara, le hacía cosquillas la noticia. Angel debía saberlo esa mis-

ma tarde; muy campante se fue a casa del señor Cura.

—Doña Feliciana —dijo a la madre del sacerdote—. ¿Por qué se puso triste el campanillo esta tarde? Usted debe saberlo...

Doña Feliciana estaba despistada. Sorda como una tapia no se había dado cuenta del caso.

—Mira, niño, pregúntale a Enriqueta.

Enriqueta era la criada de casa. Tenía un diente de oro y la nariz de loro, además de una buena dosis de mal genio.

—Enriqueta ¿por qué el campanillo...?

Enriqueta se llevó las manos a la cabeza y le faltó poco para tomar la escoba...

—Mira niño, déjate de supersticiones... y... Pero si quieres —añadió tras de haberse sosegado— el sacristán es el único que debe saberlo.

Enriqueta abrió el interruptor del cerebro de Angel, y el muchacho sin titubear fue a casa del sacristán. Lo encontró dormido en el zaguán de su

LIBRO 4004 000 E. J.

casa. Las moscas jugaban en su calva iluminada...

Temiendo despertarlo Angel se acercó a él de puntillas. Inútil; el viejo sacristán abrió los ojos al notar su presencia.

—Hola, ¿tú por aquí?

—Sí, mire... Quería decirle... Bueno... Lo del campanillo... usted sabe...

El sacristán comprendió todo. Sentó a Angel a su lado y comenzó:

—“Es cuestión de envidia ¿sabes? —El sacristán no dejaba de espantar las moscas de su venerable calva—. Sí, ayer para estimular la alegre voz del campanillo le hablé de los volteos de las campanas de las cuatrocientas iglesias de Roma y del campanón de Toledo que se oía hasta veinte kilómetros de distancia...”

...Para qué. El campanillo se sintió chiquito, chiquito... pobre y solo... y casi no quiso tocar... Además... ¿Ves mis manos?”

El viejo sacristán enseñó sus manos. Temblaban como dos hojas amarillas de árbol antes de ser arrebatadas por el viento.

No dijo más. Angel echó a correr dejando solo al sacristán con el temblor de sus manos y la calva convertida en un estadio de moscas.

Y pensó leerle al campanillo otra historia que había encontrado en un libro que le regaló el maestro.

\*\*\*

Angel estaba en la torre con su libro en las manos. De vez en cuando echaba una mirada al campanillo que escuchaba silencioso, con la boca abierta y la lengua de su badajo pegada a sus labios.

—“...Y Don José Manuel había sido monaguillo —como yo— y cuando cantó su primera misa, las mismas campanillas que habían hecho repicar sus manos de

niño tocaron alegres y gozosas como risas de ángeles —como yo— al florecer la Hostia en sus manos...”

Al terminar, Angel miró al campanillo. El mismo silencio.

\*\*\*

Pero esa noche, Angel soñaba que florecía en sus manos una rosa blanca y que el campanillo repicaba alegre y retozón como un gamo:

—Tilín, tilín... Talán, talán...; y emulaba a las campanillas del monaguillo antes que al volteo de las campanas de las cuatrocientas iglesias de Roma...

\*\*\*

A la mañana siguiente el campanillo reía y reía tocando al *ángelus matinal*. Su voz era como el canto del agua y de las flores. Los niños, a su conjuro, iban alegres hasta la escuela.

Angel subió arriba a la torre a felicitarlo. El relente de la noche había dejado sobre su sueño centenares de gotas de rocío. Angel pensó que el campanillo, aquella noche, había llorado amargamente su pecado...

\*\*\*

El comentario rodó como un aro por todas las casas del pueblo:

—¿No han oído el campanillo de la ermita?

—Esta mañana tocó más alegre que nunca.

—El maestro dijo que sus campanadas eran las risas del alba...

Doña Feliciano la había oído perfectamente y Enriqueta se había despertado a las insistencias de su voz nerviosa.

El viejo sacristán reveló a todos el secreto:

Lo había tocado...

Angel.



# AL MARGEN DE LA LUZ

"La vida: Polvo en el viento  
volador.  
Sólo no muda el cimiento  
del dolor."

(RAMÓN DEL VALLE INGLIN)

—¿?

—Muy claro. Mariluz cumplía aquella noche diez años y en su casa había fiesta. Su madre abrió el piano que enseñó una risa paralítica, y se puso a tocarlo.

—“Claro de luna”, mamá —había dicho Mariluz.

La madre obediente comenzó a jugar con las notas acariciándolas suavemente y levantando a veces el bello garbato de sus manos agudas.

Angel tuvo la ocurrencia de apagar la luz.

—¿?

—No, la luna invadió la sala como si hubiera sido llamada mágicamente por la voz del piano.

Los dedos de la madre se movían armoniosamente y parecían ser elásticos porque se estiraban como un hule...

Angel contemplaba a Mariluz iluminada por la luna.

—¿?

—Nadie sabe cómo eran los ojos de Mariluz. Sí, era ciega. Después la niña sonreía plácidamente como si en su corazón fluyera ese claro de luna que cantaba el piano o la madre o la noche o no sé qué voz más clara todavía.

Mientras sonreía parecía intuir una luna interior sobre la noche de su alma luminosa y quieta. En su ancha frente caía un flequillo de oro liso casi bruñido. El pelo le colgaba hacia la espalda trenzado en dos soguetas como dos chorros de miel. Se adivinaban unos ojos azules imposibles que casi entornaba como mascullando los pensamientos musicales.

Había preguntado tantas veces cómo eran la luna y las estrellas. La noche se la sabía de memoria, a todas horas.

Para decirle cómo era la luna era

preciso despertar al ejército de duendes dormidos en las teclas del piano y que se deslizaran como una melodía hasta el corazón... Las estrellas serían los arpeggios destilados como gotas de miel... Mariluz intuía claramente todas las posibles constelaciones...

—Ahora el “Vals de las Flores” —añadió Mariluz después de haber adivinado la luna y las estrellas. Angel iluminó la sala y de nuevo los dedos de la madre, como si fueran mágicos gimnastas, exhibían el malabarismo de su destreza sobre los dientes agudos del piano.

Las flores era lo más alegre que podía imaginar. Los pájaros y el agua tenían la misma categoría de belleza que las flores.

—Las rosas son rojas, amarillas, blancas —le había dicho Angel.

—Los pájaros son como flores que vuelan.

—El agua es como un piano que se mueve...

Mariluz hilaba en su mente ese tejido de pájaros, rosas y agua y... sonreía. Su risa era otro vals de las flores algo más triste. Si la melancolía pudiera florecer sería como la risa de Mariluz...

—Bien, mamá. Las flores, los pájaros, el agua... la LUZ... deben ser muy bonitos.

Angel había quedado dormido en su sillón de tazado terciopelo. El desfile de flores y pájaros había echado sobre sus ojos una nube de sueño. Despertó a las palmadas de Mariluz, quien agitaba sus manos como dos alas de otro pájaro de cristal.

• • •

—Madre, ¿cuándo veré los pájaros, las flores, las estrellas?

Mariluz nunca tuvo un deseo más vehemente de ver. Su nombre era una contradicción. Ella debía llenar sus tinieblas de luz clara y alegre. Lo ansiaba.

—Madre, ¿cuándo?

Y Mariluz comenzó a hablar como una persona mayor que supiera medir el alcance de sus palabras.

—“¡Mari-Luz! ¡Mari-Luz!... ¡Qué contradicción! Mari, sí. Luz, no. Mamá, mi nombre es absurdo. Yo quisiera decir que soy como mi corazón. ¿Tú has puesto alguna vez tu mano sobre el corazón? El corazón quisiera ver la luz, los pájaros, las flores... El corazón es ciego, igual que Mariluz”.

Mariluz ya no reía. Entonces hubiera querido llorar fuerte y romper el silencio a gritos como quien rompe un cristal y quebrar las flores, la luna y las estrellas.

\* \* \*

Sus ansias de ver la ponían cada día más triste. La sombra acumulada de su interior se desbordaba en su vida como un licor amargo.

—¿?

—No, no había esperanza humana. La niña tenía los ojos vacíos...

—¿?

—Sí, creía en los milagros. Mariluz creía que la Virgen podía ponerle unos ojos nuevos como dos estrellas o como dos ruiséñores vivos.

Antes de dormir se acordó de que aún era niña y se puso a recitar su oración a la Virgen:

Señora

Bella aurora

Mariluz

quiere ver la luz.

Dame dos ojos negros

como dos cuervos;

dame dos ojos verdes

como dos cipreses;

dame dos ojos pardos

como dos cardos;

dame dos ojos azules

como cielo sin nubes;

dame dos ojos castaños  
como mis diez años...

Mariluz se durmió soñando en los ojos que le daría la Señora como obsequio de su cumpleaños...

\* \* \*

Y la Virgen llegó a su cama y empezó a decirle cómo eran las cosas.

—Mira, Mariluz, la luna es como un plátano, a veces como una naranja redonda y roja, y a veces como una interrogación igual que ésta. Y la Virgen escribió con su dedo en el aire...

—Y las estrellas son como el canto de los grillos...

El jardín ardía de grillos como el cielo de estrellas.

—Las nubes son como corderos blancos; otras veces los corderos son de ceniza; y otras el día los mata y la tarde los llena de sangre... Pero a veces las nubes son así. La Virgen le enseñó entonces su manto blanco y estirándolo como un chicle rozó el rostro de Mariluz...

—Los pájaros son como tu corazón: “Pío, pío, pío, pío”...

La habitación de Mariluz pareció llenarse de trinos...

—Y las rosas son como mis dedos: mira, tienen sangre y se abren y juegan y acarician y...

—Las estrellas son como mis ojos, se encienden, se apagan, cantan, lloran... Las estrellas son como...

La Virgen enseñaba a Mariluz bolas de cristal: azules, verdes, negras, lilas, malvas... y se las ponía en el hueco de sus ojos. Al fin le dejó unas azules como un cielo finamente tapizado de nubes...

La Virgen unió sus manos y fue retirándose despacio, despacio... hasta encerrarse en el marco del cuadro y quedarse con el rosario de cuentas verdes, azules, negras, lilas y malvas... quieta en su silencio cuadrado.

Mariluz quedaba dormida con un sueño de cristal vivo en sus ojos.

\* \* \*

La mañana vino como una reina vestida de púrpura. Las trompetas de los gallos anunciaron su llegada y las torres de la ciudad se pusieron firmes y los edificios cuadraron la arquitectura de sus cuerpos para recibir al sol que desfilaría por las calles.

El sol no necesitó aporrear con sus manos de luz el balcón de la sala en que dormía Mariluz y entró como una ráfaga brillante sin pedir permiso. La niña sintió en su rostro como un bofetón luminoso y abrió los ojos que cerró instintivamente.

Mariluz inundó de gritos la casa.  
—¡Mamá! ¡Mamá!... ¡Veol! ¡Veol!

• • •

La niña con sus ojos siempre bien abiertos vivía triste.

Angel le enseñó las flores más lindas: A Mariluz no le gustaban las flores porque pensaba en unos dedos de rosa. Las flores casi se parecían a ellos...

Otro atardecer Angel llevó a Mariluz al jardín para ver el árbol florido de pájaros. El cantar decía que allí era:

*"Donde anidan todos los pajaritos  
Por las tardes pían todos juntitos".*

Angel comenzó a dar palmadas, a vocear y armar ruido. Los pájaros abrieron el abanico de una desbandada general. Mariluz sonreía, pero no le gustaban los pájaros. Pensaba en otros pájaros...

Después Mariluz vio la luna, los plátanos y las naranjas. Vio el agua y las estrellas. A Mariluz no le gustaba nada.

Angel se enfadó y le dijo a su mamá que era mejor que a Mariluz no le hubieran nacido los ojos...

—Sí. A Mariluz no le gustaba nada. La luz era una sombra algo más brillante que la oscuridad... lo mismo que si se estuviera ciego con los ojos abiertos.

—Esta niña se va a morir de tristeza —dijo la madre al médico que comprobó el milagro.

En efecto, Mariluz, la preguntona de antes porque todo quería saberlo, se había encerrado en el mutismo de sus pensamientos. Allí echó la llave del silencio y le dio cuatro vueltas por lo menos.

Ahora le gustaba cerrar los ojos para ver el paisaje interior inundado de una luz sobrenatural. Las tinieblas la rodeaban a ella que era un isla de luz...

—¿Qué tendrá esta niña que ni siquiera me mira el rostro? —añadió la madre angustiada.

Y una tarde entró en el cuarto de Mariluz sorprendiéndola ante el cuadro de la Virgen.

—Madre, estoy viendo el sol, las flores, los pájaros, el agua.

—No sé qué es mejor, si la luz, o la sombra...

—¡Mariluz, Mariluz!... Ya no nos quieres, ya no eres nuestra...

La madre prorrumpió en amargo llanto ahogado por la voz de la niña.

—Oh, sí, madre. Lo que sucede es que Mariluz ve las cosas de otro modo. Vosotros me enseñáis las flores, los pájaros, el agua, las estrellas, la luz... y eso no es la luz, ni las estrellas, ni el aire, ni los pájaros, ni las flores... La luz es más hermosa, más alegre, más amable. La luz no quema. Las flores no punzan, el agua no llora... La vida es como una noche muy grande sin luna y sin estrellas. La vida es un murciélagos con las alas abiertas... Si vierais la luz y los pájaros y las rosas...

Mariluz se fundió en un abrazo con su madre. Ambas quedaron fijadas en el cuadro de la Virgen.

Mariluz parecía sumergida en su mundo de pájaros y flores...

La madre notó que al rosario que pendía de las manos de la celestial Señora le faltaban dos cuentas azules...

# Notas Sobre las Causas que más Influyeron en las Derrotas de los Ejércitos Indígenas Durante las Guerras de la Conquista

Por CARLOS SAMAYOA CHINCHILLA

La desigualdad numérica de los elementos humanos que intervinieron en las batallas y reencuentros de la conquista de América, es algo que generalmente llama la atención del lector menos avisado. En historias, crónicas, memoriales, cartas y relatos de la época, el hecho es constante y evidente: grandes o pequeños grupos de invasores hispánicos atacan a los indígenas, y después de vencer su resistencia, a pesar de que las fuerzas de éstos sean casi siempre superiores en número, los diezman y sojuzgan en nombre de una nueva religión y una nueva jurisprudencia.

¿Es que el hombre americano carecía de las masculinas virtudes que desde la más remota antigüedad hacen al buen soldado? ¿O es que los historiadores falsearon los acontecimientos impulsados por el deliberado propósito de enaltecer y glorificar a sus compatriotas? Ni lo uno ni lo otro. Demostrado está que el indio tiene fibra de esforzado guerrero. Por naturaleza y tradición, es sobrio, estoico y valiente, cuando las circunstancias así lo

demandan, y si bien es cierto que los conquistadores y sus descendientes fueron muy aficionados a aumentar los guarisimos de los ejércitos con los que los primeros tuvieron que enfrentarse, ya que, gracias a ese aumento, su mérito y fama crecían en razón directa con la desigualdad registrada entre los combatientes de uno y otro bando, la verdad es que el indígena, a pesar de sus cualidades guerreras y de su superioridad numérica, resultó derrotado la mayor parte de las veces, tanto en los decisivos, como en los insignificantes hechos de armas de la conquista.

Como ejemplos de lo anteriormente expuesto, reproducimos a continuación los siguientes datos: don José Milla y Vidaurre, al hablar en su "Historia de la América Central" de la conquista del Reino de Guatemala, dice que Pedro de Alvarado salió de México con 300 soldados de infantería, 120 de caballería, 200 tlaxcaltecas y 100 mexicanos, o sean en total, 720 hombres. El mismo Milla cita a Fuentes y

Guzmán, quien en las páginas de su "Recordación Florida", asegura que Tecún Umán abandonó Gumarcaah a la cabeza de 72,000 aborígenes, a los que se agregaron 114,000, procedentes de Totonicapán y Quezaltenango, más 46,000 de las naciones confederadas, cantidades que arrojan una suma de 232,000 hombres, los cuales fueron arrollados en los primeros encuentros con el conquistador.

Combates hubo, según los cronistas, en los que 25 peones iberos lucharon contra 80,000 indios. Bernal Díaz del Castillo asienta que en las peleas con los mexicanos cada español tenía que habérselas con 300 indígenas. En Chile, Pedro de Valdivia, capitaneando un pelotón de hombres que no pasaba de 300 unidades, se enfrentó con un ejército de 150,000, y en el Perú, según se afirma en las "Décadas", los hispánicos batallaron con... "un número tan sinnúmero de enemigos", que el episodio resulta fabuloso o por lo menos exagerado.

En parecidas o iguales condiciones lucharon con los indios pieles rojas: Cabot, Ponce de León, Verazzano, Cartier, Drake y otros más, cuando, en diversas fechas, exploraron o iniciaron la colonización de lo que más tarde fue el Labrador, la Florida, Nueva Albión, las Carolinas, Virginia, y Nuevo México, en la parte septentrional del Continente.

¿A qué se debió ese singular fenómeno? En nuestro concepto fueron varias las razones por las cuales los guerreros aborígenes resultaron tan a menudo vencidos y no vencedores. Entre esas razones las hay de orden material y las hay de orden moral y espiritual. Sin ánimo de ofrecer una respuesta a la pregunta formulada, haremos un somero examen de ambos grupos, principiando por las razones que podrían clasificar en el primero, o sean las de orden material.

Organización social, política y militar más avanzada. Poco es lo que se conoce hasta la fecha respecto a la organización político-social que regía las actividades de los conglomerados indígenas, pues hasta ahora las fuentes de conocimiento, o

sean las crónicas, inscripciones, códices y tradiciones orales, no han sido estudiadas detenidamente en ese sentido. Los aztecas y las razas incaicas tuvieron indudablemente normas estatales y jurídicas. Las naciones mayas organizadas como ciudades-estados, unidas por un origen, una lengua, una cultura y una religión comunes, probablemente también las tuvieron. Sin embargo, ni dichas naciones ni los cacicazgos o señoríos de menor importancia llegaron a codificar su derecho. Por consiguiente es sumamente difícil seguir su evolución en ese ángulo, pero desde luego puede afirmarse que la organización político-social y administrativa de los pueblos aborígenes era menos evolucionada que la que daba marco a los pueblos de Europa en el siglo XVI, y que, por lo tanto, los deberes cívicos y militares estaban en ellos mucho menos determinados.

Noticias ciertas hay de que en algunas naciones de América existían castas militares bien definidas y de que sus componentes no carecían de experiencia en la práctica de las artes bélicas, pero como es fácil imaginar, sus métodos eran inferiores a los del mundo Occidental, ya que estos últimos estaban inspirados por las clásicas reglas de la ciencia militar europea, debiendo recordarse, además, que muchos de los varones que militaron en las filas de los conquistadores eran veteranos de las guerras de Flandes o Italia, es decir, soldados que conocían a cabalidad su arriesgado oficio.

Las milicias indígenas no estaban constituidas por unidades militares debidamente regimentadas, aun cuando sus miembros eran adiestrados desde muy niños para la guerra, y de que ellos la ejercitaban de continuo, considerándola como la ocupación más honrosa y distinguida. Las crónicas luchas entre mexicanos y tlaxcaltecas, conocidas con el nombre de "guerra florida", no eran en realidad sino una institución creada y sostenida con el fin de mantener vivas las prácticas de combate, y un medio para hacer prisioneros en gran escala; prisioneros



neros que más tarde serían objeto de comercio o destinados al sacrificio, para alimentar con su sangre las sombrías divinidades de la raza.

En el Perú las jefaturas asumían carácter hereditario y casi sagrado. En cambio, en México, el más humilde de los *macehuales*, si demostraba dotes extraordinarios, podía llegar hasta los más altos puestos del mando militar. El *cahuecac* y el *tepochicalli* eran escuelas de guerra en las que los jóvenes se sometían a las más duras pruebas. Los ritos de iniciación en esas milicias eran complicados y más complicados aún las distinciones que se conferían por méritos demostrados en el combate. Plumas, pieles de animales, despojos humanos o elementos totémicos, se utilizaban a manera de divisas y los actos gloriosos se medían frecuentemente por la cantidad de prisioneros que un hombre lograba hacer, ya que esa era una de las finalidades más importantes de la guerra. Terminados los consejos o asambleas y las danzas rituales, actuando siempre sobre fondos mágicos o religiosos, las tribus se lanzaban al encuentro del enemigo llevando cada guerrero sus armas y alimentos consigo, costumbre que proporcionaba a sus ejércitos gran movilidad, tanto en la acción ofensiva como en la defensiva. Agrupados frente al adversario, los

# CONQUISTA MILAGRO DEL S.

*Tiagomayorapostol de cubista*



escuadrones lanzaban contra él una nube de flechas, fisgas y varas tostadas, y enseguida, cada hombre entraba a la refriega, peleando cuerpo a cuerpo, en forma directa e individual; género de combate

que desde luego no se prestaba para el desarrollo de grandes concepciones estratégicas.

Hablando en términos generales, puede afirmarse que los principios tácticos que guiaban al indígena eran simples, primitivos, conservadores, y desde luego inadecuados para el alcance de las armas de juego o las saetas de las ballestas españolas, las cuales tenían un poder de alcance y contención mucho mayor que el de las flechas indias. Su estrategia adolecía de las mismas limitaciones, con el agravante de ser poco flexibles, puesto que sus formaciones carecían de cohesión, y como lógica consecuencia, de capacidad para los despliegues o grandes movimientos en campo abierto. Impulsado por su espíritu de combate, el indígena atacaba desordenadamente en grandes masas, animándose con gritos, tambores, trompetas y atabales. En cambio, las tropas españolas, aún ante las más recias y desesperadas acometidas del enemigo, mantenían sus formaciones, abriéndose o cerrándose en cuadros, de los cuales, en el momento oportuno, brotaba el fuego de los cañones o los arcabuces, encargándose enseguida la caballería de perseguir y destrozarse al enemigo con el ímpetu de sus bestias y los botes de sus lanzas.

La conquista del Continente americano se realizó en una época en la que los países de Europa pugnaban por organizar sus ejércitos en cuerpos regulares y profesionales. En lo que a España se refiere, debe recordarse que en las últimas décadas del siglo XV, Gonzalo Fernández de Córdoba, apellidado el Gran Capitán, convirtió a la infantería en un cuerpo flexible, que maniobraba certero, cambiando de frente y profundidad con orden y rapidez; pero la conquista del Nuevo Mundo no se llevó a cabo por cuerpos o fracciones de esos ejércitos regulares, sino por soldados aventureros que se unían para la gran aventura al otro lado de los mares. Una vez que la Corona otorgaba el correspondiente permiso para llevar a cabo una expedición,

el jefe o capitán designado para dirigirla levantaba bandera y los hombres, impulsados por la novedad o la codicia, sentaban plaza sin paga o soldada alguna. A esa manera de reclutar hombres para constituir ejércitos se le llamaba "hacer gente". Los grados y clases, casi siempre conferidos a hidalgos o personas de reconocido prestigio, eran determinados por el capitán, cuya autoridad era inapelable e indiscutible. Las armas eran heterogéneas, los uniformes no existían y cada uno de los enganchados trataba de valerse por sus propios medios, ya que la Corona muy raras veces otorgó fondos para organizar esas expediciones. A la hora de hacerse a la mar las ordenanzas eran ilusorias, razón por la cual, cada capitán, de acuerdo con su criterio y las circunstancias, imponía los reglamentos que consideraba necesarios para mantener la disciplina en sus filas.

Pero tras ese transitorio o aparente desorden había una tradición de valor y heroísmo, una unidad de designio, y un gran respeto por las instituciones y los valores establecidos. Tras esos hombres llenos de fe y violencia o alucinados por un espejismo de riqueza y de más allá, había un ejército que, ennoblecido por sus hazañas y experiencias en los campos de batalla de Europa, sentaba normas y exigía reconocimientos. Luego, ya en tierras de América, se presentaba la necesidad, la dura e ineludible necesidad de regimentarse, porque el peligro y lo desconocido acechaban tras los más bellos y tranquilos paisajes. Frente a ejércitos que se contaban por muchedumbres, y convencidos de que sólo el orden y la obediencia podía salvarlos de la muerte y los suplicios, los conquistadores se vieron obligados a establecer una disciplina implacable. Leyendo las ordenanzas emitidas por Cortés antes del asalto definitivo a la ciudad de Tenochtitlán, es fácil apreciar el rigor con que esa disciplina se mantenía en los reales iberos: pena de muerte para los desertores y para los que se durmieran o abandonaran la vela estando de centinelas. Puniciones menores,

pero siempre graves, para los blasfemos, traidores o convictos de haber jugado sus armas o caballos. De cobardía ante el enemigo, ni siquiera se habla en esas ordenanzas, porque infantes y jinetes sabían que la vida o la deshonra les iba en ello. Bernal Díaz del Castillo consigna con frecuencia nombres de algunos soldados que fueron ahorcados por amotinadores, y de otros que fueron azotados o sufrieron afrenta por órdenes de sus respectivos comandantes. Cortar las manos del espía o ladrón de indias, joyas, u otros bienes, era castigo de uso corriente en los cuarteles y campamentos. La sanguinaria justicia de Pedrarias Dávila y del tirano Lope de Aguirre es mejor no recordarla. Los conquistadores españoles del siglo XVI no eran verdugos ni eran santos sino hombres extremados, cuya desbordante vitalidad los inducía a tomar ventaja de la moral de un tiempo y del mundo físico que los circundaba, y como tales procedían, comprendiendo que, lejos de su patria, el primer deber de quien capitaneara una expedición era mantener la disciplina. No cabe duda de que el ajustado cumplimiento de ese deber y una organización militar más elaborada y eficaz influyeron mucho en el buen éxito de las guerras de la conquista.

Mejores armamentos. Para apreciar con equidad la desproporción que existió entre los armamentos de las tropas indias y los de las tropas hispánicas, trataremos de hacer un rápido examen de los mismos. El guerrero indio luchaba casi desnudo, con armas arrojadas de poco alcance: piedras, flechas, lazos, clavos, porras de piedra, y espadas de madera con incrustaciones de colmillos o navajas de pedernal, las cuales en su mayoría no eran efectivas sino en los encuentros cuerpo a cuerpo. La piedra es el arma arrojada más primitiva que se conoce. El Padre Acosta, al escribir sobre las peleas con los mexicanos, dice: "...las piedras hacían gran parte de su negocio". Pero fuera del pedruzco que el hombre arroja con el fin de defenderse y de las galgas que los pueblos primitivos acumulaban

en lo alto de los cerros para proteger sus viviendas u obstaculizar el paso por determinado sitio, el indígena, sobre todo el de sudamérica, había logrado desarrollar una técnica especial para lanzar guijarros con violencia y precisión. Nos referimos a la honda de tipo balear y a las boleadoras que fueron muy empleadas en la defensa del Cuzco y Cajamarca.

El uso del arco y la flecha fue conocido por la mayoría de los pueblos del Nuevo Mundo. Su forma y tamaño variaba según las regiones, pero su mecánica elemental puede afirmarse que en todas partes era la misma. Arcos y ástiles se preparaban cuidadosamente, casi diríamos con apasionada dedicación. En las costas las puntas de las flechas se hacían con espinas de pescado o púas de rayas; en las zonas selváticas se utilizaban las maderas endurecidas al fuego; y en las mesetas, ahí donde existían hábiles artesanos y lapidarios se empleaba el sílex, la obsidiana, el cuarzo, la pizarra y aun las piedras semi-preciosas para tallar sus filosas puntas. El emplumado de las mismas constituía todo un arte y la rapidez y destreza con que el indio arrojaba tales proyectiles, fue algo que en más de una ocasión mereció las alabanzas de los cronistas y comentadores. Su poder ofensivo era relativamente bueno para tiros diurnos y cortas distancias, pero lo que hizo temblar la flecha del indígena en algunas comarcas fueron los sutiles venenos con que se acostumbraba emponzoñarlas para añadir dudas y tormentos al dolor de las heridas o a las agonías de la muerte. El Inca Garcilaso relata en alguna parte de sus famosos comentarios, que durante la conquista de La Florida un caballo recibió una herida de flecha que lo atravesó desde las ancas hasta el pecho, llegando su punta a pocas pulgadas del pretal; agregando que los castellanos, admirados, dijeron que una pelota de arcabuz posiblemente no hubiera penetrado tan hondo.

Además del arco, algunas naciones aborígenes usaron la estólica y la tiradera, logrando, gracias a ese antiquísimo inge-

nio, aumentar y prolongar la fuerza del brazo que impulsa el dardo. Los soldados hispánicos probablemente no se asombraron mucho ante esa arma, pues desde la época de la dominación romana los iberos conocieron el (*ammentum*) (aumento), o sea la correa de cuero con que los legionarios impulsaban sus dardos. La estólica y la tiradera fueron armas muy empleadas en Mesoamérica, en el Reino de Nueva Granada y en algunas regiones del Perú, pues sus proyectiles impulsados con suma violencia tenían gran capacidad de penetración. En los códices, murales, y estelas, es frecuente la figura del guerrero armado con estólica y tiradera. Lanzas y lazos fueron también empleados por las huestes indias, sobre todo en el Arauco chileno y en las pampas de la Argentina.

Sus armas defensivas estaban en relación con el poder de las ofensivas. La principal entre ellas fue el *escaupil* o colchado de algodón que embotaba los tiros de flecha y daba cierta protección contra las piedras y las cuchilladas de las espadas. Generalmente era fabricado con algodón, pero a veces usaban el henequén para rellenar sus utretelados. Algunos de esos *escaupiles* cubrían solamente el pecho, otros llegaban hasta media pantorrilla. Los había blancos y los había teñidos de abigarrados colores, cubiertos por mantos de rica pluma o imitando con sus labores las pieles de ciertos animales feroces. También usaron cascos de madera y escudos de piel de venado o danta, pero a estas defensas se les asignaba un papel más que todo decorativo y emblemático. Los *chimalli* o paveses mexicanos fueron famosos por el arte simbolista y la buena disposición con que solían ser ornamentados. Grecas, rayos, veneras, círculos, *nahuales*, mariposas y caracoles, señalaban las jerarquías u órdenes militares a que pertenecían los combatientes.

El indio americano usó el grito y los cantos de manera sistemática, para animarse en la pelea e infundir pavor al enemigo. Asimismo, a manera de defensa pasiva, hizo bastante uso del embijamiento y del tatuaje, con el propósito de darse

un terrible aspecto y anular los malos agüeros o los mágicos conjuros de sus enemigos. Antes de partir al combate consultaba los oráculos, practicaba sus danzas rituales, cubría sus carnes con bija (Bixa Orellana), y a veces, antes de vestir el escaupil de guerra, bebía la sangre de algunos animales, impulsado por el deseo de apropiarse de su fuerza, astucia o valor.

Las armas de los conquistadores, contra lo que generalmente podría suponerse, eran más lentas en su manejo que las armas usadas por los aborígenes. La ballesta, a pesar de su complicado mecanismo, no es en síntesis sino un arco perfeccionado. Las armas de fuego: cañones, bombardas o lombardas, culebrinas, escopetas, falconetes y pasavolantes, fueron indudablemente de gran utilidad por su inusitado alcance y efecto sorpresivo, pero ellas requerían una atención y un espacio de tiempo relativamente largo para ponerlas en juego. Además, en la práctica, surgían a menudo inconvenientes no siempre fáciles de remediar: la pólvora se humedecía durante la estación lluviosa o el paso de los ríos, las mechas de los arcabuces había que mantenerlas encendidas en las prolongadas velas, los proyectiles o pelotas no eran muy abundantes en ciertas ocasiones, y lo mismo sucedía con las piezas de recambio. Fuera de esos inconvenientes, tanto cañones, como arcabuces, resultaban difíciles de transportar en parajes donde los caminos no eran más que sendas trazadas para orillar las barrancas o alcanzar el tope de las cumbres.

Al iniciarse las luchas de la conquista la ballesta había alcanzado un alto grado de perfección en España, y justo es reconocer que a ella se debe, en parte considerable, el buen éxito de las escaramuzas iniciales, ya que durante los primeros años las espingardas, arcabuces y escopetas eran bastante caras, y por consiguiente, escasas.

Ante la aparición de las armas de fuego, los caballeros medievales cedieron su romántico y legendario puesto a un nue-



vo personaje: el militar. Despreciadas al principio, por considerárselas dignas de cobardes y plebeyos, esas armas, sin embargo, adquirieron pronto un gran prestigio, pero las bocas de artillería o tiros, como algunas veces se las llamó, no fueron nunca muy abundantes en manos de los conquistadores. La más popular entre ellas, a pesar de las dificultades que implicaba su transporte y manejo, fue probablemente el arcabuz de rueda. Su efecto entre las masas indias, fue en muchos casos definitivo porque esas armas, como por artes de magia, daban muerte a distancia, en la luz o en la sombra, con fragores y velocidades que sólo podrían compararse con las del mismo rayo. Mas a su lado hubo otros elementos que influyeron poderosamente en las cruentas y obstinadas luchas de la conquista. Esos elementos fueron el caballo, la espada, y las armas defensivas de los castellanos.

Describir el espanto del aborígen ante la presencia del caballo es tarea ardua, porque aún para intentarlo, tendríamos que volver, animados por un antiguo y simplista espíritu, sobre los engañosos mamparos del tiempo. Todos los cronistas insisten en la impresión de sorpresa que él sufrió a su vista; sorpresa que era una mezcla de admiración, idolatría y terror. Al contemplarlo por primera vez, el alma niña del indio lo admiró por su forma extraña; luego, fascinado por sus relinchos, adornos y corvetas, lo consideró como algo excepcional y divino; pero enseguida, cuando los batallones nativos fueron atropellados y divididos por su ancho y poderoso pecho, el indígena se sintió invadido por un supersticioso temor, del cual no se repuso sino en los remansos de la Colonia.

Al caballo hay que agregar el perro de ultramar, al feroz alano, producto de la unión del dogo y la mastina, ambos de gran corpulencia, cuya casta fue amaestrada para perseguir a los aborígenes de las islas del Caribe, Castilla de Oro, Nicaragua, Nueva Granada y el Perú. Los documentos y relatos que se han conservado y las acusaciones que fray Bartolo-

mé de las Casas lanzó contra conquistadores y encomenderos por el empleo de esos terribles animales de presa, hablan eloquentemente del terror que ellos inspiraron al indio, cuando éste los vio desgarrar a dentelladas los intestinos de sus compañeros.

La espada fue por antonomasia el arma de la época. La de los siglos medievales era fornida, pesada, contundente, y de acuerdo con esas características, de esgrima lenta y cautelosa. En las últimas décadas del siglo XV, al perder favor las recias e imponentes armaduras de combate, la espada se volvió ágil y desenvuelta. En su manejo la destreza substituyó a la fuerza. Bien forjada y mejor esgrimida, ella resultó terrible en tierras de América para herir los inermes pechos del indio. Algunos historiadores hablan de montantes o sables de dos manos, de puñales, de partasanas, y aun de bracamartes de arzón, mas lo cierto es que, fuera de la daga, hermana menor de la espada, ninguna arma blanca fue de tan útil servicio al español en los combates de la conquista como fueron las buenas y nobles hojas de acero forjadas en las espadarías de Vizcaya, Toledo y Barcelona.

La lanza de armas o ristre, muy usada en las grandes batallas y torneos de las centurias anteriores, no encontró empleo en el Nuevo Mundo por varias razones, entre las cuales descuellan la falta de armaduras del contrario, y la circunstancia de que el caballero, después de la arremetida inicial, corría riesgo de quedar desarmado al perder su lanza en manos de las multitudes enemigas. En cambio, la lanza jineta, que simplemente se enristraba oprimiéndola bajo el brazo derecho, fue de gran utilidad para desbaratar los escuadrones indígenas, por muy numerosos y apretados que ellos fueran, ya que sus componentes no tenían picas para detener el ímpetu de la caballería. Atravesar las formaciones del adversario, tantas veces como el caso lo exigiera, con el fin de que los peones pudieran diezmarlo con sus espadas, era lo que en la jerga militar de esos tiempos se llamaba

“romper”; dura y peligrosa tarea en la que siempre se desempeñó con audacia y destreza la caballería ligera de las tropas peninsulares.

Las armas defensivas de los tercios iberos fueron las de su tiempo en el Viejo Mundo. Como lógica consecuencia del poder demostrado por las armas de fuego, las pesadas armaduras completas de la Edad Media y Renacimiento tuvieron que aligerarse, pues ellas resultaban casi inútiles ante los impactos del plomo, pudiendo decirse que a la hora del descubrimiento de América ellas ya no eran de uso corriente en Europa. Los conquistadores usaron morriones, yugulares, coseletes, rodela, celadas, adargas de caballería, coletos de cuero, y sobre todo, cotas de malla o jacerinas, es decir, defensas corporales livianas y adaptables a la continua movilidad en que tenían que mantenerse sus huestes, pero la protección individual más empleada por ellos, desde los primeros encuentros de armas en el Caribe y el Darién, hasta los combates decisivos de Tierra Firme, fue el *escaupil* o sea la cota estofada de algodón indígena que mostró grandes ventajas no sólo para resistir los chaparrones de flechas, dardos, y huesos arrojados, con que por todos los rumbos se les recibía, sino también para soportar las humedades y rigores de los climas ecuatoriales.

Lo anteriormente expuesto no es más que un somero análisis de los armamentos empleados durante las guerras de la conquista. Sin embargo, y si se tiene en cuenta que las armas defensivas del nativo eran ineficaces para contrarrestar la mortífera violencia de los golpes que les asestaban sus oponentes, es fácil deducir la supremacía que las armas españolas tuvieron sobre las armas ofensivas y defensivas usadas tradicionalmente por el indio americano.

Fuera de estas dos razones, que como ya dijimos, podrían clasificarse como de orden material, hay otras que, aunque menos visibles o aparentes, contribuyeron en gran parte al triunfo de los ejércitos

invasores a lo largo de todo el Continente. La primera entre estas últimas fue la división. Si ella no se hubiera producido en los grandes conglomerados indígenas, la conquista hubiera sido indudablemente mucho más lenta y trabajosa. Cortés se aprovechó de los odios y temores sustentados contra el imperio de Moctezuma para invadir el Anáhuac. Pedro de Alvarado lo imitó al intervenir en las contiendas y rivalidades de las tribus quichés, cakchiqueles y zutuhiles, y Francisco Pizarro hizo lo mismo al tomar partido en la discordia que dividía a Huáscar y Atahualpa, en el dorado Perú. Sebastián de Benalcázar y Gonzalo Jiménez de Quesada procedieron en igual o parecida forma en las comarcas que más tarde habrían de constituir el Reino de Nueva Granada. Don Fernando de Alba Ixtlilxochitl, en su “Relación de la Venida de los Españoles y Principios de la Ley Evangélica”, asienta “que donde quiera que él (Cortés) iba a sujetar o tener guerra con alguna provincia, salía siempre vencedor por tener amigos, los cuales eran los que guiaban la danza y corrían los primeros riesgos”, debiendo entenderse que esos amigos estaban constituidos por los centenares de miles de aborígenes que comandaba Ixtlilxochitl, entre los que había tlaxcaltecas, huexotzincas y chololtecas, pues “la mayoría de los pueblos dominados por los mejicanos estaban de parte de los invasores hispánicos”. Y en el sur hay que recordar que sin la poderosa ayuda de una parte de la nobleza incaica y la de varias tribus de la región, la defensa del Cuzco sitiado por los soldados de Manco Inca habría sido poco menos que imposible.

¿Cuáles fueron las causas que produjeron esa funesta división? La mayor entre ellas, probablemente, fue la falta de sentido nacionalista de las incipientes repúblicas de indios. Guatimozín, Tecún Umán, Nicarao, Lempira, Lautaro y Cautolicán, para no citar a otros caudillos, combatieron denodadamente contra los invasores, bien cierto es, pero no cabe duda de que esos caciques, a pesar de su



firme y heroica resistencia, carecían de ideas concretas respecto a la unidad política de los territorios que con el correr de los siglos habrían de integrar sus futuras patrias. Creer, por ejemplo, que Tecún luchó y murió, según lo asegura la leyenda, en defensa de una nación, es tan absurdo como suponer que el ignorado recopilador del *Popol Vuh* fue un miembro distinguido de alguna academia de la lengua maya-quiché.

A la división hay que agregar el fatalismo, la superstición, y el choque y desorden ideológico que necesariamente tenía que producirse al entrar en contacto gentes originarias de dos mundos diferentes. Por su parte, los españoles tuvieron que encararse con algunos aspectos desconocidos de la guerra, pero esos aspectos, aunque eran una novedad para ellos, no influyeron mayormente en los resultados finales: hacemos referencia a los sacrificios humanos, a las espantosas "gritas", al embijamiento, a las flechas o chuzos envenenados, y a los gases o "humazos" de aji (Chile) y otras plantas que los indígenas emplearon contra ellos en los altiplanos de México y en ciertas zonas bañadas por las aguas de los grandes ríos sudamericanos.

El hombre español es fatalista y supersticioso, pero el aborigen de América lo es más aún. Circundando por un ambiente mágico-religioso en el que el mito, la profecía, los encantamientos y las revelaciones, alcanzaban insospechados valores, no es difícil imaginar su desconcierto ante seres que con idioma, trajes, armas, y modalidades diversas a las suyas, aseguraban ser portadores de mensajes de dioses y soberanos desconocidos.

Pedro Mártir de Anglería, escritor que tuvo oportunidad de conversar con algunos de los aborígenes que el Gran Almirante llevó a la península Ibérica, al regresar de uno de sus viajes a la Españaña, asegura que los habitantes de las Antillas abrigan la creencia de que los antiguos dioses volverían algún día.

Según un cronista cakchiquel, un sacerdote de su raza, antes de morir sacrifi-

cado, predijo a Vabxaki-Caam, rey del Quiché la llegada de los castellanos, diciendo: "Sabed que unos hombres, no desnudos como nosotros, sino vestidos y armados de pies a cabeza, hombres muy terribles y crueles, vendrán quizá mañana o pasado mañana y destruirán todos estos edificios, que serán habitación de lechuzas y de gatos de monte y cesará toda la grandeza de esta corte..."

Los mitos de Quetzalcoatl, la divinidad del aire que puso en movimiento al universo, y de Viracocha, el Gran Señor Iluminado, anuncian desde el fondo de las edades la llegada del hombre blanco a los valles de México y el Perú.

Lo sobrenatural, lo inverosímil, siempre dieron aliento a la imaginación de los pueblos jóvenes. Lo maravilloso envuelve en doradas brumas a los héroes de Homero; nutre durante mil y una noches el pensamiento poético de Arabia y la India; embellece a Irlanda; puebla con semi-dioses la Valhala; esmalta los marcos de la gesta carolingia; y durante todo el Medievo es flor luminosa en la sombra que proyectan las torres de las catedrales.

¿Por qué extrañar entonces que los indígenas del Nuevo Mundo hayan considerado a los ibéricos como a portentosos hijos del sol, y que al hacerlo así, hayan incurrido en dudas y vacilaciones respecto a la manera en que debían recibirlos? invadido por el temor, indeciso, Mottezuma convocó a sus nigromantes y hechiceros, y enseguida les ordenó que fueran al encuentro de Cortés, aposentado en Cempoala, para que con sus artes y brujerías anularan el poder de los *teules*. Atahualpa hizo lo mismo, y en Guatemala un mago de Iximché, apellidado "El Tenebroso", prometió la destrucción de los invasores, diciendo: "Yo soy el rayo: heriré a los castellanos y los haré perecer por el fuego..."; pero ni armas ni hechizos valieron porque tras aquel patético despertar, las culturas aborígenes estaban ya en los umbrales del reino de la fábula y de la muerte. Si a estas dudas y fallas se agrega la impotencia y el silencio que en hora tan trágica guardaron sus

dioses ¿por qué no admitir que toda esa mezcla de derrotismo, fatalismo, y negación fue también uno de los factores que retardaron o debilitaron el espíritu de resistencia de la raza india?

Además, no deben dejarse en olvido las supersticiones. El inesperado arribo de los españoles desconcertó profundamente a los nativos: ¿Quiénes eran esos hombres? ¿De dónde venían? ¿Cómo llegaron hasta sus playas, interrogaciones que al no ser debidamente satisfechas por sus sacerdotes, generaron un clima mítico favorable para los invasores y fatal para los aborígenes, porque de ese clima cargado de temores y supersticiones al pánico colectivo, no había más que un solo paso; siendo justo reconocer que al reponerse de su trágica e inicial sorpresa etc... los indígenas lucharon con gran valor, sobre todo de día, pues según sus viejas y muy arraigadas ideas, el padre sol debía verlos pelear y darles su omnipotente ayuda en la contienda. Embargado por un sentimiento que podría llamarse de caudillismo mítico, el indio concedía gran importancia a las jerarquías y a las insignias, en la infantil creencia de que estas últimas atraían la mirada sideral de los dioses, y por consiguiente, la buena fortuna en el ejercicio de las armas. Por esta razón es que, cuando ya todo se consideraba perdido, Hernán Cortés, al arrebatarse un estandarte de manos de un príncipe azteca, alcanzó una resonante y definitiva victoria en la batalla de Otumba, y algo similar aconteció en Guatemala, según aseguran, cuando Alvarado derribó con un bote de su lanza a Tecún Umán, en los llanos de Olin-tepeque. Sucesos que al ser comprobados por los capitanes españoles, probablemente dieron origen a las recomendaciones que éstos hicieron a sus soldados de dirigir los golpes con preferencia a los caciques, pues según parece, de conformidad con la ideología india, ellos eran los depositarios de un mágico e implacable destino.

Las supersticiones surgidas a raíz de la conquista fueron numerosas. El indio,

probablemente, buscaba nuevas representaciones, convirtiendo a los santos de otros cielos en divinidades americanas; a los cordones de los frailes en quipos; y a los animales que acompañan a algunos santos en sus respectivos nahuales: el león a los pies de San Jerónimo, un águila a los de San Marcos, San Rafael con un pez en la mano... No queriendo pecar de prolijos, haremos mención en estas notas de una de las más notables y peregrinas, la que se refiere a la creencia, muy difundida entre los parciales de uno y otro bando, de que un poderoso y vengativo espíritu combatía en favor de los españoles, montado en un caballo blanco y armado con una flamígera espada.

¿Qué nombre tenía ese espíritu y por qué batallaba a la vanguardia de los invasores? El caballero del galopante corcel era Santiago el Evangelista o el Mayor, hijo de Cebedeo y Salomé, uno de los doce apóstoles, que según muy antiguas tradiciones cristianizó en el año 30 a la península Ibérica. Murió degollado por órdenes de Herodes Agripa, alrededor del año 44 D. C. y su cuerpo fue enterrado en Iria Flavia, lugar donde permaneció hasta que su tumba fue descubierta por Alfonso II, llamado El Casto, quien hizo trasladar sus cenizas a Compostela, en la provincia de Galicia. Mas ¿qué relación hay entre ese varón del santoral cristiano y las guerras de la conquista americana? En pocas palabras trataremos de dar respuesta a la pregunta.

Durante la Guerra Santa o de Reconquista, que se prolongó ochocientos años, la Iglesia española tuvo necesidad de una potencia espiritual que polarizara el fervor de las masas y la ayudara a contrarrestar el fanático ardor de los mahometanos, y así fue cómo el clero castrense convirtió al "Hermano de Cristo" en Santiago Matamoros. El poema del Mío Cid nos ofrece en su texto toda una revelación al respecto, cuando dice: "Los moros (lo) llamaban Mafomat, los cristianos Santo Yaque (Santiago). Pero el culto rendido al apóstol-mártir no se quedó en una simple y pasajera manifes-

tación de piedad, porque bien pronto, trascendiendo los humildes fondos de lo popular, adquirió proporciones espectaculares, convirtiéndose en el santo militar de la Reconquista y en Patrón de España. Más tarde, aureolado por la gratitud y la devoción de un pueblo que creía en él como en su salvador, cruzó los mares y se hizo presente en todas aquellas partes donde la fe necesitaba de la ayuda divina para el sometimiento y conversión de las multitudes infieles.

Según los cronistas y escritores de la época sus apariciones sobrenaturales en tierras del Nuevo Mundo fueron muchas y muy portentosas, tantas que sería largo enumerarlas; al principio en los campos de batalla, como santo mata-indios, después como un ayudante de la divinidad que, junto con el trueno y el relámpago, dispensaba las lluvias, y por consiguiente, las buenas cosechas. Su nombre, en señal de amor y reverencia está vinculado con la toponimia de numerosos pueblos y ciudades del Continente: Santiago de los Caballeros de Goathemala, Santiago de Chile, Santiago de Cuba, Santiago Atitlán, Santiago del Estero, Santiago de Chuco, Santiago de Nonualco, etc., etc.

¿Por qué causa los indígenas vincularon también su figura ecuestre con los estampidos del trueno? El padre jesuita José de Arriaga, en su obra *La Extirpación de la Idolatría en el Perú*, dice que los indios: “veían en las guerras que tenían los españoles, cuando querían dispa-

rar los arcabuces —que los aborígenes llaman *illapa* o rayo— que apellidaban primero: ¡Santiago! ¡Santiago!, y en realidad lo más probable es que al oír a los hispánicos gritar en la pelea: ¡Nuestra Señora, Santiago y a ellos!, ¡Santiago, españoles! o ¡Santiago, y cierra España!, los naturales, en el afán de encontrar nuevos caminos para sus antiguas ideas, llegaron a creer que efectivamente el Santo guerrero los socorría en los más duros trances, proyectándose de esa manera el sentido milagroso de la historia de España sobre las áreas vírgenes del mundo descubierto por Colón.

Transformado en símbolo victorioso de la conquista y en gran señor del rayo y de las cosechas, Santiago de Compostela fue temido y venerado por el indígena, que de conformidad con su ídolo supersticioso, le atribuyó mágicos poderes, y así pasaron los años y los siglos... Pero un día la fe, el caballo, la pólvora, y todos los elementos espirituales y materiales que a la hora de la conquista fueron bravura, entereza y sobrehumana resistencia en el corazón de los invasores y relámpago en la boca de sus cañones, escopetas y arcabuces, pasaron al dominio del indio y del mestizo, los cuales, a su vez, movidos e iluminados por una alta y trascendental resolución, los emplearon heroicamente en la gran epopeya que en la historia de la humanidad se conoce con el nombre de: INDEPENDENCIA DEL CONTINENTE AMERICANO.

# El Concepto de Ser en Suárez factor Determinante de la Filosofía Moderna

Por MARIO ROMERO

## I

El problema del ser ha sido, es y será siempre, el hilo conductor de la filosofía, y por tanto, de los movimientos sociales que van siempre en zaga de las ideas metafísicas. Así, por ejemplo, el Estatismo alemán, es hijo del idealismo germano; el comunismo ruso lo es del materialismo dialéctico derivado de Fierbach y de Hegel. Y si las grandes conmociones modernas nacen de la Filosofía Moderna, cabe preguntar qué representación del ser ha podido dar origen a la concepción *moderna* de la época moderna.

Comenzamos nuestra existencia estando al margen de las cosas. Pero llega un momento en que dejamos de estar al margen de las cosas, para estar en las cosas. Se despierta nuestro mundo interior, y lo que nos rodea pasa a una esfera superior de nuestro desarrollo espiritual: el conocimiento. El conocer humano se despierta al nivel de la experiencia: experiencia objetiva, que nos pone en relación inmediata con un mundo de objetos materiales, corporales; y experiencia subjetiva, por la que somos conscientes de nuestra propia actividad y del sujeto activo que es su principio. Tenemos conciencia de captar seres o realidades en cualquiera de nuestras experiencias, por fugaces, superficiales, e inconsistentes que sean: puesto que una experiencia que no fuese experiencia de ser sólo podría ser experiencia de no-ser, lo que carece de todo sentido. No hay, pues, lugar a plantearse la cuestión de una experiencia privilegiada del ser en cuanto tal, ya que éste se nos manifiesta inmediata y necesariamente en cualquiera experiencia: la experiencia sensible es para mí conciencia humana, tan experiencia de ser como la experiencia íntima que tengo del yo; ésta me manifiesta modalidades del ser que no se me dan en la experiencia objetiva, pero

estas modalidades particulares no me sirven de nada cuando se trata de captar el valor fundamental común a todo cuanto existe. Vemos, pues, que toda experiencia humana es una experiencia primera del ser.

Nuestra actitud ante la vida se define según nuestras ideas: La idea no es más que un elemento del conocer: representa un dato de experiencia; tiene, pues, una significación real. Y el ser ¿qué significación tiene? ¿De qué es signo? ¿Qué es lo que ella significa del dato de experiencia?

La idea de ser es una idea *abstracta* y *universal*. Es la representación y la transposición del dato concreto al plano del pensamiento abstracto o conceptual. Para sintetizar una serie indefinida de datos concretos, esta representación abstracta deja en la penumbra todas las notas individuales que distinguen tal dato de tal otro.

Toda idea tiene su comprensión y su extensión. Cuando queremos precisar la naturaleza de un objeto o la comprensión de la idea que lo expresa, intentamos “definir” este objeto; esto es, situarlo con relación a otros objetos, de manera que podamos discernir lo que le es propio y establecer sus límites. Ahora bien, en cuanto intentamos definir el predicado “existir” o el contenido del concepto *ser*, nos damos cuenta de que su contenido es indefinible. Definir un concepto es oponerle a otros conceptos y referirlo a conceptos más primitivos, más simples, más generales: es “situarlo” en una clasificación de conceptos, organizada a partir de “categorías” o “géneros”, supremos, descendiendo, por precisiones sucesivas, hasta los conceptos más específicos.

Ningún concepto se opone al concepto de ser, a excepción de su propia negación; y tampoco hay concepto alguno que sea más primitivo, más simple ni más general que el concepto de ser: porque el concepto de ser es el primero de todos y todos lo implican; es el más simple, puesto que todos los otros son sus determinaciones, particularizaciones, modos; es el más general o común, puesto que sólo la nada está excluida de su extensión.

La extensión de un concepto es su campo de aplicación o su grado de universalidad. Se halla determinada por el conjunto de objetos a los cuales dicho concepto es aplicable. La idea de ser es capaz de sintetizar todos los objetos que poseen el carácter determinado por su comprensión. En el ser, la naturaleza de su comprensión afirma que su extensión es ilimitada, y que representa adecuadamente todo cuanto existe.

Tenemos que el ser es indefinible y que su extensión es ilimitada. Entonces ¿qué es el ser? Es esta la pregunta que Aristóteles consideraba como la constante preocupación de los filósofos. La razón ha respondido: “el ser es lo que es”. Nada más preciso. Nada más claro. Pero las tinieblas comienzan cuando empieza uno a querer definir la palabra “es”. ¿Qué es lo que estructura y constituye al ser? Con la relación constitutiva del ser comienzan las divergencias de escuelas.

El Tomismo afirma que en el ser hay un algo que nos dice “lo que la cosa es”, y hay también en él, otro algo que nos dice “que la cosa es”. Sostiene el Tomismo que el ser es el precipitado que resulta de la esencia y la existencia. Sostiene que la esencia y la existencia son dos principios constitutivos del ser, y que se distinguen realmente.

En el problema de la distinción entre la esencia y la existencia en el ser, el filósofo árabe, Avicena, aparece como un predecesor de Santo Tomás de Aquino. La doctrina de Avicena tiene una dualidad inextricable. En un primer sentido, prepara la doctrina de Santo Tomás sobre la distinción real de la esencia y la existencia. Pero en otro segundo sentido, anuncia la doctrina más opuesta. Santo Tomás, sólo guarda el punto de partida: la definición de la esencia no incluye

su existencia. Avicena y Santo Tomás sostienen un mismo principio, pero no por eso llegan a idénticas consecuencias. Si bien en las dos doctrinas, la existencia se añade a la esencia, no se añade de la misma manera. Según Avicena el “ese” del Creador —el *Necesse Esse*, en la terminología aviceniana— se expande fuera de sí, comunicándose a todos los posibles de que está lleno su entendimiento, y a los cuales su voluntad que es una con el entendimiento, no puede menos de consentir. La existencia de la esencia finita no es un acto que la creación le comunica, sino un concomitante que de él deriva o que le acompaña. Para él, la esencia es existencialmente neutra; no incluye ni tampoco excluye a la existencia, por lo cual es un puro posible. Según Santo Tomás, el “*esse*” del Creador crea libremente un *esse* finito, que como acto de la esencia, constituye un ser actualmente existente.

Avicena establece la distinción entre la esencia y la existencia, pero de tal manera la determina, que la existencia resulta ser un accidente de la esencia. El ser queda —en cierto aspecto, que no es aspecto cierto— esencializado. Avicena —como es sabido— orientó a Santo Tomás, el cual determinó formidablemente el punto preciso de la distinción entre la esencia y la existencia.

Es un hecho evidente que la distinción lógica de la esencia y la existencia se admite entre todos los filósofos. Con la distinción real no sucede así. Santo Tomás concretiza y compacta esta distinción, sosteniendo que el ser del ente finito es un acto limitado y multiplicado. El acto no se limita ni se multiplica sino por la potencia. Tenemos entonces, que el ser del ente finito es el acto limitado y multiplicado por su potencia, que es la esencia. El acto y la potencia en el orden real se distinguen realmente. Por tanto en el ser la esencia y la existencia se distinguen realmente, tratándose de entes finitos: “Se sostiene también la distinción real afirmando que: si la esencia y la existencia se identificaran en el ente finito, éste no podría recibir accidentes reales. Pero como todo ser finito puede recibir, y de hecho recibe, muchos accidentes reales, por tanto la esencia y la existencia en el ente finito se distinguen realmente. Se corrobora esta distinción diciendo que: “aquel ser en el cual la esencia y la existencia no se distinguen realmente, es infinito, único, necesario, inmutable, sin accidentes. Pero tenemos que los entes finitos son precisamente finitos, múltiples, contingentes, mutables, con accidentes. Por tanto, en los entes finitos la esencia y la existencia tienen que distinguirse realmente”. Al no distinguirse realmente, la esencia y la existencia se identificarían, con lo cual los seres finitos serían finitamente infinitos, lo cual es absurdo.

Santo Tomás, pues, insufló una fuerte dosis existencial en el ser. Ante el ser esencializado, levántase el Aquinate incommovible e irrefutable, como el polo opuesto a tal doctrina.

## II

Las modificaciones en la terminología filosófica suelen encerrar un profundo sentido y significado. Los cambios históricos de la Filosofía, obedecen a una nueva cosmo-visión, y a un nuevo punto de vista conceptual.

Con Santo Tomás quedó fuertemente anudado el nudo gordiano del ser. Pero hacía falta una mano temeraria para que se cumpliera “la historia”. Santo Tomás dejó dicho que en el ser, la esencia y la existencia —“sus principios constitutivos”— se distinguen realmente. Pero en el siglo XVI se nos presenta el P. Suárez diciendo que no es así.



El P. Suárez vino destinado al mundo para remover toda la Metafísica. Sus famosas disputas Metafísicas ocupan, por su misma forma, un lugar importante en la Historia de la Filosofía. En ellas, que constituyen un moderno tratado filosófico, Suárez se separa deliberadamente de toda sujeción al texto de la Metafísica de Aristóteles, dado que lo juzgaba dotado de muchos inconvenientes y de cierto desorden.

En el prefacio de sus Disputas Metafísicas, preséntase Suárez modestamente como un teólogo de profesión, que por la necesidad de enseñar, debe establecer de una vez para siempre, los preámbulos de su teología. Y en lo que concierne en particular a la distinción de esencia y existencia, observa Suárez que al problema han sido propuestas tres soluciones: distinción real, distinción modal y distinción de simple razón. Y sabe que la tesis de la distinción real es la que pasa por ser la de Santo Tomás. Pero cuando trata de definir esta posición —la del Aquinate— interpreta la distinción real como una distinción entre dos cosas, siendo así que la esencia y la existencia no se toman como *dos cosas* sino simplemente como *dos realidades*; no como dos seres, sino como dos principios del ser.

Lo que Suárez se propone demostrar, contra Santo Tomás, es que no se puede decir de la esencia creada, puesta en acto fuera de sus causas, se distinga realmente de la existencia, como se distinguen dos cosas o dos entidades distintas. Tal como el mismo Suárez lo definió —nos dice Etienne Gilson— el punto de litigio consiste en saber si lo que el llama el ser de la esencia actual, es decir, la esencia puesta como un verdadero ser actual, requiere además, para poder existir, la actualidad distinta que llamamos existencia. Parece evidente que toda la argumentación de Suárez se base en una definida noción de lo que se llama un ser real. Esta noción es la de una esencia íntegramente actualizada; y lo que Suárez se pregunta, una vez puesta esta noción, es si todavía falta a su objeto alguna cosa para existir. A la cuestión planteada en estos términos no es posible dar sino una respuesta negativa. Pongamos una esencia actual cualquiera, por ejemplo la de “hombre”. ¿Podríamos considerarla en posición de la actualidad plena que le pertenece como ser real, si tuviéramos que añadir que le falta la existencia? Claro está que no. Decir que una esencia es un ser actual digno de tal nombre, o sea un ser verdaderamente actual, equivale a decir que existe.

Para Suárez la noción de esencia es adecuada a la noción de ser, de tal modo que es posible expresar todo lo que es el ser en términos de esencia, con la certidumbre de que nada perderá. Tal proposición parecerá lo más natural a toda mentalidad esencialista, pero se trata de saber si es verdadera. Para una ontología en que la esencia agota toda la riqueza del ser, en modo alguno es tautológico, sino muy legítimo y útil, demostrar que la existencia no puede añadirse a la esencia real como una actualidad de otro orden que ésta necesitara para actualizarse.

Como todos los filósofos, distingue Suárez la esencia actual de la que no es sino posible, y admite que lo que distingue lo actual de lo posible es la existencia. Como todos los teólogos cristianos, admite Suárez que una esencia finita no posee la existencia por pleno derecho, sino que todas las recibieron merced a un acto divino de creación. La existencia es para él, como reconoce serlo para todo el mundo, la huella suprema de la verdadera realidad, y por consiguiente un constitutivo intrínseco y formal de todo real propiamente dicho.

Dice Suárez que un ser en acto y un ser existente son la misma cosa. Siendo así las cosas, comprendese sin más por qué formula Suárez la cuestión como lo hace, y lo inevitable de su respuesta. No se trata ya de saber si es posible distinguir realmente entre la existencia actual de una esencia y esa misma esencia

actual que existe. Seguramente que no. Entre una esencia existente concebida así, y su existencia no cabe sino una simple distinción de razón.

“Por lo demás, si ahonda un poco la distinción de razón que únicamente admiten los suarecianos, entre la esencia y la existencia en las substancias creadas, parece que no puede menos de toparse con la distinción real. Efectivamente, el único motivo que puede encontrar el entendimiento para afirmar esa distinción de razón, es la *contingencia* de las criaturas. Ahora bien, si urgimos por qué la criatura es contingente y ha debido ser creada, mientras que el Creador es necesario, tendremos que llegar a esta respuesta: porque la criatura “*no es su esse*”, sino que “*lo tiene*”, mientras que el Creador “*es*” su propio “*esse*”. Porque como dice Santo Tomás: “cada cosa existe por su propio esse. Por tanto lo que no tiene su esse, no existe necesariamente por sí mismo. Ahora bien, Dios existe necesariamente por sí mismo. Luego Dios es su esse”.

Así, pues, Suárez deja determinada su doctrina. El ser queda plenamente esencializado. Suárez desecha la razón última y decisiva del Tomismo, a saber: el carácter último de la existencia, perfección suprema del ser y acto de actos. Desde entonces, la doctrina de Suárez es difundida entusiasta, fervorosa —y algunas veces ciegamente— por no pocos de los miembros integrantes de la Compañía de Jesús. Entre ellos adquieren especial relieve los jesuitas de la Flèche, por haber formado en las ideas de su maestro, al “Padre de la Filosofía Moderna”. Por eso, el aporte doctrinal de Suárez en toda la Filosofía, desde su tiempo hasta el presente, es de absoluta importancia en el desarrollo filosófico.

### III

Es un hecho importante en la Historia, que Descartes, discípulo de los discípulos de Suárez, no hubiera podido heredar sino una filosofía primera desgajada de su tronco existencial y sin autoridad para dirigir una ciencia de lo existente. Efectivamente, para Descartes, lo mismo que para Suárez y sus predecesores escolásticos, la distinción de esencia y existencia puede entenderse en dos sentidos diferentes. Puede significar en primer lugar, que en la criatura, la esencia no incluye la existencia, porque el ser finito no es causa de sí propio. Todos los escolásticos admiten esta tesis como un corolario ineludible de la creación. Algunos escolásticos hablan a propósito de esto, de una distinción de esencia y existencia, mas la fórmula en este caso, significa simplemente que la causa de la existencia del ser finito, es realmente distinta del mismo ser finito. Que es lo que Descartes afirma cuando dice: Dios es su existir; un triángulo no es el suyo. Pero el verdadero problema de la distinción de esencia y existencia plantéase sobre otro plano, porque trátase entonces de saber, una vez admitido que el ser finito recibió de Dios la existencia, si la existencia que recibe no forma una sola cosa con su esencia (es decir, si esa existencia no es sino su esencia actualmente existente) o si se distingue de ella realmente, como el acto se distingue de la potencia que la actualiza.

Como todos los filósofos cristianos, admite Descartes, en el primer sentido, que un triángulo real no es su existencia; pero al mismo tiempo niega con Suárez, que el acto de existir se distinga realmente de la esencia, en el triángulo actualmente existente. El *esse* tomista está totalmente ausente del mundo cartesiano. Esta es la herencia que dejó Suárez al Padre de la Filosofía Moderna.

Pero Descartes — dice Julián Marías— no tiene una noción suficiente del ser; para él es algo tan obvio, que cree poder prescindir de su sentido para

ocuparse directamente de los entes. Funda su especulación en el criterio de evidencia. Esta evidencia no se refiere a la percepción ni a los sentidos, que nos engañan con frecuencia, sino a la claridad y distinción de las ideas; es la evidencia de la razón. Por tanto el método cartesiano es el racionalismo. La única instancia con valor para el hombre es la razón, que es común a todos. El hombre es sustancia pensante: razón.

Por otra parte el sistema de Descartes es idealista. El idealismo es la tesis opuesta al realismo metafísico. El realismo —Grecia y la Edad Media— cree que las cosas tienen un ser en sí, que yo existo simplemente entre ellas, y la verdadera realidad son las cosas. Ser quiere decir “ser en sí, ser independiente de mí”. El idealismo, por el contrario, piensa que no sé nada más seguro que yo mismo; que sólo sé de las cosas en cuanto las veo, las toco, las pienso, las quiero, etc.; es decir, en cuanto están en relación conmigo y soy testigo de ellas. No sé ni puedo saber cómo son las cosas aparte de mí; ni siquiera si existen en mí, pues nada sé de ellas sin estar presente. Es decir, las cosas aparecen como siendo “para mí”; son pues, por lo pronto, “ideas” mías, y la realidad que les corresponde es esa idea. El yo funda el ser de las cosas como ideas suyas; esto es el idealismo. La esencia de esta doctrina reside en sentar que la idea, como tal, es el único objeto inmediato del pensamiento, y que toda realidad se reduce a pensamiento.

#### IV

“YO PIENSO, LUEGO NO EXISTO”. La frase parece una paradoja, y es efectivamente del paradójico danés Soren Kierkegaard, el padre del Existencialismo. Pero sirve para comprender cómo nació el Existencialismo: una extremosa reacción contra otro extremo. Y este extremo contra el que reaccionó, fue la filosofía de Hegel.

Descartes, “Padre de la Filosofía Moderna”, empezó su sistema con aquel famoso “yo pienso, luego existo”, de todos conocido. Pero ¡cuánto se esconde de desconocido para los demás, bajo esta aparente perogrullada! Se esconde la pretensión de demostrarlo todo; y la pretensión de demostrarlo matemáticamente, con una claridad y distinción soberanas; y por último, late ahí la pretensión de no admitir nada que no venga a través de este conducto de soberana claridad demostrativa racional. En resumen, un tremendo racionalismo. Por esto sus sucesores (Espinoza, Leibniz, Wolff) que echaron a andar siguiendo su actitud racionalista, llegaron a extremos insospechados e insostenibles. El idealismo se presenta históricamente como una solución de las dificultades acumuladas por el empirismo en el orden ontológico. Y Kant, por su parte, se presenta como un resuelto crítico del idealismo. Quiere sustituir al idealismo material con un modesto idealismo formal. Con todo, lo que consiguió fue que sus sucesores idealistas Fichte, Schelling, Hegel, dentro del anfiteatro de los fenómenos, en que estaban encerrados, pugnasen más deduciéndolo todo matemáticamente a partir de un absoluto. Si Descartes sólo admitía un matematismo racionalista, Hegel llega a tal punto en su racionalismo que no admite más ser que lo pensado y en cuanto pensado, reduciendo toda existencia a pensamiento. Y ahí tercia precisamente Kierkegaard en franca rebelión contra Hegel. Si según Hegel, el ser sólo es lo pensado ¿qué pasa? Que al decir yo de mi mismo ser “pienso, luego existo”, sólo admitiré mi ser, mi existencia, como pensados, es decir, como puras esencias: ¡y esto no es existir! Y clama Kierkegaard esto debería decirse así: “pienso, luego no existo”. Kierkegaard afirma vigorosamente que su propia existencia no es meramente la

esencia filosófica o abstracta que formaremos de ella; que su ser no es un mero párrafo abstracto de la Historia Universal, sino que tiene un destino personal e intransferible; que su ser no es impasible como una esencia utópica, sino la de un hombre concreto, que sufre, que se angustia, que lucha y muere. Todo esto es verdad y era un acierto ponerlo de relieve para derribar las fantásticas construcciones a que había llegado el racionalismo sistemático de Hegel; pero la filosofía tomista ya sabía que nuestro “yo” no es un puro pensamiento fenoménico, ni una esencia universal; ya sabía que nuestro destino personal y eterno es intransferible a otros, que tenemos lucha, libertad y una muerte insoslayable. La Filosofía Tomista al afirmar estos puntos contra el racionalismo de Hegel, quedaba ahí, en el medio, que es en esto la verdad; pero Kierkegaard iba al extremo opuesto: contra el total racionalismo afirmó un total irracionalismo; y contra una total absorción del individuo dentro de la esencia universal, entronizó un individuo absurdo, sin regirse en nada por alguna idea universal o esencia, y contra la impasibilidad racionalista, afirmó una pasión extremada y biótica. Así es como nació el engendro que a tantos deslumbra: el moderno Existencialismo; dividido entre sí, en existencialismo cristiano, laico, ateo... existencialismo de la esperanza, de la angustia, del absurdo.

El Existencialismo, la filosofía de la libertad humana, ha puesto a la expectativa todo lo concerniente a la verdadera libertad del hombre. La libertad en el hombre lleva en sí una recóndita tendencia a encapucharse en el mal. El existencialismo desgarrado —el de Sartre— ha caído de bruces en el tope del mal: el ateísmo. Pero “el ateísmo —como dice Gabriel Marcel en su “Diario Metafísico”— es una teodicea al revés, una apología que acaba mal”. Y como nos da a entender Roig Gironella, los filósofos ateos son águilas... sin plumas!

# ERATOSTENES Y LAS MEDIDAS EXACTAS DE LA TIERRA

Por el Dr. MAX RICARDO CUENCA

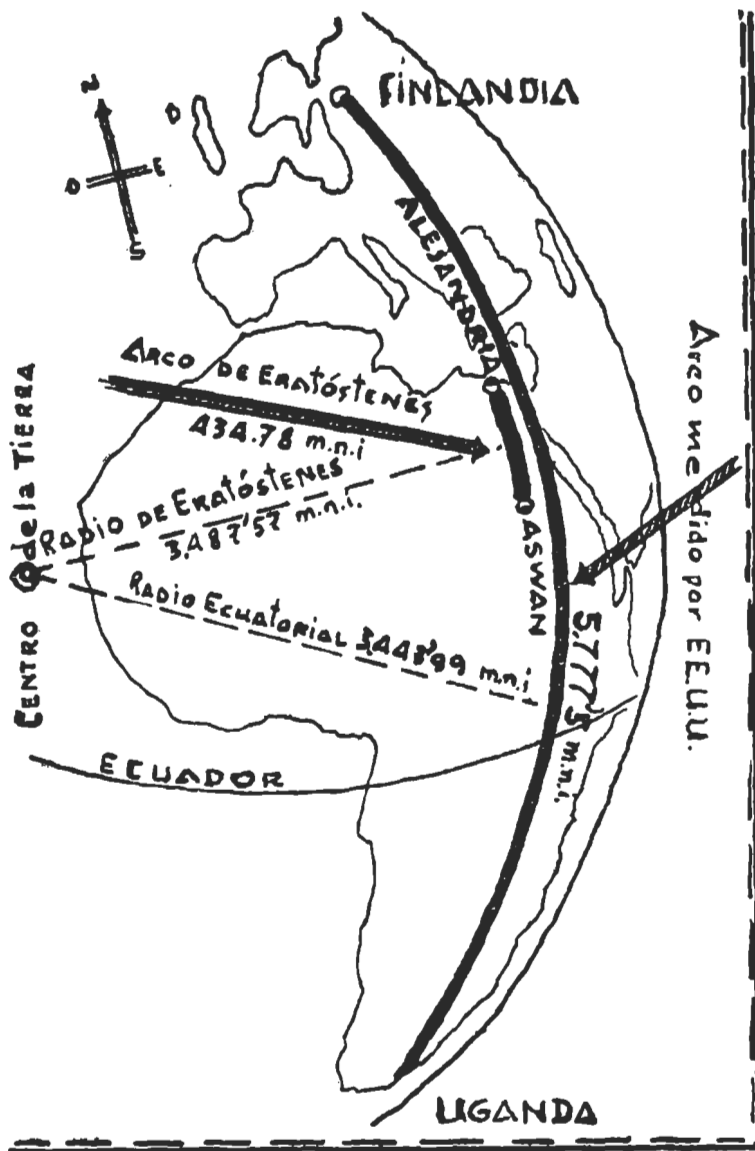
Los historiadores de las Matemáticas reconocen que éstas han tenido cuatro grandes períodos de desarrollo: el “babilónico”, que abarca desde sus albores hasta unos 300 años antes de Jesucristo; el “griego”, desde esa época hasta la caída del Imperio Romano; el “newtoniano”, de 1700 a 1800, y el “moderno” de 1800 a nuestros días. Este último ha sido considerado como la Edad de Oro de las Matemáticas.

Entre la caída de Roma y la aparición de ese astro del saber que se llamó Isaac Newton, el cálculo matemático puro y aplicado fue sustituido por el cálculo metafísico y los sabios de la época se devanaban los sesos “calculando” el número de ángeles que podían haber de pie en la punta de una aguja...

A Arquímedes se debe la invención del Cálculo Integral y las primeras nociones del Cálculo Diferencial, cálculos que, juntos, forman el Cálculo Infinitesimal, considerado como el arma más poderosa para la exploración del Universo físico; y a los matemáticos griegos se deben algunos de los métodos básicos utilizados, aún ahora, para las mediciones geodésicas, entre otras, las medidas de la circunferencia ecuatorial y polar y de sus radios.

Para que se grabe con facilidad en la memoria se ha estimado corrientemente la circunferencia de la Tierra en 40,000 kilómetros, en números redondos. Esta medida, desde luego inexacta, no afectaba mucho antes, pero con el desarrollo intensivo de la aviación, la necesidad de calcular las trayectorias de los “proyectiles-cohetes”, que han venido a sustituir a los proyectiles convencio-





nales, y el último adelante en esta materia, los proyectiles intercontinentales, capaces de bombardear una capital desde otra, a miles de kilómetros, que están dejando de lado las flotillas de bombarderos, y luego la necesidad de calcular las órbitas de los satélites artificiales, ha hecho indispensable las medidas exactas del Planeta.

Esta necesidad se hizo evidente inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial y desde entonces se interesaron las principales naciones en llevar a cabo las nuevas mediciones para determinar exactamente las circunferencias terrestres y sus radios.

Se recuerda perfectamente que todavía en el siglo XV era una herejía afirmar que la Tierra

era redonda, y Galileo tuvo que retractarse de rodillas ante un tribunal de la Santa Inquisición para no ser quemado vivo. Sin embargo, 200 años antes de Cristo, los sabios y matemáticos griegos sabían perfectamente que la tierra se movía; sabían también que era redonda y, no sólo lo sabían, SINO QUE HABIAN CALCULADO CON SORPRENDENTE APROXIMACION LA MEDIDA DE SU CIRCUNFERENCIA Y DE SU RADIO. Esta sorpresa



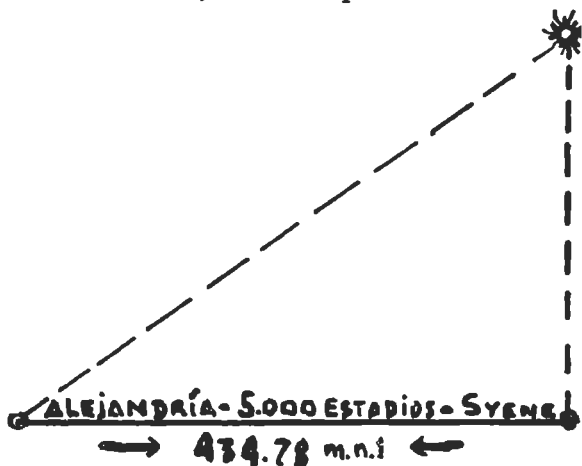
se hizo patente cuando se proyectaron recientemente los trabajos de las nuevas mediciones del globo terrestre. Estos trabajos terminaron a fines de 1956.

Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, sospechándose que los alemanes poseían documentos geodésicos de gran importancia, se organizaron equipos especiales de los Servicios Aliados de Inteligencia para buscarlos. Estos registraron todos los rincones, y los “documentos más importantes fueron encontrados en una caja escondida en el sótano de una iglesia abandonada, en medio de un montón de huesos humanos”.

El arco de meridiano, comprendido entre Finlandia y la Isla de Creta, había sido medido varias veces, pero este arco no era suficiente y se proyectó medir otro entre Finlandia y Uganda, al sur de Africa. De Creta a Alejandría se encargó la Fuerza Aérea de los Estados Unidos, usando el famoso “Hiran”, que es un sistema electrónico de agrimensura, y de Alejandría a Uganda lo hicieron equipos especiales que para trabajar en las selvas usaron plataformas a cien pies de altura, colocadas en torres prefabricadas desmontables, que se desarmaban y movían conforme avanzaban los trabajos. En estas mediciones se emplearon los instrumentos más modernos y perfeccionados, pero el sistema *básico* empleado —y aquí la gran sorpresa—, fue exactamente el mismo inventado por los sabios griegos y usado por el gran matemático Eratóstenes para realizar un trabajo parecido hace más de dos mil años.

Eratóstenes ha merecido gran crédito como matemático y Arquímedes, que, cuando era joven, lo visitó en Alejandría, el centro de la sabiduría en el Mundo Antiguo, le dedicó, más tarde, su famoso tratado “Sobre teoremas mecánicos”. Eratóstenes fue quien llevó a cabo las primeras medidas del globo de que se tiene memoria.

Eratóstenes supo que en Syene, ahora Aswan, al sur de Egipto, el mismo lugar donde está la gran represa del Nilo, construida por los ingleses para regar los campos “donde se produce el mejor algodón del mundo”, había un pozo profundo cuyas aguas eran alumbradas por el Sol en el solsticio de verano, es decir, del 20 al 22 de junio. Esto indicaba que ese día el sol estaba justamente en el cenit de Syene. Visitó el pozo y después midió la distancia entre Syene y Alejandría, situada exactamente al Norte. Esta distancia resultó ser de 5,000 estadios, equivalente a 434'78 millas náuticas internacionales (M.N.I.). La milla náutica internacional equivale a 6.076'10 pies y se usa para los grandes mapas. En navegación se considera como un “minuto de longitud” (1'). Después, en otro solsticio de verano, midió la sombra de un pilar vertical en Alejandría, y solamente con esta observación y



una sencilla proporción (100:5,000::5,000:X) calculó la circunferencia de la tierra, que pasaba por los polos y su radio.

Los Servicios Geodésicos hicieron esto precisamente, pero el arco medido entre Finlandia y Uganda fue de 5,777'5 (m.n.i.). Este gran arco coincidía en una de sus partes con el arco medido por Eratóstenes. Para este genio inmortal la medida de la circunferencia transpolar resultó de 250,000 estadios, o sea, 21,913 millas náuticas internacionales, cálculo verdaderamente asombroso, porque en la actualidad se estima en 21,580 m.n.i. con sólo 333 m.n.i., de diferencia.

En la medición del arco entre Finlandia y Uganda, como hemos dicho, se emplearon los instrumentos de más alta precisión conocidos y en los cálculos se usaron computadores automáticos de los servicios cartográficos de Estados Unidos.

Así ha resultado que la circunferencia de la Tierra en el Ecuador, estimada antes en 21,639'72 m.n.i., resultó ser de sólo 21,639'28 m.n.i., y el radio ecuatorial, calculado antes en 6.378.388 metros, resultó ser de sólo 6.378.260 metros, apenas con 128 metros de menos. Estas medidas están siendo cuidadosamente rectificadas observando, no ya el Sol, sino los satélites artificiales que son, en realidad, los "astros" más cercanos.

La tierra es, pues, algo más pequeña de lo que se creía. Pero si nuestro Globo aparece disminuido en tamaño, al precisarse con mayor exactitud sus medidas, en cambio el mérito de los sabios griegos se ha agigantado, y el nombre de Eratóstenes ha pasado definitivamente a la inmortalidad, ligado a las dimensiones de nuestro Gran Solar: el planeta que habitamos.

## INFORMACIONES

# ERA DEL LIBRO SALVADOREÑO Y EL DEPARTAMENTO EDITORIAL

Por JOSE RUBEN SAAVEDRA

El Departamento Editorial del Ministerio de Cultura ha editado, hasta la fecha 309 publicaciones entre libros y revistas, estableciendo un promedio de 62 ediciones por año, sin contar los folletos que se han impreso en gran profusión.

Este Departamento del cual han salido obras de positivo valor artístico, literario, científico e histórico, se fundó en 1953, empleándose dos años en la construcción del edificio y la adquisición y montaje del equipo y material. Fue el 16 de febrero de 1955 cuando apareció su primera publicación, en forma de libro, bajo el título *Escuela de Pájaros*, delicada obra de Claudia Lars.

Desde ese entonces el Departamento Editorial ha llevado a las prensas todas aquellas expresiones de la cultura, nacionales y extranjeras, que han merecido el elogio de la crítica. Puede asegurarse que esta dependencia del Ministerio de Cultura vino a establecer la Era del Libro Salvadoreño. Anteriormente la tarea bibliográfica fue difícil: grandes esfuer-



TRIGUEROS DE LEON

zos privados con marcados fracasos económicos.

### *Aparecen obras y más obras...*

Deseosos de dar una información de primera mano acerca de la meritoria labor realizada por el Departamento Editorial, nos entrevistamos con su Director, el conocido intelectual Ricardo Trigueros de León. El nos proporcionó los datos solicitados de los cuales extractamos un puñado, ya que resultaría imposible transcribir en tan pocas líneas todo lo que ha hecho ese organismo cultural del Estado.

Después del libro de Claudia Lars se intensificó el trabajo. Simultáneamente el Departamento comenzó la impresión de interesantes grupos literarios y así tenemos, por ejemplo, la "Colección Biblioteca Popular" formada por obras aceptadas con elogios del lector entendido: *Jicaras Tristes*, de Alfredo Espino; *Mitología de Cuzcatlán*, de su hermano Miguel Angel; *Cristo Negro*, de Salarrué, y otras tantas de Ambrogi, Masferrer, T. P. Mechín, Julio Enrique Avila, Manuel Andino, etc.

A medida que el apoyo ministerial avivaba el entusiasmo de Trigueros de León y sus colaboradores, brotaban del Departamento otros libros. La "Colección Certamen Nacional", en la que figuran todos aquellos trabajos que han obtenido primeros y segundos premios en los certámenes nacionales de Cultura que fueron instituidos en 1954, y en los que compiten los más destacados valores científicos y literarios de Centroamérica. De esta colección son autores: Salomón de la Selva, Juan Felipe Toruño, Julio Fausto Fernández, Serafín Quiteño, Mejía Sánchez y otros distinguidos escritores. Viene luego la "Colección Contemporáneos" integrada por obras de la época en que vivimos. De estos libros se han editado 13, incluyendo uno del propio director del Departamento Editorial, Ricardo Trigueros de León.

En la cuarta colección encontramos los más hermosos poemarios: *Cantos de la*

*Tierra Prometida*, de Juan Cotto; *Poesía Pura*, de José Valdés; *Letanías del Corazón*, de Lisandro Alfredo Suárez; *Signo Menos*, de Dora Guerra; *Presencia de Humo*, de Raúl Contreras, y todo un maravilloso desfile de mensajes sutiles o vigorosos transmitidos al espíritu amparados por firmas de bien cimentado prestigio. En la "Colección Historia" hay obras de Jorge Lardé y Larín, doctor Manuel Vidal, Manuel José Arce, etcétera. En la rama de Teatro han sido impresas: *El Paraíso de los Imprudentes y Funeral Home*, de Walter Bénéke; *María Centicenta* del chileno Juan Guzmán Cruchaga, y la *Ira del Cordero*, de Roberto Arturo Menéndez. Corresponde a la "Colección Ciencias Jurídicas y Sociales" *La Acción del Divorcio en la Legislación Salvadoreña*, del doctor Mauricio Guzmán, actual Ministro de Cultura; y entre las obras completas figuran: *Historia Moderna de El Salvador*, de Francisco Gavidia; *Obras Completas*, de Jorge Lardé, etc.

### *Otras publicaciones fuera de colección*

También han sido editadas en el Departamento Editorial del Ministerio de Cultura las obras siguientes: *El Teatro*, de Edmundo Barbero; *El Libro del Trópico*, de Arturo Ambrogi; *Burla Burlando*, de Peralta Lagos; *La Edad de Oro*, de José Martí; *Las Tinajas*, de Ramón González Montalvo; *Platero y Yo*, de Juan Ramón Jiménez; *Cuzcatlán*, de Francisco Espinosa; *Fábrica de Sueños*, de Waldo Chávez Velasco; *Bolívar*, de Miguel Angel Asturias; *Agua de Coco*, de Francisco Herrera Velado; *Tres Cuentos*, de Claribel Alegría, etc. Además, en los últimos días, han aparecido dos excelentes ediciones: *Mitras Salvadoreñas*, del doctor Ramón López Jiménez y *El Desarrollo de la Agricultura en los Estados Unidos*, del doctor Alfonso Rochac. La primera de la Colección Historia.

### *Numerosas revistas*

A través de sus cinco años de labor práctica, el Departamento ha publicado

numerosas revistas y folletos, entre ellas: *Cultura*, órgano del Ministerio de Cultura; *ARS*, de la Dirección de Bellas Artes; *Letras en Cuscatlán*; *Anales del Museo Nacional David J. Guzmán*; *22 de Junio*; *Revista de la Escuela Normal España*, etc. También se ha publicado, en todo ese tiempo, el *Boletín Bibliográfico*; *Guión Literario*, y otros trabajos más.

Ahora el Departamento tiene en prensa los siguientes libros: *Exposición del Periódico Americano*, en el que aparecerán los datos más importantes —fotocopias, retratos, etc.— de los periódicos que participaron en el evento. Será una edición de más de 300 páginas; *La Espada y Otras Narraciones*, de Salarrué; *Barbasco*, de Ramón González Montalvo; *El Pipil en la Región de los Itzalcos*, de Próspero Aráuz; reedición de *Recuerdos Salvadoreños*, de José Antonio Cevallos (3 tomos); *Primera Mesa Redonda Sobre Conservación y Enseñanza del Idioma Castellano*, y algunas revistas.

El Departamento Editorial ha participado en varias exposiciones internacionales, entre ellas la Exposición del Libro en Tokio, Japón; y otras en Buenos Aires; Viena, Bonn, etc., habiendo entregado grandes cantidades de libros para instituciones culturales de Ecuador, Perú, etc. Los periódicos más caracterizados de Latinoamérica y de otras partes del mundo han publicado elogiosos juicios para la obra del Departamento Editorial.

Y nosotros, en esta forma breve y escasa de datos, hemos ofrecido una sinóptica información de la hermosa labor realizada por el Departamento Editorial del Ministerio de Cultura, a cuyo frente se encuentra desde hace años, el inquieto y acucioso intelectual Ricardo Trigueros de León, rodeado de inmejorables colaboradores.

(De *Diario Latino*, 15 de octubre de 1960).

# BIBLIOGRAFIA

## UNIVERSIDAD

*Universidad.*—Es una publicación de la Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe, República Argentina. Director: Domingo Buenocore; Secretario Eduardo Raúl Storni. Hemos recibido el número 41 correspondiente a los meses julio-septiembre de 1959. Entre otros trabajos muy interesantes publica 'os siguientes: "El Sol y la Erinias según Heráclito: Fragn. 94" por Rodolfo Mondolfo, "De Goya a Szalay: Documentos para la Historia de la Libertad" por Luis Di Filippo, "Ortega y Gasset y su Pensamiento Pedagógico" por Celia Ortiz de Montoya, "Algunos aspectos de la Poesía de Juana de Ibarbourou" por Maruja González Villegas. La Revista tiene las siguientes secciones: Temas Bibliotecarios, Crónica Universitaria,

Textos y Documentos, Bibliografía, De nuestro canje.

## REVISTA INTERAMERICANA DE EDUCACION

*Revista Interamericana de Educación.*—Organo de la Confederación Interamericana de Educación Católica "CIEC". Fundador: Jesús María Fernández, S. J., Directores: J. Eustasio Pieschacón, S. J., y Daniel Alfredo Díaz. Hemos recibido el número 104, Volumen XIX, correspondiente a los meses enero-febrero de 1960. Del contenido: "Instrucción y educación religiosa en la adolescencia" por Guillermo Serrano Valdivieso, S. J. "Sueldos Mínimos para Maestros particulares", "Sobre la Nueva Ley de Reforma de la Enseñanza" por Dr. Marino Pérez Durán. La revista está



dividida en las siguientes secciones: Notas editoriales, Estudios Pedagógicos, Legislación escolar, Información pedagógica mundial, Bibliografía pedagógica.

## LA EDUCACION

*La Educación.*—Publicaciones de la División de Educación, Departamento de Asuntos Culturales, Unión Panamericana. Consejo de la revista: Carlos Cueto Fernandini, Jefe de la División, Francisco Céspedes, Sub-jefe de la División, Hugo L. Albernez, Especialista en Educación Rural, Luis B. Beres, Especialista en Educación Vocacional. Hemos recibido el número 16 correspondiente a octubre-diciembre de 1959. Entre otros trabajos muy interesantes, publica los siguientes: "Encuesta sobre edificación escolar", "La edificación escolar en América" por Luis Vera, "Fundamentos psicológicos del planeamiento y construcción de las salas de clase" por Joel Martins.

## REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

*Revista de la Universidad de Buenos Aires.*—Publicación de la Universidad de Buenos Aires, Departamento Editorial. Director del Departamento y Director de la Revista: Marcos Victoria; Subdirector, Andrés Ramón Vásquez; Secretario, Juan Carlos Pellegrini; Redactores, Roberto Paine y Juan Cortés del Pino. Hemos recibido el número 3 correspondiente a los meses julio-septiembre de 1959. Del sumario: "La protección penal del pudor público" por Luis Jiménez de Asúa, "El origen me-

dieval de la sátira política en Francia" por J. Pablo Keins, "Paralelo entre doña Perfecta y La casa de Bernarda Alba" por Emma S. Speratti Piñero, "Psicología del consumo" por Marcos Victoria, "Contribución a la bibliografía de la literatura argentina" por Horacio J. Becco.

## ASOMANTE

*Asomante.* — Revista trimestral. La edita la Asociación de Graduados de la Universidad de Puerto Rico. Oficinas: De Diego y Leiza, Santurce, P. R. Apartado Postal 1142, San Juan. Directora, Nilita Vientos Gastón; Subdirectora, Monalisa L. Pérez Marchand. Hemos recibido el número 1, Vol. XVI, correspondiente a los meses enero-marzo de 1960. Del sumario: "Literatura y Sociología" por Manuel Durán, "Panorama de la cultura puertorriqueña, de María Teresa Babin, por Concha Meléndez, "La obra de Herrera y Reissig y la crítica estadounidense" por Gastón Figueira, "España 1960" por Ricardo Gullón. "Carta de París" por Damián Carlos Bayón, "Carta de Londres" por Esteban Salazar Chapela, "Carta de Italia" por Giuseppe Bellini.

## BOLETIN DE EDUCACION PARAGUAYA

*Boletín de Educación Paraguaya.*—Revista mensual de orientación pedagógica. Ministerio de Educación y Culto. Misión de UNESCO en el Paraguay. Asunción, Ap. 1141. Hemos recibido los números 39-40 correspondiente a los meses noviembre-diciembre de 1959. En-

tre los interesantes trabajos de esta revista podemos citar: "La preparación didáctica del maestro" por Santiago Hernández Ruiz, "La segunda enseñanza en el mundo moderno" por Rogel Gal, "Las ciencias sociales en la enseñanza profesional del servicio social" por Grace L. Goyle, "El planeamiento de la Educación en relación con el desarrollo económico y social" por Ricardo Diez Hochleitner.

### BOLIVAR

*Bolívar*.—Revista colombiana de cultura. División de Extensión Cultural, Ministerio de Educación Nacional, Bogotá-Colombia. Directores: Germán Posada Mejía y Gerardo Paredes Fandiño. Nos ha llegado los números 52-54 correspondientes a los meses julio-diciembre de 1959. Número de homenaje a Federico Alejandro de Humboldt, en el centenario de su muerte.

### ARMAS Y LETRAS

*Armas y Letras*.—Revista de la Universidad de Nuevo León, dirigida por el Lic. Juan Antonio Ayala. Hemos recibido el número 3, correspondiente a los meses julio-septiembre de 1959. Año 2, segunda época. Este número trae el siguiente sumario: "Una charla sobre la querrela del latín" por Pierre Sipriot, "El simbolismo religioso es la poesía de Federico García Lorca" por Gustavo Correa, "En el templo" por Horacio Salazar Ortiz, "Periquillo el de las Gallineras" por Sergio Fernández, "Las literaturas de Suiza" por Charly Clerc; "El humanismo de Ciro Alegría" por Serge P. Darmon, "Presencia del dolor

en cuatro sonetos" por Juanita Soriano, "El dulce lamentar de Garcilaso de la Vega" por Roberto Bravo V., "Sonetos de Otoño" por Lidia Nogales, "El proceso" por Slawomir Mrozek. Noticias. Libros.

### REVISTA DE INDIAS

*Revista de Indias*.—Órgano del Instituto "Gonzalo Fernández de Oviedo". Consejo de Investigaciones Científicas—Madrid—. Director: Ciriaco Pérez Bustamante. Vicedirectores: Rodolfo Barón Castro, Manuel Ballesteros Gai-brois. Secretario, Miguel Artola. Nos ha llegado el volumen que contiene los números 77-78 correspondiente a los meses julio-diciembre de 1959. Sumario: "Los papeles varios de interés americano en la colección Borbón Lorenzana de la Biblioteca Pública de Toledo" por Francisco Esteve Barba, "El país andakí, tipo de tierra de frontera visto por López Ruiz en su busca de canela y quina", por Demetrio Ramos, "El positivismo y la generación del centenario en la filosofía mexicana" por Alfonso Rubio y Rubio, "Pedro de Urquinaona y Pardo (Un colombiano al servicio de España) Rosario González Sabariego, "El Ministro de Indias don José de Gálvez, Marqués de Sonora" por Isidoro Vásquez de Acuña, "Las formas arquitectónicas europeas en la arquitectura americana" por José Gabriel Navarro. Miscelánea: "El 450 aniversario del nacimiento de Gonzalo Jiménez de Quesada" por Juan Friede; "Grupo peruano ilustrado" por Daniel Valcárcel; "Oficiales franceses en la República federal de Centro América" por Adán Szaszdi.

## REVISTA DE EDUCACION

*Revista de Educación.*—Es un órgano del Ministerio de Educación de La Plata, República Argentina. Fue fundada por Sarmiento en 1858. Nos ha llegado el número 8 (Nueva Serie) correspondiente al mes de agosto de 1959. Del sumario: "Una teoría para el arte de la cerámica" por Rodrigo Bonome, "Los nombres vulgares de la fauna americana" por Angel Cabrera, "Aspectos de la literatura española" por Fermín Estrella Gutiérrez, "Para una historia del arte" por María L. Gengaro, "Lengua y literatura en la educación media" por Mariano Morínigo; "Ciencia y Sabiduría" por Eugenio Pucciarelli, "A pro-

pósito de la antropología cultural" por Enrique Puchet, "Verdad y autenticidad" por E. Minkowski, "Beatriz en Dante" por Eve Benasso, "Galileo y la polémica anti-aristotélica" por A. Koyré, "Humanidades y educación media" por David Lagmanovich, "Relación escuela-familia" por F. Bonacina, "El pensamiento intuitivo" por J. Piaget, "Observaciones sobre literatura infantil" por Gabriela de Civiny, "Algo sobre delincuencia juvenil" por L. Pozzo Ardizzi, "El arte por la idea" por Vicente Gaos, "En el camino de los arquetipos" por Arturo Marasso, "El primer manuscrito del Amadís de Gaula" por A. Rodríguez-Moñino.



OFICINA NACIONAL  
DE ESTADÍSTICAS  
DE EL SALVADOR